



TRAS UN INVERNO
UN VERANO EN
TU CORAZÓN

*Norah Carter
Monika Hoff*

**Tras UN INVIERNO, un verano EN
TU CORAZÓN**



Norah Carter—Monika Hoff

Título: *Tras un invierno, un verano en tu corazón*

© 2016 Norah Carter— Monika Hoff

© Dolce Books

Primera edición: septiembre 2016

Segunda edición: octubre 2017

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

Capítulo 1

Era una mañana diferente. Desperté sintiendo el frío de la estación invernal en la que nos habíamos adentrado. Me asomé tras el cristal, no sin antes deslizar mis dedos por ellos para quitar la humedad de tan imprevisto día de frío mientras miraba cómo las gotas de agua resbalaban por él. Pude observar cómo comenzaban a caer los primeros copos de nieve.

Sonreí al recordar la primera vez que vi la nieve. Nunca me cansaría de ella.

Llevaba ya varios días encendiendo la chimenea de mi casa, pero ese día me hacía especial ilusión hacerlo y abrir el gran ventanal para observar la belleza que causaba la nevada. Me senté en el pequeño sofá, sobre mis piernas cruzadas, junto al fuego, con mi taza de café en las manos. Era sábado y podía disfrutar de uno de mis días libres. Acababan de comenzar las vacaciones de Navidad, así que no me incorporaría de nuevo al trabajo hasta después del día de Reyes.

Di un sorbo al café sin apartar la mirada del exterior y suspiré. Esta estación del año me causaba especial ternura, siempre había sido así y era algo que nunca cambiaba. Me encantaba pasear en esas calles decoradas por la Navidad y disfrutar de todo lo que ello conllevaba: cantar villancicos con los vecinos, preparar las comidas de los días especiales, las reuniones familiares... aunque ya no eran igual desde que fallecieron mis padres, el alcohol...

Torcí el gesto, lo de beber era mejor olvidarlo, tenía una resaca monumental. El día anterior había estado de copas con mis amigos celebrando mi treinta cumpleaños.

Me daba la sensación de estar entrando en otra etapa de mi vida.

Era la primera vez que pasaba un invierno sola, apenas hacía cuatro meses que me había comprado mi casa y me había independizado, me arriesgué a hacerlo una vez que había conseguido mi plaza fija de profesora en un instituto de León. Era muy feliz por ello, además me había tocado un curso bastante tranquilo y unos compañeros inmejorables. No tenía que coger el coche para ir a trabajar, ya que mi casa estaba en una urbanización a dos

calles del instituto; así que solía levantarme temprano, ducharme y desayunar por el camino en una cafetería que estaba justo enfrente de mi lugar de trabajo.

Miraba a la chimenea con una sensación muy especial, en el fondo era muy feliz con el tipo de vida que había comenzado a llevar. Por fin, después de muchos años de esfuerzo, estudiando para terminar mi carrera y llevar las oposiciones hacia delante, lo había conseguido.

Hasta me propuse no tener ningún tipo de relación seria que pudiese perjudicar a mis metas, solo tuve relaciones esporádicas. Alguna se complicó un poco, pero tenía las ideas claras. Mi carrera profesional era lo primero. Así que, cuando notaba que la relación podía írseme de las manos, cortaba rápidamente.

Terminé de beberme el café y dejé la taza en la pequeña mesita de madera donde solía comer cuando estaba sola. Que era casi siempre.

Me di una buena ducha y decidí salir a la calle a disfrutar de esa primera caída de nieve. Me abrigué bien y me puse un gorro de lana por encima de mi larga melena rubia.

Al salir a la calle puede sentir los primeros copos de nieve cayendo sobre mí, era una sensación estupenda y que me recordaba mucho a mi niñez. Empecé a pasear hasta llegar a un bar donde servían unos desayunos exquisitos, además, también era una panadería donde hacían el mejor pan de todo el lugar. Me gustaba ir a desayunar allí, lo hacía desde pequeña, pero antes siempre solía tomarme un café en mi casa.

Al entrar al local escuche una voz desde la barra que me llamaba.

—¡Dana! —dijo un chico levantando la mano, saludándome.

Hasta que no me fijé bien no pude comprobar que era Lucas, un chico con el que estudié desde primaria hasta que acabamos el instituto y nos separamos cada uno para irnos a una carrera diferente.

—Hola, Lucas —dije feliz al verlo mientras me dirigía hacia él para saludarlo con dos besos y un gran abrazo—. Me alegro mucho de verte.

—Yo también, Dana. Estás preciosa, parece que no han pasado los años por ti.

La verdad que siempre fue muy guapo, pero ahora había mejorado mucho. Estaba increíblemente atractivo y tenía algo muy especial que le hacía muy seductor.

—Lucas, eso son los ojos con los que tú me miras, a ti también te veo muy bien.

—Gracias. Imagino que habrás venido a desayunar. ¿Has quedado con alguien?

—Sí, viene a desayunar, es un lugar al que me encanta venir. Y no, no he quedado con nadie —le aclaré.

—¿Qué te parece si nos sentamos en esa mesa y desayunamos juntos?
—sonrió, de esa manera que solo él podía hacerlo, con esa sonrisa con la que desde siempre conseguía lo que quería.

—Pues una genial idea, tengo ganas de que me pongas al día de cómo te ha ido la vida, pero por tu aspecto intuyo que no te ha ido nada mal —dije muy seria mientras lo miraba de arriba a abajo. “Vaya...”, pensé mientras me daba la vuelta y me dirigía a la mesa que había señalado.

—Bueno, hay muchas formas de ver cómo te trata la vida —nos sentamos a la mesa, uno frente al otro—. En muchas de ellas se portó muy bien. En otras... no tanto —dijo en voz bajita y guiñando el ojo.

—Así que mi niña no desayuna hoy sola.

Miré a la dulce voz que había hablado, me levanté y le di un abrazo.

—Hola, Pedro —lo besé en la mejilla y me senté.

Lo adoraba. Pedro era el dueño de la cafetería y un consejero. Le tenía mucho cariño, siempre podía contar con él cuando necesitaba hablar con alguien.

—Hola, princesa. ¿Así que vas a desayunar con este? —preguntó bromeando.

—Sí, hacía tiempo que no veía a Lucas. Creo que ya es hora de que nos pongamos al día.

—Me parece bien —asintió con su calva cabeza y se colocó de nuevo las gafas que se le habían resbalado

—Yo estaré esperando para que después me cuentes todo a mí. No me ha

dado tiempo a sonsacarle nada —se quejó.

Los tres nos reímos.

—Seamos serios, tengo un negocio que atender, ¿tú lo de siempre? —me preguntó.

—Mmm... No, hoy no tengo apenas hambre —dije muy seria.

—Entiendo... El desayuno para los días con poca hambre. ¿Tú? —miró a Lucas.

—Lo mismo que ella, tampoco tengo mucha hambre.

Pedro y yo nos reímos, si Lucas supiera...

—Vale —Pedro se secó las lágrimas cuando acabó de reír—, ahora os lo traigo.

Y se fue, yo aún seguía riendo.

—¿Por qué reís? —Lucas no entendía nada.

—Te casaste, ¿verdad? —le pregunté para cambiar de tema—Creo recordar que un día me encontré a tu hermano Eric y me dijo que iba a comprarse la ropa para tu boda.

—Sí, me casé y me fui a vivir a Alemania, ya que mi mujer era de allí. Me ofrecieron un buen puesto de trabajo en un periódico que tenía la sede en Trier, un precioso pueblo que invitaba a quedarse y no lo dudé, me lie la manta a la cabeza y me fui a vivir allí.

—¿Y te ha ido bien?

—Bueno, no me puedo quejar. Ya no vuelvo a trabajar hasta que acabe el invierno, me vuelvo a incorporar en abril, vacaciones más dos meses que he pedido de excedencia, ya que mi mujer Julie se ha tenido que ir hasta entonces a trabajar a Kenia

—¿A Kenia? —pregunté asombrada.

—Sí —afirmó—. A hacer un documental que le ha propuesto un importante canal de televisión, así que le han pillado las navidades por medio y todo el invierno.

—¿No te has podido ir con ella? —pregunté al ver la tristeza en sus ojos.

—Qué va, sólo suele ir el equipo que tienen formado. Trabajan diecinueve horas al día, yo allí no haría más que estorbar —dijo sonriendo noblemente.

—¿Entonces has venido aquí a pasar la Navidad con tu familia?

—He venido a estar lo que dure el invierno, cuando Julie regrese a casa el veinte de marzo, yo habré llegado para recibirla, hasta entonces me vine aquí. Me apetecía estar en el lugar donde crecí, estar rodeado de mi familia, de momentos como éste de reencuentros y no pasarlo muy duro donde no hay nada que me ate ni me motive a estar solo.

—Perfecto, hiciste bien —lo entendía, estar en un lugar extraño, solo, debía ser duro—¿Cuándo llegaste?

—Anoche, estoy instalado en el piso que mis padres tenían hace años aquí, en el centro. Permanecía cerrado para cuando alguno de nosotros lo necesitáramos. No sé si recuerdas que ellos se compraron la casa a las afueras de la ciudad. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Pues cogí una plaza fija de profesora en el Instituto de aquí atrás, eso fue hace seis meses y dos después me compré mi casa, que está en la otra calle —dije sonriendo.

—Qué bueno, cuánto me alegro.

—Dos desayunos para dos que no tienen mucha hambre —Pedro nos interrumpió y empezó a poner las cosas en la mesa.

—No cambias —rió Lucas.

Me encogí de hombros y me reí con él.

—Que aproveche —Pedro se marchó tras dejar los dos cafés, zumos de naranjas, tostadas y un croissant de chocolate para cada uno.

Llevaba toda la vida desayunando lo mismo. Tuviera hambre o no, el desayuno no cambiaba.

—¿Te casaste? —me preguntó Lucas mientras echaba el azúcar a su café.

—Qué va, aún no tengo ni novio, estoy disfrutando de mi recién puesto de trabajo y mi vida de Independiente.

—Chica lista, que una vez casado hay muchas cosas que ya no puedes hacer, por ejemplo, independizarte —dijo bromeando.

—Bueno, tú te vas a independizar tres meses, así que todo es posible en esta vida, incluso cuando te casas —le eché la mantequilla y la mermelada a la tostada y le di un bocado.

—Tienes razón, pero eso no lo terminas de llegar a ver como una independencia, sino como una obligación impuesta por las circunstancias del destino.

—Veo que esta separación temporal te ha afectado, pero debes tomártelo como algo pasajero y disfrutar de estos meses donde no tendrás que trabajar y podrás dedicar todo el tiempo a lo que te apetezca hacer en ese momento. Hay miles de cosas que hacer en esta vida —le di un sorbo al café, solo el de mi casa sabía mejor—, lo que nos falta es el tiempo y a ti ahora mismito te sobra, así que aprovéchalo.

—Tienes razón, debe ser que estoy sensible porque ha sido muy reciente la separación de Julie y mía. No sé, quizás cuando pasen unos días y me vaya acostumbrando esté mejor —se encogió de hombros.

—Claro que sí, debes empezar a tomártelo todo con optimismo. Si en cualquier momento te sientes solo y tienes ganas de hablar o ir a tomar un café, puedes llamarme si quieres.

—Eso sería genial, tenemos que ponernos al día. Hace demasiado tiempo que no nos vemos.

—Apunta mi teléfono.

Cogió su móvil y lo hizo, me llamó y guardé su número en la agenda de mí.

—Gracias, Dana, seguro que te llamaré. Pasas con tu familia la noche de Navidad, ¿verdad?

—Qué va, Lucas. Mis padres murieron hace ya cuatro años y mi hermana se fue a vivir a Nueva York con su marido cuando le ofrecieron un buen puesto de trabajo como jefe en una empresa internacional. Me propusieron varias veces que fuese a pasar allí las fiestas, pero no me apetecía, preferí pasarlas aquí, como he venido haciendo toda mi vida —suspiré, me daba tristeza hablar de ellos, había sido un duro golpe para mí su pérdida—. Así que me

prepararé una buena cena frente a la chimenea y tendré en mi corazón a mi familia, aunque no estén presentes.

—No deberías de pasar un día tan señalado sola.

—Me apetece, estaré igual de triste en cualquier otro sitio que aquí, así que prefiero estar en mi casa y en este lugar. Estoy bien, no te preocupes.

—Está bien, si tú lo dices será porque es lo que a ti te apetece.

—Por eso mismo —dije sonriendo a pesar de estar invadiéndome la pena que me daban esos días por la falta de mis padres.

Tras pasar un desayuno muy agradable a su lado, nos despedimos prometiéndonos volver a vernos antes de él irse, de todas formas, bromeamos porque seguramente día si o día no, nos encontraríamos en ese bar o en cualquier punto de una de estas calles.

Compré el pan y me fui hacia mi casa de forma diferente a la que había salido de ella, me puse a cocinar y no podía quitarme de la cabeza a Lucas, unos sentimientos muy raros empezaron a recorrerme, pensar en él me producía una bonita sonrisa, no me quería ni imaginar que me hubiese enamorado teniendo un flechazo, cuando en la época de instituto ni se me hubiera ocurrido fijarme en él.

Capítulo 2

Desperté esa mañana de Nochebuena y me entró una nostalgia que me impedía levantarme de la cama.

Volví a esa cafetería que había estado hacía dos días con Lucas, me senté en una mesa junto al cristal para ver cómo caían algunos copos de nieve. Me acordaba mucho de él, me apetecía que en esos momentos entrase por la puerta y se sentase conmigo a desayunar, pero bueno, eran unas extrañas ideas que aparecían por mi cabeza y que no eran buenas ideas ya que él estaba casado, tampoco era plan de que empezasen a embargarme unos sentimientos que luego fuesen difíciles de frenar. Quise quitarme rápidamente de la cabeza esa estúpida idea de estar pensando en él a cada momento.

Tras un rato dándome un buen atracón de tostadas con un gran café, compré el pan y salí directa hacia la calle para entrar al supermercado a comprar algo especial para esa cena, aunque estuviese sola prepararía algo fuera de lo diario.

Llegué a casa para empezar a cocinar y quitarme esa nostalgia tan grande que sentía ese día, echaba mucho de menos el no poder celebrar esas fiestas con mi familia, aunque debía de acostumbrarme a esa idea porque mis padres no volverían nunca más, de pensarlo empecé a llorar, la tristeza era muy grande.

Recibí una llamada de mi hermana para saber cómo estaba y sobre todo para decirme que me iba a echar mucho de menos, yo también a ella por supuesto, nos tiramos una hora hablando.

Preparé para la cena unos canapés de una salsa que había preparado y que lo acompañaría con unos tropezones de salmón, además de una sopa que era muy típica en esas fechas.

Al mediodía solo comí un sándwich ya que no tenía ganas de prepararme nada y por la noche me iba atiborrar.

Pasé toda la tarde con la chimenea puesta y viendo en la tele los programas especiales que estaban echando ese día.

Justo antes de cenar decidí ducharme, al salir del baño escuché cómo me

entraba un mensaje en el móvil y supuse que era de alguien para felicitarme las fiestas.

No podía creérmelo, el mensaje era de Lucas, casi me temblaba el pulso a la hora de tenerlo que abrir.

“Hola, Dana, en media hora paso por tu casa para recogerte y no me respondas siquiera al mensaje. En cuanto compruebe que lo has leído, apagaré el móvil para no tener que leer ninguna excusa”.

No podía creerme lo que había leído y vi como dejaba de estar online, iba a venir a por mí y seguramente sería para llevarme a casa de sus padres a cenar. Si fuera otra persona no me hubiera hecho ni gracia, pero sabiendo que era Lucas, en el fondo me agradaba la idea de pasar unas horas junto a él.

Me vestí corriendo, elegante pero informal: un pantalón pitillo de color negro y una blusa de color camel sin mangas con un lazo dejado caer en la cintura.

Al rato sonó el timbre de la puerta, me dirigí hacia ella muy nerviosa y la abrí con una gran sonrisa.

—Buenas noches, Dana, estás preciosa —dijo con una voz y un semblante muy seductor.

—Pasa, por favor.

—Veo que te has vestido y has aceptado mi proposición, de todas formas, no tenías otra elección.

—¿Dónde se supone que vamos?

—No sé, le he dicho mis padres que tenía un compromiso, así que buscaremos algún buen restaurante que sirvan unos menús especiales para este día.

—Yo ya tenía preparada la cena que compré esta mañana en el supermercado y estuve cocinando toda la tarde, si quieres nos podemos quedar aquí ya que tengo bastante cantidad y variedad de comida preparada.

—Pues me parece una idea genial, además creo que estaremos aquí más cómodos, esa chimenea invita a tomar un buen vino —guiño el ojo mientras me lo decía.

—Pues perfecto, el problema es que solo tengo una botella de vino y no sé ni siquiera si es buena.

—No te muevas, ahora vengo, voy corriendo que aún no ha cerrado La Vinoteca de la calle de atrás —dijo mientras salía a toda velocidad por la puerta.

Yo estaba temblando de los nervios, venía extremadamente guapo, lástima que estaba cansado, sino estaba dispuesta a pasar la aventura de mi vida con él.

Aunque para ser sincera tampoco me importaría pasarla ahora, hice gesto de pena solo de pensarlo.

Me encantaba la idea de que hubiese dejado todos sus planes por venir a estar conmigo, estaba claro que lo hacía para que yo no pasase este día sola, pero si algo no te atraía de una persona o no lo hacías de corazón, no llegabas a cambiar ese día por estar al lado de alguien que no te interesaba, ese detalle me había hecho sentirme especial y muy feliz.

Diez minutos después volvía a llamar a la puerta, al abrir pude comprobar que venía cargado con dos bolsas ecológicas de cartón llenas de botellas de vino.

—Pero qué exagerado eres, Lucas, si bebemos todo esto, terminamos en el hospital con un coma etílico —dije horrorizada al ver tantas botellas.

—Más vale que sobre, que falte, las que sobren en la cena, las guardas de reserva para otra ocasión no verte desaviada —dijo guiñándome el ojo.

—Bueno, lo que sobre puedes venir otro día a cenar y la gastamos, aún te queda todo el invierno en este lugar.

—Pues sí, además tuve la suerte de reencontrarme contigo, así ahora todo este tiempo se hará más ameno y más soportable.

No sabía cómo interpretar eso, si era porque le hacía ilusión pasarlo a mi lado porque conmigo se le pasaría el tiempo más ameno, ya que lo estaba pasando muy mal por la separación de su mujer durante este tiempo.

—Me alegro de que lo veas así —contesté mientras sacaba dos copas y le daba un descorchador de botellas para que la fuera abriendo.

Se sentó en la mesa de la cocina con las dos copas mientras yo preparaba la comida, ya que había que calentarla y ponerla bonitas en los platos, así que lo mandé a sentar para prepararlo yo todo, no quería que me ayudase.

—Sinceramente, me siento más a gusto aquí y relajado que si hubiese estado en la cena con mi familia —dijo mientras me daba la copa para que le diese un trago.

—Bueno, no será para tanto Lucas —dije mientras le daba un trago para posteriormente colocarlo en la mesa y seguir preparando la comida.

—Evidentemente me gusta cenar con mi familia, pero está claro que esta noche se vuelve un poco caótica, me apetece más este tipo de relax y con tu compañía que es inmejorable, siempre no se tiene esta oportunidad.

—Bueno, si nos bebemos todo el vino que te has traído seguramente esto puede ser un caos, menos mal que no tenemos que conducir y podemos quedar redondo en el sofá o dónde nos pille —dije bromeando.

—Lo mismo hasta terminamos de fiesta por la ciudad de pub en pub —dijo riendo y levantando la copa.

—Pues mira, no sería mala idea, sería recordar la juventud que ya con el paso del tiempo vamos perdiendo, recuerdo perfectamente cuando eran las navidades y cenaba con mis padres y luego me iba con mis amigos de fiesta.

—Claro, era la época que todos vivimos en una cierta edad, pero hoy la vamos a volver a revivir, tras la cena nos vamos de fiesta —volvió a guiñarme el ojo.

—Me apunto, toda esta zona está llena de pubs y no nos veremos en la obligación de conducir. Me parece genial la idea.

Preparé la mesa en el salón frente a la chimenea, en la mesa pequeña para sentarnos en unos pufs, me dijo que le apetecía más ahí y que haría más íntimo el momento ya que éramos dos solos y en una mesa tan grande iba a parecer muy frío todo.

En la cena estuvimos charlando sobre su vida en Alemania y lo distinto que era a la vida aquí, aunque en el pueblo en el que él vivía era muy tranquilo, casi tanto como mi ciudad.

—¿Sigues aquí, Dana?

Lo miré cuando chasqueó los dedos delante de mí.

—Claro, ¿dónde iba a estar? —carraspeé cuando volví a la realidad.

Me había quedado embobada mientras me contaba cosas de su vida en territorio germano. Me mordí el labio para aguantarme la risa, algo inútil. Empecé a reírme a carcajadas, todo de los nervios que tenía.

—¿Dije algo gracioso? —preguntó mirándome con cara de asombro.

—Yo... esto... —no podía hablar, si su cara era un poema por no entender lo que pasaba, no quería ni imaginarme cómo había sido la mía mientras lo miraba.

Ya te vale, Dana, compórtate, pensé mientras dejaba de reír y me levantaba del suelo después de aceptar su mano como ayuda.

—Pues la verdad es que no me enteré de nada de lo que me dijiste —solté con esa cara dura que Dios me había dado.

—Te contaba sobre el accidente —dijo muy serio de repente.

—¿Qué accidente? —ahí se me cortó el cuerpo de repente. Yo riéndome y él hablándome sobre algo serio.

Joder, Dana, no tienes perdón, pensé mientras mi cara se descomponía.

Un destello de humor pasó por sus ojos.

—Serás capullo... —le di un golpe en el hombro—No vuelvas a jugar con esos temas.

—Vale, lo siento —levantó las manos en señal de rendición.

Lo miré malamente y resoplé. Yo podía reírme absolutamente de todo, incluso de mí misma. Pero había ciertos límites.

—Venga, no te enfades. Vámonos a quemar la ciudad —me guiñó un ojo y agarró mi mano.

Me solté rápidamente.

—Espera que me cambie —dije horrorizada y salí corriendo hacia la

habitación.

Abrí el armario y empecé a buscar. Al final me decidí por un vestido rojo, por debajo de las rodillas, con cuello de cisne y bastante ajustado. Me puse frente al espejo, me retoqué el maquillaje y me arreglé un poco el pelo.

Me quedé mirando el resultado final y sonreí. Estaba vestida directamente para matar. Salí del cuarto y, antes de llegar al salón, tuve que darme media vuelta al ver que iba descalza.

Tras dudar, acabé cogiendo los tacones que me había regalado mi madre antes de fallecer. Unas lágrimas empezaron a asomarse por mis ojos, respiré hondo. No era momento para eso.

—Vaya, no sé qué decir —dijo Lucas cuando me vio aparecer de nuevo.

Tenía los ojos abiertos de par en par y me miró de arriba abajo, dándome un repaso.

Yo sabía que ese vestido llamaba la atención, pero ver la aceptación en su mirada me subió el ego.

—No hace falta que digas nada —cogí mi abrigo, mi bolso y abrí la puerta. Lucas me seguía muy de cerca.

Me ayudó a colocarme el abrigo antes de salir y nos fuimos caminando hacia la zona donde estaban todos esos pubs que pensábamos cerrar.

Comenzamos a beber y yo, que se me subió ligero a la cabeza, me puse a bailar en medio de la pista del pub. Varios chicos se acercaron a mí, intentando llamar mi atención.

Lucas llegó a mi lado rápidamente, haciendo que todos los demás se alejaran. Bailó un rato conmigo, cerca, pero sin llegar a tocarnos. Me sorprendió ver lo buen bailarín que era. El recuerdo que tenía de él era de un chico sin mucho arte en el baile.

—¿Cuándo aprendiste a bailar? —chillé para hacerme escuchar por encima de la música.

—Es un secreto que nunca te contaré —me gritó mientras me guiñaba un ojo.

—Eso lo veremos —repliqué yo en plan chula, retándolo.

—Ya veremos si eres capaz de lograrlo, Dana —dijo mirándome intensamente.

Un calor empezó a apoderarse de mí. La verdad que ese chico me gustaba y bastante. Pero tenía que recordar que estaba casado.

Estuvimos bailando y bebiendo varias horas. Cada vez estábamos más cerca y las miradas eran más íntimas. Varias veces tuve que apartarla por miedo a mostrar demasiado o a hacer algo de lo que me pudiese arrepentir.

Lucas fue todo un caballero, estuvo pendiente a mí toda la noche, en ningún momento me sentí sola ni me faltó de nada.

Sobre las seis de la mañana llegamos a mi casa.

—Gracias por esta noche —Lucas rompió el silencio que se había adueñado de nosotros durante todo el camino de vuelta.

—No tienes que agradecerme, Lucas —negué con la cabeza—. Los dos lo hemos pasado genial y es lo que importa.

—Sí, tienes razón —metió sus manos en los bolsillos de los pantalones, como si estuviera nervioso y no supiera qué hacer con ellas—. Pero necesitaba divertirme, hacía bastante que no lo hacía. Menos en unas fechas como estas.

—Pues ya lo hiciste —sonreí—. A mí también me hacía falta —le confesé.

—Nunca cambies, Dana. Eres espectacular.

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Se dio la media vuelta y se marchó, sin darme tiempo a contestarle.

Entré en casa y me quité los zapatos. Hice un gesto de dolor cuando mis pies tocaron el suelo.

Antes muerta que sencilla...

Tras prepararme para dormir, me tumbé en la cama. Había bebido demasiado y no podía pensar con claridad, pero todo había sido perfecto.

El único problema era que Lucas me estaba gustando más de la cuenta.

Capítulo 3

Miré el reloj y eran las dos de la tarde, tenía una resaca monumental y no tenía fuerzas para levantarme de la cama, miré el móvil y tenía un mensaje de Lucas de hacía media hora, una sonrisa iluminaba mi cara pese al resacón tan grande que tenía.

”Hola, preciosa, cómo deseo con todo mi corazón repetir una noche tan divertida como la que pasé anoche junto a ti, gracias por haberme dado un día tan especial como el que fue ayer, Feliz Navidad”.

Mi corazón dio un vuelco y comprobé que estaba en línea, así que me decidí a responderle.

“Feliz Navidad, Lucas, gracias por haber compartido conmigo este día, gracias a ti se me olvidaron las melancolías y las tristezas que había ha aparecido en mi durante el día. Cuando quieras repetimos”.

Me quedé mirando al móvil viendo que lo estaba leyendo ya que se habían puesto las dos líneas azules del Whatsapp, estaba rezando porque me volviese a contestar.

“Cuando estés triste solo me tienes que llamar, que antes que me hayas enviado el mensaje ya estoy tocando el timbre de tu puerta”.

En ese momento se me estaba cayendo toda la baba, me estaba haciendo ilusiones o es que él era tan correcto y dispuesto que quería que no me sintiese triste

“Gracias, Lucas, disfruta de la comida con tu familia, espero y deseo que tengas un precioso día”.

Vi como empezaba a escribir seguidamente.

“Espero que tú también tengas un bonito día, al menos tranquilo, recuerda que es un día muy especial y la Navidad sorprende a todo el mundo, espero que contigo también lo haga”.

Me dieron ganas de contestarle que ojalá Papá Noel me lo trajese de nuevo a mi lado, pero evidentemente no pude poner eso ya que tenía que guardarle un

respeto por su situación sentimental, así que me entró la risa y me contuve de volverle a contestar.

Me fui a la cocina y lo último que se me ocurría era comer, así que me tomé un buen zumo de naranja y luego un gran vaso de café, evidentemente me tuve que tomar una pastilla para aliviar el dolor de cabeza que tenía debido a la resaca.

Pasé el mediodía fantaseando con él, se me ponía una cara de tonta que me daba cuenta de que mi corazón palpitaba más rápido de lo normal, me puse las manos en la cara solo de pensar que me podía estar enamorando de él, me dije mil veces que no podía ser así, que intenté pensar en otra cosa.

Mientras me tomaba otro café, empecé a llenar la bañera y echarle unas pastillas de sal relajante y unos líquidos para hacer un baño tipo spa, me encantaba llenar de productos la bañera.

Me metí en ella con un cigarro en la mano, tenía ganas de relajarme, de repente escuché la melodía del Whatsapp, agarré el teléfono, que lo había puesto al lado de la bañera. Era de Lucas, esta vez era una foto del tipo selfie con un mensaje abajo que ponía Feliz Navidad. Me hizo mucha gracia que me hubiese mandado esa foto, así que me tiré una en la bañera con el cigarro pero que no se me viese nada, por supuesto, se la envíe poniendo: *“Aquí estoy de relax, Feliz Navidad”*.

Me quedé un rato esperando a ver si me contestaba, pero no dijo ni por ahí te pudras, eso me entristeció mucho ya que le había enviado una foto graciosa y ahora me estaba quedando rayada por si a él le había parecido inapropiada. Me quedé un rato disfrutando del baño cogí y me salí, estaba enfadada conmigo misma porque había pensado que le había podido molestar ese tipo de foto, quería enviarle un mensaje pidiendo disculpas, pero ya ni eso me atreví a hacerlo, así que decidí pasar y que fuese lo que Dios quisiera, esperaba que en cualquier momento me pudiera escribir.

Pasé la tarde tirada en el sofá con mi pijama nuevo que me había comprado para ese día y era muy cuqui, me encantaban que fuesen como de algodón, como si fuesen unas mallas, en plan tipo chándal, me lo había comprado en Woman Secret y era de color rosa, allí estaba yo loca de contenta con mi pijama, pero con una tristeza bestial por no saber si de verdad había metido la pata con ese mensaje.

A las ocho de la tarde me sobresaltó el timbre de la puerta, miré por la mirilla y me quedé asombrada porque era él.

Abre, petarda, que sé que estás ahí, te he escuchado —dijo bromeando.

Madre mía, no me daba tiempo ni a cambiarme y estaba yo ahí con ese pijama de niña chica que parecía una joven en la edad del pavo, me estaba entrando la risa de pensarlo, pero ya me daba igual, cogí y abrí la puerta.

Al verme en pijama empezó a negar con la cabeza y le entró la risa.

—Llego tarde, pensé que aún estabas en la bañera —dijo bromeando.

—Pasa, anda, ni que fuera un pato para estar todo el día ahí metida —dije riendo.

—He traído un poco de comida de la que ha preparado mi madre al mediodía, está deliciosa y la ha preparado con mucho amor para nosotros ya que le dije que iba a ir a cenar con una amiga del colegio. El saber que eras tú le hizo mucha gracia y me dijo que ella se encargaba de la cena —dijo mientras ponía las bolsas en la mesa.

—Muy amable tu madre, siempre me ha caído bien.

—Por cierto, como ves me he colado por toda la cara, eso te pasa por mandar selfie indebidos que hacen que cualquier hombre salga corriendo hacia tu casa.

—Bueno, a cualquiera no se lo mandarías.

—Me encanta escuchar eso, Dana —dijo mientras se venía hacia mí para darme un abrazo acompañado con un beso en la frente.

Ya me hubiera gustado a mí que me lo hubiese dado en los labios, pero se veía que lo hacía de forma amigable y cariñosa, tal como él era.

Hoy preparo la cena yo así que siéntate frente a la chimenea que me encargaré yo de todo —dijo señalando hacia ella para que me quitase ya de en medio.

Le solté una sonrisa y me fui hacia allá, seguidamente vino el con dos copas de vino y las puso en la mesa, venía acompañado con unas patatas de aperitivo.

Puse un canal de música que era muy variado y sobre todo emitían canciones latinas, así escucharíamos los temas actuales además de que la música es una de las mejores compañías para poner mucha armonía en algunos momentos.

Preparó una mesa espectacular llena de mariscos, jamón y unos solomillos al Tío Pepe que había preparado su madre, que por cierto era uno de los mejores que había probado en mi vida, estaba toda la comida deliciosa, y más en su compañía que todo sabía mejor.

Estuvimos charlando todo el tiempo sobre las personas que habían estudiado con nosotros, recordando viejos momentos que habíamos pasado en nuestra época de estudiantes.

Cada vez se iba notando que él me miraba de forma diferente y que siempre tenía una sonrisa en su cara, eso me hacía dudar entre si era siempre así o yo era la causante de ella, la verdad es que soñaba que fuese lo segundo, sobre todo era lo que esperaba.

Empezó a mirar todas las películas que yo tenía en mi colección ya que era una obsesionada de ellas, me encantaba verlas, además que todos los géneros me gustaban.

Saco dos películas que me propuso ver ese día y le dije que me parecía perfecto, que se pusiese como de que si le apetecía se podía quedar a dormir. La verdad que lo había dicho en plan broma, pero a él le hizo mucha gracia y aceptó rápidamente la idea.

—Siempre que sea en camas separadas —me miró con las cejas levantadas, como si yo fuera una obsesa sexual o estuviese loquita por sus huesos

La verdad es que era así, no voy a negarlo, pero me hizo mucha gracia cómo lo dijo, sonó como si fuera una doncella del siglo XVIII, casta y pura que esperaba llegar con su virtud intacta al matrimonio.

—No se preocupe, Milord —le respondí también muy seria—Su virtud está a salvo conmigo.

Lucas empezó a reír y a negar con la cabeza.

—Tienes salida para todo —me puso el brazo alrededor del hombro y nos acercó hasta el sofá—. Venga, señorita, veamos si eres capaz de aguantar viendo una película sin dormirte y sin hablar y contarme lo que va a ocurrir.

—¿Con qué tipo de mujeres has estado tú? —reí cuando dijo eso.

—Seguro que con ninguna como tú —se sentó a mi lado y yo me callé inmediatamente. Esa respuesta me había dejado en shock.

No sabía qué quiso decir con eso, o si era una buena señal o no. Pero algo dentro de mí me decía que sí, que quizás yo sí era especial para él. Y aunque sabía que estaba casado, rezaba para que fuese algo más que una amiga.

Media hora después yo ya estaba desesperada en el sofá, no sabía qué postura coger para no quedarme dormida. Menudo bodrio de película había elegido. Y mira que tenía donde elegir, pues no, el señor había elegido una del oeste que regalaban con el periódico. Eso no había ser humano que se lo comiera.

Lucas carraspeó, como diciendo que iba a ganar él.

—Tengo hambre —salté del sofá y corrí a la cocina.

Lo primero que hice fue abrir el frigorífico, abrir una lata de Red Bull y beber un largo sorbo. La gente decía que eso los mantenía despiertos y yo había comprado algunos para probarlos las noches en las que me quedaba corrigiendo exámenes. Solo que no me había hecho falta usarlos.

—¿Rebuscando entre las sobras de Nochebuena?

No lo había escuchado acercarse, ni siquiera entrar en la cocina. Me di la vuelta rápidamente por el susto, pegando un salto, llenando su camisa de Red Bull antes de que la lata cayera al suelo y se derramara.

—Oh, mierda —gemí al ver el destrozo que había hecho y con la mano en el corazón.

—Ya veo que comida no era —se rio Lucas al ver la lata en el suelo—. La que has liado por no dormirte —empezó a descojonarse y yo, sin poder evitarlo, también.

Estuvimos los dos riendo sin parar durante varios minutos.

—Anda, quítate la camisa mientras limpio todo este desastre —dije cuando dejé de reír.

—¿Tienes ropa de hombre para dejarme? —su tono sonó entre sorprendido y enfadado.

—Hay cosas que son mejor no saber —le contesté yo— Espera aquí.

Salí de la cocina y me acerqué a coger una blusa que tenía en uno de los cajones de mi cómoda. Era de hombre y me la compré porque me gustó el dibujo que tenía. Me la ponía muchas veces para andar por casa. Pero como él había malpensado rápidamente, no iba a ser yo quien le dijera la verdad.

Al entrar en la cocina ya estaba con desnudo de cintura para arriba y limpiando con la fregona el desastre.

Me quedé como tonta mirando ese torso.

Ay, señor, cómo estaba ese hombre. Como para no dejar idiota a cualquiera... Se notaba las horas que pasaba en el gimnasio, eso seguro.

—Toma —le dije cuando levantó la mirada y me vio mirándolo. Me acerqué a él y le di la camisa.

Una sonrisa curvó sus labios.

—Vaya, pues quien sea tiene buen gusto —dijo cuando se la puso.

La verdad que le quedaba que ni pintada, parecía que estaba hecha para él. O eso o a ese hombre le sentaba bien todo.

Creo que sí, sería más bien lo segundo.

Terminamos de limpiar, preparé unas palomitas y volvimos a sentarnos en el sofá.

—Puedes dormirte si quieres —bromeó de nuevo.

—Y cualquiera lo haría con esta película —dije borde.

—Eso aperaba —se rio él.

Le di un manotazo en el hombro al entender que lo había hecho a posta. Dejamos la película puesta y empezamos a hablar de cómo teníamos pensado pasar los siguientes días. Celebrar el Año Nuevo siempre era una fecha especial y a este paso me estaba viendo sola de nuevo. Volví a sentirme triste.

De repente, me propuso que al día siguiente me fuese con él a pasar unos días en unas cabañas que había en un pueblecito a las afueras de la ciudad, yo me quedé impactada por esa proposición, pero acepté inmediatamente, me dijo

que volveríamos el día dos y pasaríamos allí el fin de año.

Vaya planazo me había acabado de proponer Lucas, aunque sin esos momentos me proponía irme debajo de un puente, también hubiese aceptado con tal de estar a su lado.

Decidimos que, por la mañana, después de desayunar saldríamos de mi casa, iríamos a la suya preparar su maleta y de allí nos iríamos hasta la sierra.

Con todos los detalles ya preparados, me levanté y elegí una película: Gladiator. Lucas suspiró y me dio a entender que no le hacía mucha gracia. Pero a mí me daba igual, era una de mis películas favoritas y la había visto miles de veces, pero nunca me aburría. La puse en el reproductor y me senté de nuevo en el sofá.

Lucas, rato después, me pasó el brazo por los hombros y me hizo acomodarme en su pecho. Fue un gesto muy bonito y que me llegó al alma. Estaba bastante cansada, pero prefería quedarme ahí, con él. Además, que estaba muy nerviosa de pensar la semana que me esperaba a su lado, por nada del mundo cambiaría ese planazo.

Los ojos se me cerraban, así que como estaba a gusto, decidí dejarme llevar por el sueño.

Capítulo 4

Nos levantamos a las diez de la mañana después de haber dormido en el sofá los dos, se levantó con una preciosa sonrisa en los labios dándome los buenos días y acercándose a mí para darme un abrazo y un beso en la frente.

Nos pusimos a preparar el desayuno, estábamos muy contentos de irnos a perdernos a una cabaña unos días, me parecía un gesto muy generoso y precioso por su parte pasar el resto de las fiestas a mi lado y sobre todo el fin de año, si me lo hubiesen dicho meses atrás, me hubiese ahorrado muchísimo tiempo de pena de pensar que iba a pasar las peores navidades de mi vida, sin embargo, se estaban convirtiendo en toda una sorpresa.

Tras el desayuno me duché y preparé mi maleta de viaje, él se quedó en la cocina recogiendo todo mientras yo dejaba mi equipaje listo para podernos ir.

Fuimos hacia su casa en su coche y me quedé en la ventana de la cocina fumándome un cigarro mientras él se duchaba y preparaba su maleta.

A la una de la tarde estábamos saliendo directos para la sierra, nos llevaría llegar apenas una hora y poco.

A mitad del camino paramos a comer en una venta que había a pie de carretera, Lucas estaba muy bromista y no paraba de echarme miradas que, por mi intuición de mujer, me hacían descifrar que estaba jugando a seducirme, yo le seguía el juego de las miradas, apenas nos hacía falta hablar para entendernos y nos daba muchos ataques de risa a causa de ello.

Aunque era cierto que había muchos momentos en el que él nombraba a su mujer, recordándola, era como que me daba una de cal y otra de arena, pero yo estaba feliz disfrutando de esos momentos junto a él ya que se había convertido en una persona muy importante para mí en apenas pocos días.

Llegamos por fin al lugar y nos alojamos en las cabañas rurales que había en un entorno fascinante, al llegar nos dieron las llaves y comprobamos que solo había una cama de matrimonio, además del salón la cocina y un porche precioso para pasar largos ratos en él.

Tras llegar colocamos las maletas y nos fuimos directos a buscar un

supermercado para comprar todo lo necesario para pasar una semana encerrados en ese entorno inmejorable como era el alojamiento que habíamos escogido, indudablemente saldríamos algunos días a comer o cenar por ahí, incluso a hacer alguna excursión, pero en principio nuestra base iba a ser la cabaña.

Llegamos al supermercado más grande que encontramos por aquella zona, que sería como una tienda de mi barrio, pero llena de todos los productos necesarios para hacer una buena compra, cogimos una cesta cada uno de estas tipo carro y empezamos a echar todo lo que se los iba apeteciendo, incluso compramos bastante carne para hacer alguna que otra barbacoa.

A mí se me caía la baba ir con Lucas comprando lo necesario como si fuéramos un matrimonio, él me echaba unas miradas que me ponían a mil por hora, pero no podía reaccionar ni comérmelo a besos y hacer nada de lo que se me apeteciese.

Vaya suerte la mía encontrar ahora a alguien que le diese un vuelco a mi corazón y encima estuviese felizmente casado, me maldije mil veces.

Una vez que llegamos a la cabaña empezó a colocar velas aromáticas por todo el salón, me dijo que por la noche le daría un punto muy chulo a ese alojamiento de madera.

Tras la cena nos salimos un rato al porche a tomar un Gin Tonic.

—Jamás imaginé que el invierno se fuese a convertir en tan bonito en tan poco tiempo —dijo ante mi asombro.

—Me alegro de poder contribuir en la medida de lo posible para que eso sea así, para mí también están siendo unas fiestas muchísimo mejor de lo que jamás hubiese esperado para este año.

—Vámonos a aquel balancín —dijo señalando un gigante columpio lleno de cojines que había frente a nuestra cabaña.

Llegamos a él y pusimos las copas en una especie de mesa bidón que había en un lado del balancín donde se había sentado él, me dijo que pusiese la cabeza en sus piernas y me tirase mirando las estrellas, así que fui yo a echarme boca arriba en sus piernas mientras él me hacía un masaje en la cabeza y empezaba a contarme un montón de anécdotas que había vivido en muchos viajes que había hecho a lugares salvajes, metido en medio de la

naturaleza.

Se me ponía todos los vellos de punta solamente con el roce de sus dedos, me estaba causando una tensión sexual que subía por momentos, lo peor de todo es que tenía que disimular y hacer como si nada ocurriese. Cada vez que me acordaba de su mujer, la maldecía mil veces, tenía la puñetera suerte de tener al hombre que yo deseaba.

—¿Me vas a echar de menos cuando yo vuelvo a Alemania? —dijo sonriendo.

—¿Quién te ha dicho a ti que te voy a dejar marchar? —dije bromeando.

—Si no estuviese casado y solamente estuviese en Alemania por trabajo, te garantizo que no volvería para allá, que me quedaría aquí contigo.

Esa frase me había dejado caos, era evidente que estaba muy feliz con su mujer y que por nada del mundo dejaría esa vida por mí, pero me conformaba con saber que podía pasar un invierno en su corazón, aunque realmente me dolía en el alma no poder disfrutar de él de la forma que hubiese pasado si no estuviese casado.

—Me encantaría que te quedases aquí, a mi lado, aunque entiendo que eso jamás podrá ser, pero me alegra mucho poder pasar este invierno contigo o al menos el tiempo de él que me permitas estar a tu lado.

—Tranquila, iré a acosarte al trabajo hasta la hora del descanso, te regalo este invierno hasta que tú te hartes de mí.

—No creo que me harté de ti, me aprovecharé de la forma tan bonita y galante que tienes de tratarme —dije guiñándole el ojo mientras él seguía acariciando mi cabello.

—Desde que conocí a Julie jamás sentí la necesidad y comodidad de estar con una mujer como estoy ahora contigo, evidentemente me acuerdo de ella mucho y la echo mucho de menos, pero tú haces que todo sea más especial y llevadero y me siento muy cómodo a tu lado.

Sus palabras a veces las veía favorable y otras como dos puñales que se clavaban en mi corazón y me dejaban bien claro que ella iba a estar siempre ahí, la verdad que era su mujer y yo no tenía derecho a reprochar ni enfadarme por ello, pero me daba mucha rabia no poder disfrutar de una

relación que hubiese sucedido en otras circunstancias.

Estuvimos en el balancín cerca de dos horas hasta que cogimos y nos metimos en la cabaña a ver una película, era una comedia romántica donde paradójicamente una chica se enamorada de un hombre casado, nos reímos mucho porque hizo lo impensable para conseguir el amor de ese hombre.

—A ti ni se te ocurra hacer esas cosas —dijo bromeando.

—Qué va, yo las hago peores —dije chuleándole

—Bueno, pues por ahora estoy viendo que te estás portando muy bien, espero no tener que tener el teléfono a mano para llamar a emergencia a la policía.

—Pues me puedes llamar a todas las fuerzas de seguridad de España, que vengan en manada que yo saldré liderándoles.

—Ya será menos.

—No me pongas a prueba, Lucas, no me pongas —dije riendo.

—Tienes todo un invierno.

—Me estás diciendo que quieres aprovecharte de mí durante el invierno y luego dejarme aquí tirada, ¿verdad? —seguí bromeando.

—Si me quisiese aprovechar de ti, ya lo hubiese hecho desde un principio, ¿no crees?

—Lo sé Lucas, lo sé, estamos bromeando, yo también respeto el hecho de que estés casado y que seas feliz puesto que es evidente que lo eres, pero no me importará estar en este estado, todo el invierno en tu corazón.

En esos momentos me agarró para que me levantase y me dio un fuerte abrazo diciendo que nos fuéramos a la cama, ya había acabado la película.

Una vez en la cama me echó sobre su pecho y siguió acariciando mi cabello y así me quedé dormida, fantaseando que sucedería algo más que esas simples caricias.

Por la mañana despertamos abrazados, me di cuenta de que había estado vagueando encima de él. ¡Qué horror, por dios! ¡Qué poco glamour!

Fuimos a preparar un gran desayuno y en ese momento le sonó el teléfono a

Lucas, al estar en la mesa pude comprobar que ponía la palabra amor, así que se suponía que era indudablemente su mujer, él me guiñó el ojo y me pidió permiso para salir a hablar, por supuesto le dije que adelante.

Por los cristales de la cocina podía verlo a él hablar sentado en el balancín, se le veía con una preciosa sonrisa, ella rara vez podía llamarlo así que a él le hacía mucha ilusión cuando conseguía que sonase su teléfono y fuese ella.

Esperé para servir el café hasta que él terminase de hablar pues no sabía cuánto tiempo iba a durar, aunque las tostadas ya estaban calientes y las dejé encima puestas, sobre la tostadora apagada.

Tras una larga espera, por fin entró por las puertas con una sonrisa de oreja a oreja y diciendo que estaba muerto de hambre y que iba a empezar por el pan, que ya luego vería por donde terminaría, cosa que a mí me hizo mucha gracia y me entró un ataque de risa de los nervios.

Nos fuimos a pasar el día a una especie de embalse con todo tipo de canoas y motos acuáticas, aunque hacía mucho frío, el tiempo estaba bien para poder disfrutar de ese tipo de deporte, alquilamos dos trajes de neopreno y cogimos una moto acuática para hacer todo el recorrido de aquel lugar.

Pasamos un día estupendo, incluso paseamos por algunos pueblos que había por allí alrededor y estuvimos tapeando y tomando cervezas, cuando íbamos caminando, él me llevaba siempre agarrada de la mano o por el hombro, estaba en continua actitud cariñosa conmigo, yo ya no sabía cómo pedirle a todo el universo para que consintiera en ayudarme a que Lucas me entregase al menos un solo beso. Evidentemente yo no invitaría a eso, pero si él lo hiciera me iba a dejar llevar como alma que llevaba el diablo.

Esta noche vimos otra película y volvimos a dormir abrazados sin que volviese a suceder nada; besos, abrazos y caricias, era un continuo derroche por su parte, yo notaba que él sentía deseos por mí, pero su relación ponía una barrera infranqueable entre nosotros.

Pasamos esos primeros días estupendamente, ya era día 30, al día siguiente terminaría el año y lo empezaría también con él.

Nos fuimos a comprar todo lo necesario para que al día siguiente no tuviéramos que ir con las prisas y además que estaría todo muy colapsado de personas comprando las últimas cosas de comida a la bulla.

Llegamos a la cabaña repletos de bolsas. Habíamos comprado de todo, incluso detalles para adornarla la noche de fin de año. Lucas se preocupaba por cualquier mínimo detalle. Mientras comprábamos y llenábamos la cesta y yo le decía que para qué tanta parafernalia, él se limitaba a decir que estas tenían que ser unas navidades para recordar toda la vida y que no iba a faltarnos de nada. Yo sonreía, la verdad que era muy detallista y eso era lo que más me gustaba de él, así que lo dejé comprar lo que quiso para que sintiera que todo era especial.

Claro que para mí ya lo era, no necesitaba lo material para sentirme más feliz. Estaba con él en una cabaña, solos, disfrutando de unas preciosas navidades cuando había pensado que serían de lo más tristes.

Coloqué todo en el frigorífico y el mueble que hacía de despensa mientras Lucas decoraba la cabaña a su gusto. Una gran sonrisa apareció en mi cara cuando vi el resultado final, todo era perfecto.

—Estás preciosa cuando sonrías —lo miré, su tono seductor me puso la piel de gallina.

—Gracias —un calor empezó a extenderse por mi cuerpo.

¿Qué me estaba haciendo ese hombre?, pensé. Me tenía completamente encandilada.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunté cuando vi que se mantenía callado, solo mirándome.

Me gustaba que lo hiciera, pero estábamos jugando con fuego y podríamos quemarnos. Y aunque era lo que yo más deseaba, sabía que sufriría cuando se marchara. En ese momento, tal como se habían dado las cosas, ya iba a sufrir... Así que decidí aprovechar cada momento que pudiera pasar con él, sin pensar en nada, solo en nosotros.

—¿Qué te apetece hacer a ti? —me preguntó.

Me crucé de brazos y me apoyé en la pared.

—Hemos venido aquí a relajarnos y disfrutar. Lo único que me apetece es estar contigo, tranquila, nada más —me encogí de hombros, para qué mentirle—. ¿Qué te parece si hacemos una barbacoa?

—Estupendo, tenemos demasiada carne para cocinar. Ve sazónándola mientras yo busco el chisme ese y lo enciendo —dijo refiriéndose a la barbacoa.

Una hora más tarde teníamos la carne sobre la mesa que colocamos afuera de la cabaña.

—No pienso comerme eso —reí al ver la carne.

—Solo se hizo demasiado —rio él—. Anda, que está muy buena —cogió una costilla y le dio un mordisco. Su cara fue para verla, pero se la tragó, cabezota era un rato.

Yo me quedé mirándolo alucinada, me estaba dando hasta fatiga verlo morder la carne chamuscada.

—¿No decías que eras un experto en barbacoas? —pregunté mientras me servía un poco de ensaladilla casera que habíamos comprado.

—Y lo soy —dijo muy digno—, lo único que ese cacharro me tiene manía.

Empecé a reírme al recordar cómo se había “peleado” con él para intentar encenderlo.

—Mmmm... —le di la razón como a los locos—¿Un poco de ensaladilla?

Me miró como si hubiera visto al demonio en persona, todo por darle otra opción a comerse la carne quemada. Meditó unos segundos y acabó acercándose el plato.

—La próxima barbacoa será mejor —me aseguró.

Me puse triste inmediatamente sin poder evitarlo. No habría muchas más, al menos no para nosotros dos juntos. Nuestros días allí estaban llegando a su fin y, cuando el invierno acabara, él volvería con su mujer. Lejos de mí.

—Dana, mírame —me dijo hablando bajito.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

—No quiero verte triste, vamos a disfrutar de estas fiestas que serán inolvidables, ¿vale?

Vi el dolor en su mirada también, sabía exactamente qué estaba pensando.

Asentí con la cabeza y sonreí.

No tenía que darme explicaciones, nosotros no éramos más que dos buenos amigos y él no tenía la culpa de lo que yo estaba sintiendo por él. Así que iba a disfrutar junto a él todo el tiempo que pudiese, al menos me quedaría ese recuerdo.

Sí era cierto que muchas veces notaba entre nosotros un vínculo muy fuerte, incluso bromeábamos. Y que él había dicho y hecho cosas que me llevaron a pensar que quizás estuviera enamorado de mí.

Pero no había ocurrido nada, él seguía casado y yo seguía siendo una vieja conocida con la que se había reencontrado, se divertía y le hacía el tiempo más ameno. Y con la que le gustaba pasar esas fechas tan especiales.

Decidí bloquear en mi mente cualquier pensamiento negativo. Tenía que disfrutar de los días que me quedaban con él.

Después del almuerzo, dimos un paseo por los alrededores. El lugar era precioso y yo no dejé en ningún momento de tomar fotos. Incluso nos hicimos algunos selfies juntos.

Una de las veces, me tumbé en la hierba a tomar el sol, cerré los ojos para disfrutar de tan buena sensación. Cuando el silencio se hizo largo, abrí los ojos lentamente y lo vi. Estaba sentado, a mi lado y mirándome directamente a la cara.

Esa mirada me hizo estremecer, ahí pude sentir que yo también estaba llegando a ser algo más para él.

Me levanté corriendo y eché a correr, dispuesta a romper esa situación que se había abierto entre los dos, eso de estar mirándonos a los ojos, con las miradas tan desnudas... Decía demasiado y, aunque estaba deseando que ocurriese algo con él, me asusté.

Lucas me siguió rápidamente y me dio alcance. Me cogió por la cintura y me levantó en el aire mientras decía: te pillé.

Los dos caímos al suelo mientras reíamos.

Nos costó recuperar el aliento, pero cuando lo hicimos, nos levantamos y volvimos a la cabaña.

Tomamos una larga ducha cada uno y, tras preparar una cena ligera, nos sentamos en el sofá. En la misma posición que las otras veces, mi cabeza apoyada en sus piernas.

Ambos decidimos leer esa noche, así que mientras cada uno estaba enfrascado en el libro que llevaba, nos hacíamos compañía.

Era una situación fuera de lo normal, a veces me daba la sensación de que parecíamos un matrimonio.

Teníamos las mejores conversaciones del mundo, podíamos hablar y bromear sobre cualquier tema y, a la vez, podíamos disfrutar de los enormes silencios, sin hablar, simplemente haciéndonos compañía mientras realizábamos las actividades que nos gustaran.

Y eso me caló demasiado hondo, me empecé a dar cuenta de que ese hombre estaba siendo demasiado importante para mí y de que, cuando el invierno se acabara, iba a sufrir por su marcha.

Cuando el sueño nos venció, nos fuimos a la cama. Apoyé mi cabeza en su pecho mientras él me rodeaba con su brazo y me dispuse a dormir.

Capítulo 5

Amanecí sobresaltada por un estruendo que se había escuchado fuera, era el ruido como del estallido de una bomba. Lucas se levantó rápidamente y me dijo que no me moviese de la cama, salió hacia afuera para comprobar que era lo que había pasado. Volvió muerto de risa diciendo que se había liado la de Dios, ya que traían en un gran camión otra cabaña para poner en el recinto y esta se había soltado y caído, por lo visto algo de lo que llevaba atado se había soltado, así que se había acabado de liar una tremenda y estaban allí todos los trabajadores intentando recoger la madera lo más rápido posible.

Comenzamos a desayunar, esa mañana Lucas tenía un brillo especial en su mirada y no paraba de coger mi mano y llevársela a la boca para besarla o hacerme caricias en ella.

—No quiero que llegue esta noche —dijo ante mi asombro.

—¿Por qué dices eso, Lucas?

—Mientras no acabe el año, estaré siempre a tu lado, pero en el momento que empiece el nuevo, comenzará la cuenta atrás para que termine este invierno.

—Pero tú tenías ganas de que pasase pronto para estar junto a ella, ¿no?

—Eso era antes Dana, antes de comenzar a enamorarme de tu sonrisa y de tu forma de ser, por supuesto estoy deseando ver al Julie, la echo mucho de menos, pero a ella la tendré si Dios quiere toda la vida y a ti solo lo que dure este invierno.

Esa confesión me impactó, acababa de confirmarme que yo no me inventaba las cosas, que realmente sentía algo por mí. Y aunque una parte de mí lo intuía, otra se negaba a creerlo, supongo que esperando esas palabras.

Aunque dolía escucharlo, sabiendo que llevaba la razón y que lo nuestro terminaría pronto. Tomé aire, dispuesta a seguir con la decisión que había tomado de vivir todo al máximo con él. Y si teníamos algo y después tenía que decirle adiós, al menos me llevaría ese recuerdo. Estaba segura de que a él no podría olvidarlo nunca.

—Bueno, pues disfruta de estos momentos —dije con una hermosa sonrisa a pesar de la tristeza que habían causado sus palabras en mí.

—No te imaginas lo que me estoy aguantando de poder hacer lo que en muchos momentos me apetece, pero me da mucho pudor faltarle al respeto a mi mujer y hacer algo que a nadie le gustaría que nos hiciesen.

Esas palabras me hirieron aún más. Me deseaba tanto como yo a él y no podíamos hacer nada.

—Tienes razón, Lucas, por eso yo también estoy aguantando mis ganas, respetando en todo momento tu situación, pese que yo no tengo nada que ver y a mí no hay nada que me ate —dice poniendo cara de pena mientras me tomaba un sorbo de café. Pero era la verdad, ya no teníamos por qué ocultar nuestros sentimientos. Estábamos poniendo todas las cartas sobre la mesa.

—Gracias, Dana —dijo mientras se acercaba para darme un beso en la mejilla.

Sin yo darme cuenta de lo que iba a hacer, me giré y me lo plantó en los labios, nos quedamos mirándonos porque ninguno de los dos nos esperábamos que fuese a ocurrir este incidente tan maravilloso, por lo menos así lo sentía yo, aunque pedí disculpas, que no eran del todo sinceras ya que me había encantado que hubiese ocurrido eso, lástima que no había durado mucho tiempo, ya que ese roce de labios me había me había producido la sensación de haber rozado los más tiernos y delicados labios que jamás había besado.

Nos miramos cortados, pero nos reíamos ante la situación que habíamos acabado de vivir.

Tras el desayuno nos dispusimos a preparar toda la comida para la cena de fin de año en la que él bromeaba que por fin iba a estrenar todas las velas que había llevado y poner la cabaña a modo romántico y acogedor, me decía que esa noche vamos a hacer un matrimonio sin sexo celebrando la salida y entrada del nuevo año.

Habíamos comprado marisco para ponerlo de entrante junto a unos canapés, así que empezamos a elaborar lo que sería el plato principal, que era lo que nos llevaría más tiempo.

Bromeó varias veces con la posibilidad de hacer otra barbacoa, a lo que yo le

contestaba que antes me comía la hierba que encontrara fuera aliñada antes que probar una más de sus carnes a la barbacoa.

Aprovechamos también para hacer la comida del mediodía.

Tenía ganas de ver el salón ya iluminado por aquellas velas, que añadido a la decoración que él había hecho, tenía que haber quedado precioso. Y no me equivoqué, el resultado había sido perfecto, me quedé sin palabras.

Pero tenía claro que iba a ser el fin de año más inolvidable de mi vida.

Tras preparar todo y dejarlo listo para colocarlo en la mesa por la noche, nos fuimos al porche a comer, eran las cuatro de la tarde, Lucas se tiró toda la comida lanzándome miradas que iban directas a mi corazón.

—Esta noche vamos a cenar con un delicioso vino, ese que he comprado es de los mejores que jamás hayas probado —dijo Lucas.

—Como siempre tan exagerado, mira que comprar cuatro botellas, si nos tomamos eso lo mismo aparecemos en el embalse flotando.

—O despertamos desnudos saber qué ha pasado —dijo bromeando.

—Puestos a elegir, prefiero esa opción al menos seguiría viva —dije riendo.

—Bueno, y si ya nos dan a elegir, si amanecemos desnudos, me gustaría acordarme de lo que había sucedido para no perder nada de detalle de una noche que seguramente sería perfecta —dijo guiñándome el ojo.

—Creo que me la voy a jugar y me voy a beber las cuatro botellas de vino —solté muerta de risa.

—Creo que me lo vas a poner muy fácil entonces, piénsate bien lo que vas a hacer —reía mientras hablaba.

—Como sigamos así, ¡empiezo a darle ya al alcohol!

—No, tenemos que estar perfectos para el comienzo de la cena y disfrutar de todas las delicatessen que hemos comprado y hemos elaborado.

—En el fondo te doy miedo, di la verdad.

—Para nada, tú no me das miedo, miedo me doy yo a mí mismo de las cosas que se me pasan por la cabeza.

—No te entiendo —dije para que me explicase mejor eso que yo quería escuchar.

—Sí, si me entiendes, tengo un lado de mi corazón diciendo que haga lo que me da apetece y otro frenándome para no cometer ningún error.

—Yo ahí no puedo opinar ya que no sería objetiva —dije poniéndole cara de circunstancia.

—La vida que es muy rara a veces, pequeña, cuando crees que todo va bien, llega algo y te lo desestabiliza, en ese caso tú eres la culpable de ello —dijo bromeando con un cuchillo como si me lo fuese a clavar.

—Sí, hombre, claro, ahora la culpa la tengo yo y no tú que eres el que has preparado todo esto —dije riendo.

—Yo no he preparado nada, todo han sido circunstancias derivadas, es casualidad la que ha propinado a que sucediese todo esto, sin darse cuenta de que ya estaba entrando el tema corazón y contra él no se puede hacer nada, en esos momentos me acuerdo mucho de la canción de dos mujeres a la vez —comenzó a cantarla sin perder la mirada de mis ojos.

—Tienes razón, solo te puedo aconsejar que hagas lo que tu corazón te dicte.

—Si hiciera lo que él me dicta...

Estaba claro que él, al igual que yo, estaba desesperado porque sucediese algo entre nosotros, el hecho de estar casado y que fuera feliz con ella hacía evidente que era un desastre lo que estaba pasando entre nosotros. Evidentemente, mirándolo desde otro punto de vista, no me gustaría que me hiciesen eso, pero yo me moría cada momento más porque pasase algo entre nosotros dos.

Nos metimos hacia dentro para ver una película y descansar un rato para luego ducharnos y preparar la cena, pasamos toda la película echados juntos en el sofá y abrazados, me encantaba sentirme rodeada por sus brazos, además que emitía un olor extremadamente deseoso, ponía ojos en blanco solo de pensar que me moría por perderme en su cuerpo.

Viendo la película nos quedamos dormidos y luego, sobre las siete, me despertó, regalándome mil besos alrededor de mis mejillas. Cuando me levanté me dio un manotazo en el culo y me mandó a decir: a la ducha, cada

vez lo veía yo más sueltcito con respecto a los actos que tenía para mí.

Tras la ducha me puse unas mallas negras con una camiseta de tirantes finitas del mismo color, ya que allí hacía calor porque teníamos puesta la calefacción, me puse unos zapatos tipo bailarina y me cogí una cola alta, me pinté un poquito, pero todo a modo muy natural, menos los labios que me los pinté de un color rojo muy vibrante.

Cuando me vio salir del cuarto de baño, me dijo que parecía una bailarina y me recalcó que estaba extremadamente preciosa. Preparamos la mesa y la comida y decidimos arreglarnos. Aunque estábamos los dos solos, habíamos traído ropa de fiesta para pasar esa noche tan importante.

Me puse el vestido largo negro de gasa que me había comprado especialmente para esa ocasión. Aunque cenase sola en casa, me gustaba hacerlo con una ropa bonita, recordando los tiempos en los que lo celebraba con mi familia.

Cuando llegué al salón me quedé boquiabierta. Lucas llevaba puesto un traje de chaqueta gris marengo que le hacía ver... Sin palabras, no podía ni describirlo.

—Wow... —dijo al verme.

—Sí, wow —repetí yo mirándolo intensamente, de arriba a abajo.

—No me mires así, Dana. Intento portarme bien y no hacer lo que tanto deseo —me advirtió mientras se acercaba a mí.

—Lo siento —dije al ver el fuego en su mirada, claro que ambos sabíamos que no lo sentía en absoluto, y mi tono al decirlo lo confirmó.

Él enarcó una ceja al pararse frente a mí.

—No sé si podré detenerme esta noche —parecía torturado.

—No lo hagas —le contesté.

Nuestro deseo del uno por el otro era demasiado fuerte, a esas alturas sabíamos que al final había dos opciones, o terminábamos cediendo o acabábamos separándonos para evitar tentaciones.

Y en esa cabaña la segunda opción no era viable.

Así que decidir ser franca con él, del futuro nos preocuparíamos después.

—Sé tu situación, Lucas, y me siento terriblemente mal por sentir lo que siento por ti. Pero no puedo evitarlo, lo que siento es demasiado fuerte para esconderlo. Y aunque también sé el final de todo esto, estoy dispuesta a vivir lo que sea contigo, al menos lo que quieras darme estos días que nos quedan aquí. Sin pedir nada.

—No puedo darte nada, cariño —dijo tristemente, acariciando mi mejilla.

—Lo sé —tragué saliva, evitando llorar—, tampoco te lo estoy pidiendo. Solo dejemos que las cosas fluyan, no forcemos nada.

¿Qué más podía decirle?

Se acercó lentamente a mí, su rostro a escasos milímetros del mío.

—Yo tampoco puedo evitar lo que siento por ti —susurró.

Y me besó.

Su roce fue suave y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Pero duró demasiado poco, solo eso, un simple roce de labios.

Cuando se separó, me miró a los ojos, como disculpándose. Negué con la cabeza, rogándole que no lo hiciera. Ojalá y aquello fuera a más, yo no podía sentir otra cosa.

—¿Cenamos? —le sonreí. Teníamos un fin de año que celebrar.

—Por supuesto, cariño.

Me ofreció su brazo, nos acercamos a la mesa y me ayudó a sentarme. Después se sentó frente a mí.

Capítulo 6

La noche pasó rápidamente, la cena duró más de dos horas, pero se nos hizo corta. Estuvimos hablando absolutamente de todo, incluso nos contamos algunos “oscuros” secretos.

Recogimos la mesa y esperamos a poder ver las campanadas.

Tras casi ahogarnos con las doce uvas y celebrar el inicio de año con un beso que se nos fue un poco de las manos, fue algo más intenso que los anteriores roces de labios, pero mucho menos de lo que ambos hubiéramos deseado, recogimos la mesa y la cocina.

Me senté en el porche, observando la luna llena tan preciosa que había. Lucas apareció con dos Gin Tonics y los colocó en una pequeña mesita que había allí.

—Se está perfecto aquí —dice emocionada, mirando el increíble paisaje iluminado por la luz de la luna que tenía frente a mí.

—No, es perfecto porque tú estás aquí.

Lo miré, emocionada. Esas palabras me habían llegado al alma.

—No llores —me secó un par de lágrimas de mis mejillas. Estoy intentando luchar contra esto, pero me estoy quedando sin fuerzas, Dana, no me lo hagas más difícil, eso solo haría nuestra separación más dolorosa.

Asentí, lo entendía. Pero no podía evitar sentir lo que sentía.

Siguió acariciando mis mejillas unos segundos más, con las dos manos. Puso su frente contra la mía. Me dio un suave beso en los labios.

—No quiero parar —me dijo.

Sin pensármelo, junté sus labios con los míos. Al menos un buen beso me llevaría.

El toque fue eléctrico y el beso se intensificó. Duró más de lo que yo pensaba, pero era como si ninguno de los dos pudiésemos parar. Y realmente era así, llevábamos demasiado tiempo deseando eso.

Me cogió por la cintura y me acercó más a él mientras hacía el beso más profundo y nuestras lenguas se entrelazaban.

Otra vez, sin pensar, me levanté el vestido y me senté a horcajadas encima de él, agarré su pelo e intensifiqué más el beso, si es que eso era posible.

Nos separamos al rato, ambos sin aliento.

—No debemos hacer esto —me dijo, su respiración demasiado acelerada.

—No —confirmé.

—Pero no quiero parar.

—Yo tampoco.

Me moví encima de él mientras lo miraba a los ojos. Ambos gemimos con el movimiento.

Me agarró el culo con las dos manos y me apretó contra él.

—Joder, Dana —fue lo único que dijo, pero para mí era suficiente. Lo deseaba tanto como yo a él, su erección me lo decía.

—No pienses en nada ni en nadie —le dije, esperando lo mismo de mí misma—, al menos hoy no.

Me miró varios segundos a los ojos mientras pensaba en mis palabras.

Sin decirme nada, empezó a bajarme la cremallera del vestido. Me lo bajó por los hombros, dejando mis pechos al descubierto.

Cogió ambos con las manos, primero acariciándolos, luego apretándolos un poco. Parecía saber qué era lo que me gustaba. Era estúpido pensar eso, pero así lo sentí en ese momento.

Tocó mis pezones con los pulgares y, acto seguido, los lamió. La sensación era tan perfecta que pensé que iba a estallar de placer allí mismo.

Estuvo bastante tiempo jugando con mis pechos: lamiendo, chupando, mordiendo. Yo estaba cada vez más excitada y no paraba de moverme encima de él, iba a llegar al orgasmo simplemente con ese movimiento.

Introdujo una mano entre mis piernas y yo me levanté un poco, para que pudiera acceder mejor.

Sus dedos jugaron suavemente con mi clítoris mientras él volvía a devorar mi boca.

—No voy a aguantar mucho así —le dije, suspirando.

—No tienes porqué aguantar, cariño. Dámelo.

Mordió uno de mis pezones a la vez que introducía dos dedos dentro de mí y seguía acariciando mi clítoris. Empecé a temblar cuando el orgasmo llegó. No pude evitar que un pequeño grito saliera de mi garganta.

Había sido demasiado rápida, pero intenso. Las ganas de que él me tocara me tenían al límite.

Apoyé la cabeza en su hombro mientras él me acariciaba la espalda y yo intentaba recuperarme.

El silencio era absoluto, solo se escuchaban nuestras respiraciones volviendo a la normalidad.

Cuando estábamos completamente relajados, me hizo separarme de él y levantarme. Se levantó seguidamente y me tendió la mano.

Sabía hacia dónde se dirigía y me dejé guiar sin dudarlo.

Cuando llegamos a la habitación, me dejó de pie frente a la cama y se marchó. Regresó al poco tiempo con algunas velas, las cuales encendió, dándole a la habitación un aire romántico.

Se colocó frente a mí y terminó de bajarme el vestido, yo lo había dejado tal como él lo dejó en el porche.

La tela cayó al suelo y yo comencé a desnudarlo a él. Sin prisas, queriendo grabar ese momento para siempre en la memoria.

Cuando estuvimos los dos completamente desnudos, me tumbó en la cama y él se colocó a mi lado.

Comenzó a acariciarme con la yema de los dedos: cara, cuello, bajando por mis pechos, mi vientre, piernas, sin tocar donde yo más lo necesitaba.

Cansada de tanto juego, me giré y me coloqué encima de él. Lo hice caer sobre su espalda y me senté sobre sus caderas.

—Qué poca paciencia —dijo riéndose.

—Ninguna —me reí a la vez.

Me dejé caer sobre él y lo besé. Esta vez no fuimos dulces, esta vez la pasión pudo con nosotros, estábamos desesperados.

Con un movimiento nos hizo darnos la vuelta, quedando yo abajo y el arriba. Abandonó mi boca y empezó a lamerme el cuerpo.

Cuando su lengua tocó mi sexo, yo y estaba a punto de explotar de nuevo. Aplicaba la presión precisa sobre mi clítoris y me metió dos dedos de nuevo. Levanté las caderas, buscando más, mientras jalaba de su pelo.

Cuando me dio un pequeño mordisco, buscando más, llegué de nuevo al clímax.

Se tumbó a mi lado, besándome en los labios, con mi sabor en ellos.

—Es mi turno —le dije.

—No, necesito follarte ya. Lo otro ya lo haremos después.

Me hizo un gesto para que me pusiera encima de él, algo que hice muy gustosa. Cogí su pene y, tras tocarlo un poco, lo introduje dentro de mí.

—¿Dana?

—Tranquilo, tomo la píldora.

Comencé a moverme, arriba y abajo, él, a su vez, agarraba mis pechos y mi culo, marcando el ritmo que necesitaba.

No tardó mucho en correrse, también estaba al límite, y yo lo hice con él.

Me dejé caer sobre su cuerpo y me abracé a él, sin querer separarme.

La noche pasó en un abrir y cerrar de ojos. No pudimos dejar de tocarnos en ningún momento. Y cada una de esas imágenes, de las caras que ponía mientras me introducía su pene en mi boca y lo torturaba, o cómo me miraba él cada vez que me tocaba... Todo eso quedaría grabado para siempre en mi retina.

Tras unos días en los que el sexo estuvo casi todo el día presente, tuvimos que volver a la ciudad y a la realidad.

Habíamos hablado de ello, mencionamos cómo nos gustaría quedarnos allí, pero ambos sabíamos qué es lo que había.

Sé que él se sentía mal por haber traicionado a su mujer, yo por una parte también lo lamentaba, pero ocurrió y no me arrepentí de ninguno de los momentos en los que fue solo mío.

El trayecto de vuelta a casa lo hicimos en silencio, casi no hablamos, menos mal que era corto.

Llegamos cuando ya era de noche.

Aparqué el coche frente a mi casa, me bajé y saqué la maleta del maletero.

—Dana...

—No, ahora no es momento de decirnos nada. Han sido unas navidades perfectas. Hacía días, si alguien me hubiera dicho que esto pasaría, le habría dicho que estaba loco.

Necesitamos descansar y volver a la normalidad.

No es momento de hablar de nada, Lucas, por favor, hoy no quiero escuchar nada.

Solo quiero quedarme con lo que vivimos.

—Lo entiendo, yo también.

—Entonces vete a descansar antes de que te pida que entres y no haya marcha atrás de nuevo —sonreí.

Me dio un suave beso en los labios.

—Para mí también ha sido perfecto —me dijo antes de montarse en el coche y marcharse.

Observé cómo el vehículo se alejaba, me di la vuelta y entré en casa. Dejé la maleta en la puerta del dormitorio y fui a la cocina.

No habíamos cenado, pero no me apetecía nada.

Me preparé un té caliente, me di una ducha rápida sin mojarme el pelo, me puse el pijama y caí rendida en la cama.

Capítulo 7

Desperté en una mañana amarga acostumbrada a hacerlo junto a Lucas y ahora no tenía unos brazos que me abrazasen, yo lo estaba echando mucho de menos y eso que solo había pasado una noche sin él, tampoco habíamos quedado en nada, yo misma le dije la noche anterior que no era el momento, pero ahora me asustaba la idea de que me hubiera engañado y no sabía si ahora, al yo haberle dado lo que él podía haber estado buscando, ya no aparecería más. Vaya paranoia con la que había amanecido yo ese día, encima no tenía ningún mensaje de buenos días de él.

Tras un gran largo desayuno en el que solo hacía pensar y comerme la cabeza, me puse a limpiar la casa y lavar toda la ropa que había traído sucia del viaje.

Salí a la calle a comprar el pan y algo para preparar una comida ligera, al final decidí comer un sándwich porque el cuerpo no me pedía nada más, estaba muy triste, había pasado la semana más bonita del mundo a su lado y ahora me encontraba de nuevo en esa casa, sola.

Por la tarde me fui a dar una vuelta, tenía ganas de ir a comprar algo de ropa antes de que empezara la jornada escolar, me faltaban pocos días para ir a la vuelta al cole.

De repente sonó mi móvil y era Lucas.

—Hola, preciosa, estoy en la puerta de tu casa, ¿dónde te encuentras?

—Perdona no sabía que vendrías, como no he tenido noticias de ti, me he venido al centro de la ciudad y estoy en la avenida principal haciendo un poco de shopping.

—Ya sabes que soy de los que aparezco sin avisar, pero haces bien, no tienes por qué estar encerrada en tu casa. ¿Me permites que vaya a darte el encuentro y te invite a cenar?

—Claro, es una estupenda idea, te espero en el bar de la librería de la calle principal.

—Perfecto, dame diez minutos y estoy allí. Te adoro.

No me dio tiempo a despedirme cuando ya me había colgado, empecé a saltar de la emoción al comprobar que venía para volver a estar a mi lado, sabía que Lucas no me había engañado con esas miradas y emociones que me había transmitido.

Me senté dentro del bar a esperarlo, cuando lo vi entrar estaba guapísimo y se acercó para darme un abrazo y dos besos, evidentemente allí mismo no me iba a lanzar un beso en la boca.

—Anoche estuve a punto de volver a tu casa y meterme en tu cama, me costó la misma vida dormir sin estar en tus brazos —dijo ante mi asombro.

—Yo no lo he pasado nada bien tampoco, para qué voy a mentirte.

—Si me hubieras puesto un mensaje me habría colado allí en un minuto —dijo guiñándome el ojo.

—De todas formas, me tengo que acostumbrar a estar sin ti, recuerda que esto durará lo que tú quieras, o como mucho lo que dure este invierno.

—Lo sé, cariño, estoy dispuesto a darte el invierno completo para ti, luego sabes que me tendré que ir, pero tengo la sensación de que lo haré sin remordimientos, pues estoy pasando contigo los días más especiales que jamás pensé vivir en este retiro temporal y, para ser sincero, ni en el resto de mi vida.

Solté una sonrisa, pero estaba rota de dolor porque en el fondo sabía que cuando se acabara, se iría a hacer la vida que ya tenía construida y yo me quedaría aquí hecha pedazos, la verdad es que lo sabía perfectamente y no podía negar que estaba completamente enamorada de Lucas y que mi corazón iba a sufrir mucho cuando lo viese partir.

Salimos a seguir paseando y a comprar las cosas que no me dieron tiempo cuando él me llamó, luego nos fuimos a una brasería a cenar, para ser de noche nos metimos un atracón de carne impresionante. Luego nos fuimos a mi casa para despedirnos y una vez allí volvemos a caer en nuestros más profundos deseos, luego ya se fue porque tenía que ir al día siguiente temprano a llevar a su madre al médico a hacerse una revisión, así que nos despedimos y quedó en llamarme en cuanto pudiese.

Me acosté contenta por ese encuentro, pero triste a la vez por todo lo que estaba percibiendo y era que esto iba a durar este tiempo y luego ya no lo tendría más, no paraba de repetirme esa frase en mi cabeza y eso me rompía de dolor, para colmo sabía que en cualquier ocasión me lo podía encontrar por la ciudad paseando con ella en una de sus vacaciones y visitas a su familia.

Por la mañana me desperté nerviosa perdida deseando recibir un mensaje de él, ya que era incapaz de hacer nada sin tener noticias y saber cuáles eran nuestros planes. Bajé a por el pan y a desayunar en esa cafetería que tanto me gustaba y charlé un ratito con Pedro, el dueño.

Me pasé todo el día en mi casa encerrada, sin tener noticias de él y eso me ponía muy nerviosa y triste a la vez. A las ocho de la tarde le puse un mensaje preguntándole si estaba bien y vi que lo leyó, pero nunca me lo contestó, me quedé dormida llorando sabiendo que probablemente él había pensado mejor sobre lo que estaba sucediendo y había decidido romper con esto radicalmente, pero también me parecía muy injusto por su parte, ya que al menos podía tener el detalle de hablarme claro y decirme que no nos íbamos a ver más.

Me desperté esa víspera de Reyes y seguía sin tener noticias de Lucas y miré el móvil y estaba online pero no me había escrito aún.

Volví a la cafetería a tomar un café y me encontré con la sorpresa de que estaba allí Lucas con su madre, la cual se levantó corriendo a darme dos besos y me ofreció sentarme con ellos, cosa que en un principio me negué porque no sabía si a Lucas le iba a importar y no quería meterme tampoco donde no me llamaban pero rápidamente él me dijo que me sentase, todo el tiempo tomó el mando de la conversación la madre y un rato después se despidieron, yo también me fui.

Me metí en casa a llorar, tenía el corazón encogido ya que había visto que Lucas no había tenido ni el más mínimo gesto de cariño hacia mí, ni siquiera una mirada, estaba más atento al móvil que a cualquier cosa y no fue capaz de ponerme ningún mensaje. Me sentí rara y utilizada la vez por él, así que decidí que, a partir de esos momentos, aunque me costase la vida, haría borrón y cuenta nueva.

Por la tarde decidí salir por la ciudad que tan animada estaba por las personas

que compraban los regalos de última hora y yo aproveché para comprarme algunos caprichos y regalarme mis propios Reyes.

Las calles estaban tan bonitas que daba pena no poderlas disfrutar con la misma actitud que lo hubiese hecho en otro momento.

Entré en un bar a tapear unos pinchos y luego me fui hacia casa y coloqué el sofá con todas las cosas que me había comprado como si fuera una niña pequeña, pero me hacía mucha ilusión levantarme y ver mis cosas nuevas puestas y colocadas allí.

La mañana de Reyes y me senté frente a la chimenea con todos mis propios regalos puestos ahí, sin quitarlos, subí una foto al Facebook del sofá con los regalos y la chimenea encendida, con el siguiente comentario:

“Por mucho material que recibamos este día, no hay mayor regalo es el que se le hace a nuestro propio corazón”.

No sabía si lo iba a entender, pero por lo menos leer estaba segura de que sí, ya que no paraba de estar conectado tanto en Facebook como por el WhatsApp.

A los pocos minutos recibí un like de su parte, me daban ganas de matarlo de verdad, me estaba volviendo loca, ya tenía ganas de que empezase la jornada laboral para poder evadir a Lucas de mi cabeza

Los dos siguientes días pasaron volando y sin recibir noticias de él, esa mañana me desperté sabiendo que era mi último día para tener libre antes de empezar el trabajo.

Intenté leer, ver una película... pero todo era imposible, estaba demasiado triste para concentrarme en nada.

Mis pensamientos volaban una y otra vez a esa cabaña, recordando cada uno de los momentos que habíamos pasado juntos. Sus miradas, sus gestos de cariño.

En un ataque de ira, tiré el mando a distancia contra la pared.

Sabía que él en un principio intentó evitarlo, pero las cosas ocurrieron. Ninguno de los dos pudo dejar de lado el deseo, era demasiado evidente lo que ocurría entre nosotros. Aun así, fue él quien me dijo que me daría ese

invierno.

¿Y ahora desaparecía así, sin ninguna explicación más?

Comencé a llorar, enterré mi cara en el cojín y saqué toda la rabia y la tristeza que tenía encima.

Una llamada al móvil me hizo levantar la cabeza rápidamente e ir a buscarlo, deseando en mi interior que fuera Lucas.

—Hola —dije cuando vi de quién se trataba.

—Vaya... hola, hermanita, qué efusividad.

—Lo siento...

—¿Estás bien? ¿Estabas llorando?

—No, no, es solo que me cogiste medio dormida —mentí.

Me encantaba hablar con mi hermana, pero en esos momentos no me apetecía nada.

—Estuve esperando tu llamada estos días para que me contaras sobre cómo pasaste las fiestas, pero no me llamaste. Te llamé yo varias veces y no respondiste —me recriminó, aunque preocupada.

—No me encontraba bien, una gripe, ya sabes, y tenía el móvil en silencio —mentí de nuevo.

—¿Estás mejor?

No me gustaba engañarla, la pobre se preocupaba demasiado por mí, pero no tenía otra opción.

—Sí, ya incluso salí a hacer algunas comparas. Es solo que me duele aún un poco la cabeza y necesito descansar.

—Pero mañana comienzas las clases.

—Por eso te digo que quiero descansar lo que resta de día.

—Oh, pues entonces te dejo tranquila, pero por favor, llámame mañana y dime que estás mejor.

—Claro, no te preocupes. Estaré bien.

Corté la llamada rápidamente y me levanté del sofá. Me preparé un café y me senté en el sofá a tomármelo mientras miraba por el ventanal.

El día pasó lentamente y yo apenas comí nada. Solo tomaba café y té y vagueaba en el sofá. Me levantaba, paseaba por la casa, intenté incluso ponerme a ordenar armarios.

Nada...

En ningún momento podía mantener mi mente despejada y olvidar a Lucas.

El no saber qué estaba pasando me estaba matando.

Por la noche, y ya enfadada conmigo misma, tomé un largo baño relajante mientras escuchaba música celta y conseguía olvidarme de él por unos instantes.

Me obligué a cenar algo y me puse a leer el libro que tenía a medias. Conseguí despejar la mente un rato, es lo que tenía leer sobre crímenes, podías fantasear con que eras la protagonista de la novela y deshacerte de quien quisieras en tu mente. Y yo, en la mía, ya me había deshecho de Lucas varias veces.

Me tomé otra pastilla para menguar el dolor de cabeza y me tumbé en la cama, móvil en mano.

Revisé las notificaciones que tenía de Facebook y decidí coger la tablet y ver una película acostada. A ver si en ese momento podía.

El cansancio hizo mella en mí rápidamente y me quedé dormida mientras miraba la pantalla sin ver y volvía a recordar a ese hombre que me tenía destrozada y apenada los últimos días debido a su indiferencia.

Capítulo 8

Por fin empezaba mi jornada laboral, esa mañana me desperté un poco más optimista porque ya iba a coger la monotonía, llegué con una sonrisa me he puesto de trabajo y me encontré de nuevo a mi compañera y buena amiga Patricia. Cómo llevábamos días sin vernos, decidimos ir a la cafetería de enfrente para tomarnos el café en la puerta mientras nos fumamos un cigarro y nos poníamos al día.

—He pasado las Navidades más inesperadas y diferentes de lo que había estado imaginando —dije con cara de pena.

—¿Qué te ha pasado Dana? —preguntó mientras frotaba mi brazo intentando calmarme con cariño.

—Antes de Navidad me reencontré con un compañero de estudios de toda la vida, esa mañana desayunamos juntos en la cafetería donde nos encontramos y a partir de este momento todo cambio de repente, se me coló el día de Nochebuena dispuesto a pasarla junto a mí y luego me propuso irnos hasta el día dos a una cabaña en la montaña, nos fuimos a pasar los mejores días de mi vida a ese lugar.

—Entonces es bonito lo que te ha pasado, Dana, ¿por qué tienes esa cara?

—Verás, él está casado y vive en Alemania, a su mujer la mandaron a rodar un documental a Kenia y se ha ido todo el invierno, él decidió pedir excedencia allí y venirse aquí tres meses para no estar solo en ese país, prefería pasarlos aquí en León, con su familia.

—Madre mía, te has liado con un casado y te has enamorado de él, ¿verdad?

—Sí, Patricia, además al principio él no quería que pasase nada entre nosotros, pero poco a poco fue la cosa poniéndose más intensa y terminó ocurriendo lo que tenía que pasar, él me dijo muy claro que lo nuestro duraría lo que dura el invierno.

—Vas a sufrir mucho, pero disfruta este momento hasta que él se vaya, ahora mismo tenerlo por aquí y no poder estar con él te hará más daño que haciéndolo y luego ya cuando se vaya tendrás que asimilarlo y reconducir tu

vida.

—El problema es que después de la vuelta vino a buscarme, yo estaba paseando y estuvimos toda la tarde y noche juntos, pero a partir del día siguiente no ha respondido a mis mensajes ni se ha puesto en contacto conmigo, me lo encontré en esa cafetería con su madre y me ofrecieron sentarme y luego volvió a desaparecer.

—Lo mismo estuvo ese tiempo contigo para aprovecharse y vivir una experiencia fuera de su matrimonio, ¿no lo has pensado?

—A veces sí, pero que luego recuerdo todo lo que pasó y le costó dar un paso conmigo que tengo claro que las miradas y los sentimientos que vivimos juntos no eran fingidos, creo que ha cogido un ataque de pánico, que se siente culpable de lo que le ha hecho a su mujer, porque él está feliz con ella, y se habrá pensado mucho mejor tener esta aventura conmigo.

—Vaya papeleta, amiga, me duele mucho verte sufrir de esa manera, intenta mejor pensar que te has pegado las vacaciones de tu vida, intenta olvidarlo porque si no... vas a terminar enferma de aguantar tanto dolor.

—Lo que más rabia me da es que no sea capaz de sentarse a hablar conmigo y explicarme qué le pasa, él sabe que yo lo entendería perfectamente, aunque me doliese.

En ese momento mi amiga me dio un gran abrazo y me dijo que no le diese más vuelta a mi cabecita, pero eso era inevitable no podía hacer nada contra ello, ya era demasiado tarde y echaba mucho de menos a Lucas.

La vuelta al instituto estaba haciendo el primer día de lo más normal, parecía que el alumnado venía muy relajado de estas fiestas, apenas costó trabajo poner la rutina diaria, cuando me di cuenta ya era la hora de salir de trabajar, pues sería muy bien ha quedado todo el día entero ya que así me llevaría lo suficiente como para no estar pensando en Lucas.

A la hora de la salida me estaba esperando Patricia, estaba claro que no quería dejarme sola en esos momentos tan de bajón que estaba pasando.

—Te invito a comer —dijo agarrándome del brazo y llevándome con ella

—Vale, aunque no tengo mucho apetito, pero acepto la propuesta, me vendrá bien que me dé un poco de aire y además ahora te toca a ti contarme qué tal te

han ido estas vacaciones.

—Perfecto, te contaré absolutamente todo, aunque es prácticamente lo mismo de todos los años, pero que a mí tanto me gusta.

—De eso se trata, de hacer exactamente lo que a cada uno le apetezca.

Nos fuimos hacia un restaurante que nos gustaba mucho y servían unos menús muy económicos y sobre todo muy cuidados, era un placer comer en aquel lugar.

Cuando entramos no me lo podía creer, estaba allí Lucas, sentado justamente en la mesa de al lado a la que nos habían asignado a nosotras, estaba con un chico, no me dio tiempo a decirle a Patricia que aquel era Lucas cuando él se levantó y se vino hacia mí para darme dos besos. En ese momento se lo presenté a mi compi, que al escuchar su nombre y ver mi cara se dio cuenta de que se trataba de él.

—¿Cómo estás, Dana? —pregunto con voz cabizbaja como si le estuvieran apretando el alma.

—Estoy bien —dije mirándole seriamente a los ojos.

—Me alegra saberlo —dijo con talante serio.

—Bueno me alegro de verte, que aproveches —dije mientras me dirigía hacia mi mesa, que ya se había encargado Patricia de que nos pusieran un poco más separados.

—¿Es él, verdad? —dijo mi amiga mientras yo me sentaba.

—Sí, Patricia, quiero morirme, no entiendo nada y para colmo está con ese semblante tan dolorido que parece que le estuviesen arrancando el corazón, sé que ha tenido que pasar algo para que el tomase la decisión de apartarse de mí de esa forma tan desmesurada.

—Lo que no entiendo es por qué no te ha contestado a los mensajes y se ha dignado en hablar contigo, ¿tan difícil es que te ponga en antecedentes de lo que le ronda por la cabeza o lo que siente en esos momentos? —dijo mi amiga sin entender al igual que yo la actitud que había tomado Lucas.

—Yo tampoco, pero créeme que él estaba conmigo, que su mirada era diferente a la de ahora y tenía un brillo muy especial. Bueno, cambiemos de

tema cuéntame qué tal tus vacaciones.

—Pues como todos los años, me fui al pueblo con la familia, como ya sabes, nos reunimos allí toda la familia por parte de mi madre. Todos los días hacíamos algún tipo de actividad económica o de paseo por los alrededores de compras para Reyes, eso que tanto me gusta a mí hacer en estas fiestas, ha sido como un lapsus de relax y familia, poco más.

—Bueno, al menos has venido con energías renovadas —dije guiñándole el ojo.

Terminamos de comer y él aún seguía y con su acompañante, tenía que pasar por su lado para salir de allí y al verme se levantó de nuevo.

—Hasta luego, Dana —dijo con voz triste.

—Adiós, Lucas —dije sin pararme, además de dejarle claro que no había un hasta luego.

Salí hacia fuera con todo el dolor del alma y mi amiga no sabía qué hacer para que me cambiase ese rostro que había quedado tan desencajado.

Me despedí de ella, ya nos volveríamos a ver al día siguiente en el trabajo, se fue con mal cuerpo de verme tan cabizbaja, pero le dije que no se preocupara que ya se me pasaría, solo sería cuestión de tiempo.

Empezar las clases después de vacaciones siempre era un caos. Los alumnos venían bastante despistados, aún con la resaca de las fiestas y, entre eso y las reuniones extra laborales que teníamos todos los profesores para planificar el trimestre, tuve unos días bastante ajetreados.

No tenía tiempo ni para pensar en Lucas, pero por las noches era insoportable.

Iba con unas ojeras al trabajo de apenas dormir que ya ni el corrector de ojeras lograba disimular.

El jueves me levanté decidida a cambiar la situación. No sabía qué le había pasado o qué le estaba pasando a Lucas, pero la cuestión era que él se había alejado de mí y yo tenía que superarlo.

De todas formas, pensé, antes o después habría pasado, así que se acabó la tontería.

Siempre recordaría los momentos que vivimos juntos y seguía enamorada de él, pero su vida era otra y no era junto a mí.

Así que, un poco más fuerte, me arreglé, cosa que no hacía últimamente, para ir a trabajar y me dispuse a pasar el día sin venirme abajo.

Todo salió bien. Estuve bastante ocupada con mis alumnos y por la tarde quedé con Patricia para tomar un café.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó cuando me senté rente a ella en la cafetería, cuando llegué ya estaba esperándome.

—Mucho mejor.

Enarcó las cejas, sin creerme.

—No tienes que mentirme —me dijo.

—No lo hago, Patricia. Si no antes, después habría ocurrido, nuestro final estaba escrito. Es cierto que me duele la manera en que se marchó o se alejó de mí, pero yo no puedo hacer nada. Quizás si supiera las razones, cuando me había prometido pasar este invierno conmigo, podría llevarlo mejor. Pero él lo decidió y ya no importa el porqué.

Yo tengo que continuar mi vida y, aunque lo siga queriendo, no puedo hacer nada más.

—Me parece muy bien, así me gusta verme —me sonrió mi amiga—. ¿Qué te parece si después de tomarnos el café nos vamos de compras? Me encantan las rebajas, y a ti sé que también. Podríamos cenar algo antes de ir a casa también.

—Claro —le agradecí con otra sonrisa—, siempre que no lleguemos tarde que mañana trabajamos —le saqué la lengua.

Nos tomamos dos cafés al final y nos comimos un croissant de chocolate cada una. Salimos del bar y nos dirigimos a unos de mis centros comerciales favoritos. Estaba repleto de gente.

Entramos en la mayoría de las tiendas, bromeando y riendo mientras nos probábamos ropa y nos hacíamos fotos.

Acabamos las compras con varias bolsas cada una, esta todo súper barato y

salimos muy contentas con todo lo que habíamos adquirido.

Nos paramos en un McDonald a comer algo para cenar y, al acabar, nos despedimos y nos dirigimos cada una a nuestra casa.

Llegué y saqué de las bolsas todo lo que había comprado, les corté las etiquetas y los separé para los distintos lavados. Era una manía que tenía, no me ponía la ropa nueva sin lavarla antes.

Agotada, me di una ducha rápida, me sequé el pelo y me tumbé en la cama mientras buscaba una serie para ver en la tablet.

La verdad que los días así, ocupados, ayudaban mucho a mi mente. Excepto por la conversación que tuve con Patricia, Lucas había aparecido muy poco por mis pensamientos. Estaba segura de que, si no hubiera tenido cosas que hacer, seguiría muerta de la pena.

Por más que lo intentase no podía olvidarlo, pero seguía con la resolución de continuar mi vida como siempre.

Mandé un WhatsApp a Patricia y le pedí que me aconsejara una serie o película para ver, ya que yo no era capaz de encontrar nada que me enganchara en ese momento.

Busqué la que me dijo, una comedia, y pude volver a evadir mi mente y a olvidarme de Lucas por esa noche.

Y lo agradecía, lo necesitaba para dormir y descansar.

Me acomodé bien en la cama, con la seguridad de que poco a poco, todo volvería a la normalidad.

Capítulo 9

Era el último día de trabajo de esa semana, me desperté ese viernes llena de incertidumbre y con ganas de hacer algo fuera de lo común para olvidarme los momentos tan malos que estaba pasando sin noticias de Lucas. Por más que decidiera ser fuerte, o intentarlo, y decidir seguir sin él, esa resolución solo me ayudaba conciliar el sueño algo mejor. Pero duraba poco, volvía a venirme abajo y la tristeza volvía a apoderarse de mí.

Me fui andando hacia el instituto planteándome la posibilidad de coger el coche cuando saliese e irme a pasar el fin de semana a alguna parte, irme de visita turística, no tenía claro qué quería hacer, pero no podía quedarme encerrada todo el fin de semana en mi casa.

Esa mañana me tomé un café frente al instituto sola ya que Patricia no había ido a trabajar porque su madre se había puesto mala y había tenido que pedir el día libre, ella no volvería a León hasta el domingo por la tarde.

A las dos salí del instituto dispuesta a hacer una pequeña maleta e irme en el coche a la aventura, al traspasar la puerta de salida mi cuerpo se quedó inmóvil al comprobar que estaba allí parado frente a mi trabajo, me quedé bloqueada de ver a Lucas ahí, que al verme empezó a caminar para darme el encuentro.

—Hola, Dana —dijo con voz triste.

—Hola —respondí secamente, mirándolo a los ojos.

Estaba que me moría por dentro, pero no le iba a dar ni la más mínima de mi sonrisa ya que me había hecho mucho daño.

—Quiero hablar contigo, ¿aceptas que te invite a comer?

—Quizás otro día, ahora voy para mi casa a hacer la maleta que salgo de viaje.

Y su rostro era triste en esos momentos, le había cambiado para emitir uno de dolor.

—¿Puedo saber adónde vas? —preguntó en voz bajita y casi sin fuerzas.

—Necesito tomar aire el fin de semana, aún no tengo decidido adónde ir, lo haré a la aventura, si quieres a la vuelta me llamas y quedamos para hablar – solté para no ponerle las cosas tan fáciles.

—Dana, ¿vas sola? —preguntó extrañado.

—Por supuesto, para viajar solo hace falta tener ganas y emprender el viaje, y muchas veces hace falta perderse para encontrarse a uno mismo, así que nada mejor que irme sola.

—Llévame contigo por favor, prometo no molestarte, solo quiero hablar.

—No me puedes hacer eso, Lucas, no puedes desaparecer sin razón y menos sin dejar un solo mensaje y ahora querer cambiar mis planes y venirte conmigo, ¿para qué?, ¿para a la vuelta volver a hacer lo mismo?

—Necesito que me escuches, necesito hablar contigo, pero sobre todo necesito explicarte algo que quizás te haga entender por qué me he comportado de esta forma tan inhumana.

—Pues cuando vuelva, me llamas si quieres, que estoy dispuesta a escucharte.

—Por favor, Dana, no dejes que pase el tiempo y llévame contigo, recuerda que solo tengo un invierno para estar en tu corazón.

—A mí me hablas de tiempo, tú que te has encargado de dejarme fuera de tu vida sin ninguna explicación todos estos días.

—Dana, por favor te lo ruego, llévame contigo.

—Lucas, si solo quieres hablar conmigo, ¿por qué te vas a tener que pegar a mí todo el fin de semana?

—No te lo pido más, me voy contigo —dijo en tono firme y enfadado.

—No te vas a venir conmigo, no voy a volver a hacer lo que a ti te dé la gana.

—Te he dicho que me voy contigo y no hay más nada que hablar.

—Si me sigues, llamaré a la policía

—Llama a quien quieras, no me apartaré de tu lado hasta que alguien me lo impida seriamente.

—No entiendo qué vienes a buscar ahora, tienes a tu mujer y tu vida en Alemania, no entiendo tanta insistencia en meterte en mi vida ahora.

—Tú te has convertido en parte de la mía, Dana —dijo con el rostro desencajado.

—Claro, cuando pase el invierno me das una patada y ya no pertenezco a ella, ¿verdad? Esa es tu forma de meterme en tu vida —dije mientras empezaba a caminar hacia mi casa y él iba atrás siguiéndome.

—Tú sabías lo que había y estabas dispuesta a aceptarlo.

—¿Yyyyyyyyyy? Ni que eso te diera derecho a decidir cuándo tengo que salir o entrar en tu vida —dije subiendo el tono.

—Pues ahora mismo estás dentro de ella.

—Pues hala, que sepas que me salgo.

—Ya, eso lo hablaremos este fin de semana.

—Te he dicho te vuelvo a repetir que no vas a venir conmigo a ninguna parte.

—Y yo te he contestado que voy a ir contigo a esa aventura que te vas a pegar sola este fin de semana, que no voy a permitir perder ni un día más estar a tu lado.

—No me toques la moral, Lucas, no me toques la moral o seré yo cuando tú te vayas para Alemania la que vaya detrás de ti porque no me da la gana de sacarte de mi vida, ¿te parece justo? Si es así y estás de acuerdo, puedes venirte conmigo.

—Voy a ir contigo, no te quepa duda.

—Adelante, pero luego agárrate a las consecuencias que esto conlleve, no vas a venir tú a imponer en mi vida lo que te dé la gana y luego a dejarme tirada como una mierda.

—Necesitas escucharme, Dana

—Ya te he dicho que cuando vuelva del fin de semana podemos hablar —dije mientras adelantaba el paso.

—Que tú puedes decir misa, pero yo me voy contigo.

—Intenta no enfadarme, por las buenas soy una santa, por las malas no te imaginas la que puedo llegar a liar.

—No me das miedo, Dana, precisamente tú no me lo das.

Me estaba poniendo de los nervios, pero en el fondo estaba deseando que se viniese conmigo y comérmelo a besos, necesitaba escuchar eso que me iba a decir, pero sobre todo estar a su lado, no paraba de rezar para que fuese verdad y que se viniera conmigo, pero yo iba a seguir en plan chula, no podía flaquear fácilmente delante de él.

Llegamos a mi casa y abrí la puerta, sin mediar palabra entró corriendo detrás de mí, yo que iba adelante tenía que aguantar para no soltar una risa.

Me fui a la cocina y empecé a preparar dos sándwiches, le puse uno delante sin mediar palabra y luego con el mío en la mano me fui hacia la habitación a preparar el equipaje para el fin de semana.

Cuando salí para fuera estaba esperándome con los brazos cruzados.

—Vamos ahora a la mía a coger ropa o de lo contrario me voy con lo puesto.

Estaba aguantando para no reír, el pobre estaba desesperado por montarse en el coche y venirse conmigo.

—Tranquilo, te dejo en tu casa.

—No, no me dejas en mi casa, subes conmigo mientras yo aguanto la llave de tu coche por si me haces una jugarreta, pero yo me voy a ir contigo.

—Tú estás fatal, Lucas, pero si te quieres venir vente —dije mientras me dirigía hacia la puerta para salir ya de allí.

Él por supuesto iba siguiéndome detrás, se montó en el coche y fuimos hacia su casa y le dije que le esperaba abajo, sacó las llaves de mi coche y se las llevó junto al para asegurarse que no hacía una de las mías y me iba, a mí me hacía mucha gracia, pero tenía que evitar reírme a toda costa.

No tardo ni diez minutos cuando ya venía con su mochila, la puso en el maletero y se montó en el coche diciendo que ya podíamos irnos.

Yo salí de León y no sabía hacia dónde dirigirme, así que empecé a conducir, esa autovía llevaba directamente a Burgos, sería una de las posibilidades

como parada para el fin de semana.

El trayecto en coche me lo pasé escuchando música y fumando algún que otro cigarrillo mientras conducía relajada, él no daba tema de conversación y yo, por supuesto, menos todavía, quería hablar conmigo, pero cuando estuviésemos calmados y parados en algún lugar.

Llegando a Burgos vimos un camping con cabañas de madera y le pregunté si le apetecía quedarse allí y me dijo que por supuesto, así que aproveché para aparcar ya el coche y arrendar una de ellas para el fin de semana, por supuesto él no me dejó pagar.

Llegamos al alojamiento y dejamos todo allí colocado, las instalaciones tenían de todo, restaurantes, bares y un pequeño supermercado.

Fuimos directos para el bar a tomar un café.

—Dana, tengo mucho que explicar...

—¿Verdad? —lo corté—Pero sabes... ahora no me interesa.

—Pero...

—Pero nada, he venido aquí a pasar unos días relajada y, si vas a amargarme la existencia, te vas a tener que volver a patas —dije borde.

La verdad que me moría de ganas de enterarme de todo, pero no se lo iba a poner fácil, lo había pasado muy mal sin él y ahora no iba a echarme en sus brazos a la mínima de cambio.

Y esa mirada de dolor que él tenía no ayudaba a llevar adelante nada, ni a ser borde, parecía que estaba sufriendo tanto o más que yo.

Aun así, yo era demasiado cabezota, iba a acordarse de mí...

Me bebí el café rápidamente y me levanté. No le dio tiempo a reaccionar cuando salí sin pagar del lugar. Lo vi levantarse y tirar un billete en la mesa mientras salía detrás de mí.

En el fondo me daba pena, pero...

Entré en la cabaña y me metí directamente en el baño tras coger una muda para vestirme. Tomé una larga ducha caliente y salí cuando me noté relajada.

—¿Puedo fiarme de que seguirás aquí cuando salga de la ducha? —me preguntó.

—Oh, pues no lo sé. ¿Tú qué piensas?

—Que eres capaz de dejarme aquí tirado —dijo sin dudarlo.

—No todos somos como tú —contesté irónicamente.

—Eso ha dolido, cariño...

—No me llames así —le señalé con el dedo, advirtiéndole—, nunca fui para ti nada, aparte de una distracción.

—Eso no es cierto.

—¡Y tanto que lo es! Me dejaste sola sin explicarme nada.

—Para eso estoy aquí.

—¿Sabes qué? Ya no quiero escucharlo.

—Lo harás —terco como una mula.

—Ya veremos... Anda, ve a ducharte. Soy la primera interesada en relajarme aquí unos días. Si es que me dejas hacerlo, claro.

Se marchó hacia la ducha. Yo aproveché para cocinar algo de cena.

Suspiré.

Sentirlo cerca era horrible para mí, sobre todo sabiendo que no debía tocarlo. Esos días iban a ser una auténtica locura, pero iba a poder. Me había tratado muy mal, me había dejado tirada y yo aún seguía pasándolo mal. No se podía ir así por la vida, hacerme lo que me hizo a mí y ahora esperar darme sus razones y que con eso fuera suficiente.

Cuando terminé de cocinar, él ya llevaba un rato en la cocina, solo observándome.

Me eché una copa de vino y me senté en el sofá. Cogí mi móvil y me hice un selfie que rápidamente subí a Facebook con el título:

“Aunque el dolor nos invada, siempre tenemos que encontrar una salida y, sobre todo, encontrarnos a nosotros mismos. Solo podemos confiar en

nuestra propia persona”.

Sabía que, cuando lo viera entendería el mensaje. Para eso lo había hecho, a ver si así podía entender mi actitud fría.

Aunque por dentro me muriera de ganas porque me tocara, me besara, me...

Corté mis estúpidos pensamientos cuando se sentó a mi lado.

—Puedes poner la cabeza aquí —se señaló sus piernas.

—Ya, claro. Y así camelarme y, cuando hayas conseguido todo el sexo que quieras, volver a dejarme.

—No digas eso, Dana, estás siendo injusta.

—¿No lo fuiste tú al dejarme así?

—Sí —confesó—, pero merezco poder explicarme.

—Ya no me interesa —repetí.

—Claro que lo hace, tienes tantas ganas como yo de tocarme y no lo harás hasta que conozcas la verdad.

—Ni que fueras Brad Pitt, Lucas —bebí más vino, a ese paso me emborrachaba y no sabía qué era capaz de hacer.

—Me amas —dijo con orgullo.

—Creo que nunca te lo dije.

—No hace falta, Dana, te conozco. La manera en cómo te entregaste a mí lo dice todo. No lo harías con cualquiera.

Odiaba que me conociera tan bien.

—Igual que me amas tú, ¿no? —escupí las palabras, me hacía mucho daño todo eso.

El teléfono sonó, evitando su réplica. Lo cogí rápidamente, antes de poder ver siquiera quién llamaba.

—¿Sí?

—Hola, guapa, ¿cómo va todo? ¿Llegaste bien? ¿Y adónde fuiste, por cierto?

En el WhatsApp que me enviaste solo me dijiste que te ibas el fin de semana fuera.

Era Patricia, salí fuera de la cabaña y le pregunté por su madre. Me dijo que no era nada grave pero que tenía una gripe monumental y la pobre no podía ni moverse, pero que el lunes se reincorporaría al trabajo.

—Bueno, pero cuéntame —me dijo, siempre tan curiosa.

Le expliqué adónde me encontraba y que había alquilado una cabaña para pasar el fin de semana.

—¿Sola?

—¿Qué tiene de malo estar sola? —le pregunté cuando escuché el tono de su voz.

—Bueno, Dana, pues que no es normal. Te vas a aburrir como una ostra. Además, en una cabaña. Lo tuyo es el masoquismo, ¿eh?

—Y eso que no sabes lo peor —dije bajito.

—¿Eh?

—Nada.

—Te he escuchado, lo que no entiendo a qué te refieres.

—¿Todo bien? —preguntó Lucas, apareciendo de repente a mi lado. Lo bastante alto para que quien estuviera al otro lado del teléfono lo escuchara.

—¿Lucas? —preguntó mi amiga.

—Es una larga historia —le hice un gesto e asentimiento a Lucas, pero no me dejó hablar sola. Puse los ojos en blanco.

—¿Estás loca, Dana?

—En cuanto llegue te cuento —le prometí a mi amiga.

—Está bien —suspiró—, pero no seas tonta y disfruta al máximo. De todo —comenzó a reírse, estaba claro que ella esperaba que perdonara a Lucas o que al menos me acostara con él. Pues no iba a ser ni una cosa ni la otra.

—Ja, ja —ironicé de nuevo—. Yo también te quiero.

Y colgué.

—No sabes lo que daría porque esas palabras fueran para mí.

Miré a Lucas a los ojos y vi el anhelo en ellos. Levantó una mano y me acarició la mejilla. Aguanté el tiempo necesario para sentir sus dedos sobre mi piel y me retiré inmediatamente, dirigiéndome a la cabaña.

Cenamos en completo silencio, sin decir ni una palabra. Nuestras miradas lo decían todo y, aunque a veces la mía mostrada cuánto lo echaba de menos, intentaba que sintiera lo dolida que estaba.

Recogí la mesa, fregué los platos y me fui a la cama. Me coloqué los cascos, puse música en mi móvil y me dispuse a dormir, decidida a olvidarme de él.

A la mañana siguiente me desperté de repente al notar que estaba apoyada en su pecho y él me tenía agarrada. No sabía en qué momento se acostó conmigo ni cómo había acabado en esa postura. Me di cuenta de que el móvil y los cascos no estaban en la cama, me los quitaría al acostarse.

Hice el amago de levantarme y su brazo me forzó a permanecer quieta.

—No te vayas, déjame al menos sentirte así un poco más —dijo con la voz de recién despierto que tanto me gustaba escuchar.

—Lucas...

—Por favor, Dana, no estamos haciendo nada y es muy temprano, solo descansa un poco más, ¿vale? —me rogó.

Suspiré y me acomodé de nuevo, cediendo a mis deseos.

Más tarde desperté sola en la cama, el olor a café invadía la cabaña. Me acerqué a la cocina y vi cómo preparaba dos tazas.

—Iba a llevártelo a la cama.

—No hace falta. Gracias —le dije cuando me acercó mi café.

—Mira, Dana —comenzó cuando nos sentamos en el sofá—, solo déjame que estos días disfrute de ti, al menos como amigo.

—Un amigo no hace lo que hiciste.

—Lo sé, pero estoy muriéndome sin ti.

No supe qué decir, seguía con la intención de seguir fría.

—Me gustaría dar un paseo —dije en cambio.

—Está bien, nos vestimos y, si quieres, preparamos un picnic y comemos fuera.

—Me gusta la idea.

—Vístete que yo me encargo de prepararlo todo.

Me levanté del sofá y fui a arreglarme.

Media hora más tarde salimos. El tiempo estaba frío pero el sol lo hacía más agradable. Caminamos en silencio, sintiendo la naturaleza.

Nos sentamos en un pequeño lugar a los pies de un riachuelo y Lucas sacó un termo que había encontrado en la cabaña y me sirvió un té caliente.

Me lo tomé mirando el agua, seguía inquieta. Tenía ganas de tocarlo, de besarlo, pero el dolor no me lo permitía. O quizás el orgullo. La cuestión era que no podía darle ni siquiera la oportunidad de explicarse.

Me descalcé y, aun sabiendo que tenía que estar fría, fui a mojarme los pies en el agua.

—Dana, no hagas tonterías, puedes coger un resfriado por eso.

Me encogí de hombros, me daba igual, se sentía bien.

Lucas se levantó al final e hizo lo mismo que yo, con tan mala suerte que se tropezó con una piedra que había en la orilla, perdió el equilibrio y acabó cayendo al río.

Yo empecé a descojonarme, sin darme cuenta de que se acercaba para terminar tirándome con él.

Acabamos los dos empapados, congelados y en el sofá de la cabaña tras una larga y caliente ducha y una manta que nos cubría.

—Nunca vas a perdonarme, ¿verdad?

El tono de dolor me hizo mirarlo rápidamente.

—No tengo nada que perdonarte, Lucas.

—Entonces al menos déjame explicarte.

—No quiero más mentiras.

—¿Más? Yo nunca te he mentado.

—¿No lo hiciste al decirme que volverías y no hacerlo?

—Tenía mis razones.

—Sí, que ya no me querías cerca.

—No seas idiota, Dana, no tienes ni idea de lo que dices —dijo enfadado.

—Y te sigo diciendo que no me interesa.

—Te quiero —confesó.

Me reí irónicamente.

—Tú lo que quieres es un polvo. ¿Tanto echas de menos a tu mujer?

Me arrepentí ese mismo momento de lo que había dicho.

—Te dije que volvería con ella.

—Sí, no hace falta que me lo recuerdes.

—Dana, por favor, solo escúchame. Solo te pido eso, después actuarás como creas y no te pediré nada.

Se había puesto de rodillas en el suelo, cogiendo mis manos.

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza, yo también tenía ganas de terminar con todo eso de una vez, que me lo explicara y poder quitarme esa espinita.

—Te quiero, Dana, más de lo que puede imaginar. Cuando me di cuenta de eso, me entró el pánico y decidí alejarme de ti, pensando que tenía que estar equivocado, que mis sentimientos solo eran un error por los días que habíamos pasado juntos.

Pero no fue así.

No he podido sacarte de mi mente, no he podido olvidarme de ti. Lo que siento por ti es tan fuerte que me está destrozando. Te echo de menos.

Cuando me di cuenta del lugar que estabas ocupando en mi corazón, porque mi mente sabía que la tenías, me asusté. Pero alejarme no sirvió de nada.

Cuando el invierno acabe regresaré con mi mujer, a mi vida, y lo nuestro se terminará.

Pero por favor, no me castigues estos meses. No me obligues a estar sin tocarte, te deseo demasiado.

No sé qué será de mí después aparte de que jamás podré olvidarte, pero déjame ser todo para ti este invierno. Como lo eres tú para mí.

Lo miré, un poco asombrada por todo lo que me acababa de decir. Se veía honesto y sé que no era capaz de mentirme en algo como eso, pero no podía pensar.

—Vine aquí a relajarme Lucas, te pido por favor que me dejes hacerlo. Tengo mucho que pensar.

Para mi sorpresa, aceptó, así que pasamos el día y la noche casi sin hablar, cada uno con sus cosas. Pero esta vez el silencio no era cómodo. Dormimos en la misma cama, pero separados. Al día siguiente recogimos todo y nos dirigimos a la ciudad. Lo dejé en la puerta de su casa y me marché sin mirar atrás.

Capítulo 10

Desperté por el ruido de los truenos, eran las seis de la mañana, ya decidí despertarme y quedarme tomando un desayuno relajada en casa hasta la hora de irme a trabajar.

Empecé a recordar el fin de semana que había tenido junto a Lucas, por supuesto era un momento perdido el no poder haber hecho nada con él, pero tenía que dejarle claro que no podía jugar conmigo de esa forma, si quería poner a prueba sus sentimientos que hubiera sido valiente y me lo hubiese dicho, pero estaba deseando tenerlo de nuevo otra vez en mis brazos.

Pero me sentí triste al pensar que quizás fui demasiado dura con él y tal vez, después de tantas negativas, se hubiera dado por rendido.

Suspiré. Ni yo misma sabía qué tenía que hacer.

Salí hacia el trabajo, por el camino iba con un café en las manos que había preparado en mi casa en el vaso especial para la calle, ya era el tercero que me tomaba esa mañana, así que me entró una ligera risa al pensar que como se me desataran los nervios, ponía toda la clase fina.

A las doce de la mañana recibí un mensaje de Lucas. Un alivio recorrió mi cuerpo cuando lo leí.

“A las dos te espero a la salida del instituto y nos vamos a comer por ahí”.

Me encantó recibir ese mensaje, no me voy a engañar, pero yo tenía que seguir en mi línea borde.

“Estoy muy cansada del fin de semana, prefiero ir a descansar un rato, quizás otro día”.

Dejé el móvil a un lado y esperé a que me escribiese.

“No te estoy preguntando qué es lo que te apetece, te estoy afirmando que voy a por ti para ir a comer”.

Enarqué las cejas. La verdad que ese tipo de mensajes y contestaciones me ponían mucho, me encantaba verlo ahí, imponiendo lo que deseaba en esos

momentos. Pero se suponía que él sabía que yo no iba a ceder.

Así que seguí dando las dos siguientes clases sin volver a mirar el móvil ni contestar a ningún mensaje, a la salida del instituto estaba en la puerta esperándome con una sonrisa en los labios.

—Hola, ¿adónde te apetece comer? —dijo mientras se acercaba a darme un beso en la mejilla.

—Estoy muy cansada, me apetecería ir para casa —solté para seguir haciéndome la dura.

—Perfecto, vayamos para allá —dijo abriendo camino para que yo empezase a caminar.

—Que yo sepa no te invitado —dije poniendo los ojos en blanco.

—Tampoco esperaba que lo hicieses, pero esta vez no te obligaré, si quieres, cuando llegemos a la puerta de tu casa, no entraré, lo dejaré a tu elección, Dana, pero pasaré todo el invierno esperando cada día en la puerta del instituto a que aceptes querer estar a mi lado.

—Sí, claro, lo que dure el invierno, después te importare una mierda —dije mientras caminaba.

—No quiero, ni puedo obligarte a nada, pero cada día que esté aquí lo aprovecharé para verte, es lo único que podré llevarme conmigo.

Seguí caminando hasta la puerta de mi casa, entré hacia dentro y él se quedó fuera esperando a que le dijese si podía pasar.

—Adelante —grité desde el salón.

—Gracias —escuché mientras entraba.

Tenía preparada una pasta que había hecho la noche anterior, le eché una copa de vino mientras servía la comida, fue entonces cuando, al sentarme a comer, él se dispuso a hablar.

—Dana, sé que tienes derecho a estar como estás ahora mismo, me gustaría que el buen rollo volviese a nosotros, quizás no pueda darte lo que tú esperas de mí, pero te prometo que el tiempo que esté aquí no volveré a fallarte.

—¿Y luego qué, Lucas?

—Luego sabes que tengo que volver, tengo allí mi vida y una mujer que no tiene culpa de todo lo que nos está pasando, no puedo partirme en dos.

—No te pido que lo hagas, pero tampoco entiendo tu insistencia en querer estar ahora conmigo hasta que acabe este invierno.

—Te lo expliqué en la cabaña. Siento algo muy fuerte por ti, sé que cuando me vaya me arrancaran un trozo de mi vida, pero el tiempo que esté aquí quiero pasarlo a tu lado, pero tienes el derecho a decidir si quieres o no pasarlo tú conmigo.

—Escúchame, Lucas, cuando empezamos a irnos juntos y todo lo que ha pasado yo era consciente de que esto tenía un final, he jugado con fuego y me he quemado porque yo también tengo unos sentimientos muy fuertes por ti, quiero disfrutar hasta el último momento que esté en estas tierras, pero si vuelves a desaparecer una sola vez, piénsatelo dos veces antes de volver a aparecer —acabé cediendo, tan grandes eran mis ganas de estar con él.

—Te prometo que no te volveré a fallar, si vuelven a mí los miedos, vendré contigo a protegerme de ellos —dijo mientras venía hacia mí para darme un fuerte abrazo que en ese momento yo le correspondí.

Nos tiramos en el sofá tras la comida y nos devoramos a besos, a él se le notaban unos sentimientos muy fuertes hacia mí, yo ya estaba enganchada a él hasta la médula.

Esa noche me dijo que quería quedarse a dormir conmigo hasta por la mañana que me fuese a trabajar y acepté encantada. Estuvimos todo el día en el sofá reboleado hasta que por la noche nos fuimos a la cama, me hacía mucha ilusión que se quedase allí conmigo a dormir.

Por la mañana me despertó el despertador y él no estaba a mi lado, pero escuché un ruido en la cocina, así que al levantarme comprobé que me tenía preparado un café con unas tostadas.

Me acompañó hasta el Instituto y se despidió de mí quedando en volver a recogerme a la salida. Nos tiramos toda la semana así, quedándose en mi casa, me acompañaba al instituto y luego me recogía, con la diferencia que ya se pasaba las mañanas en mi casa preparando la comida.

El viernes, cuando me recogió, venía muy feliz y contento, pero me decía que no era por nada especial. Al abrir la puerta de mi casa me dijo que entrase

primera y pude descubrir un pasillo lleno de rosas rojas y blancas hasta el salón, donde había un gran centro de flores con las noventa rosas por cada día de lo que dura el invierno, dentro de ese centro gigante había una nota.

“Gracias por compartir conmigo el mejor invierno de mi vida.

Te amo”.

Empecé a llorar como una niña pequeña, con el corazón encogido, y él con las manos en la cabeza diciendo que si lo llega a saber no me preparan todo esto, que no quería verme llorar.

Mientras comíamos, me dio una cajita para que la abriese y pude descubrir que había una preciosa alianza y dentro grabado: *“90 días de amor”.*

Cuántos recuerdos se iban a quedar en mi cabeza y esa alianza que no me quitaría jamás de mi dedo pasase lo que pasase y conociese a quien conociera, pero iba a cuidar ese anillo con el que conservaría el más bonito de los recuerdos.

Pasamos una de las tardes más bonitas que habíamos tenido hasta ese momento, él sacó del frigorífico una tarta en forma de corazón que había hecho de tres chocolates. Encima con granos de chocolate de fresa había puesto las palabras *“Te amo”.*

Por la noche abrimos una botella de vino para acompañar una mariscada que había comprado en la plaza, por la mañana, mientras yo estaba trabajando.

Terminamos haciendo el amor como locos en cada rincón del sofá, quería disfrutar de cada minuto a su lado, el tiempo cada vez pasaba más deprisa y tenía que aprovechar cada momento que pasase junto a él.

Por la mañana despertamos con una ligera resaca, así que preparamos bastante zumo de naranja y luego tomamos el café con unas tostadas con jamón.

Me dijo que le apetecía pasear por una ciudad que no fuese León ya que allí nos conocía todo el mundo, así que a las diez estábamos saliendo directos hacia Oviedo así, nos tomaríamos por allí alguna sidra y pasaríamos por esa ciudad donde nadie nos conocía. Decidimos coger un hotel para esta noche en pleno centro de la ciudad, a las doce de la mañana ya estábamos entrando por la puerta del hotel.

Tras dejar las cosas en la habitación, nos fuimos a patear las calles y a tomar alguna sidra.

Lucas me llevaba abrazada todo el tiempo y no paraba de hacerme muestras de cariño, tenía al hombre perfecto a mi lado, era un sabor agridulce que no dejaba de dar altibajos a mi corazón, quería frenar el tiempo y que nunca pasase ese invierno.

Tras hacer varias paradas para tomar sidras, nos decidimos a ir a comer a un restaurante donde preparaban una variedad de pescado y marisco de muy buena calidad, él no dejaba de acariciar mi mano.

—Sé que cuando me vaya te voy a echar muchísimo de menos.

—Bueno, será más llevadero al lado de Julie.

—Una cosa no quita la otra, Dana, sé que me va a costar mucho trabajo acostumbrarme a estar sin ti.

—Más a mí, Lucas, que me quedaré sola y con el corazón roto —dije poniendo cara de pena.

—Solo espero que sepas calmar ese dolor lo antes posible, quiero que me recuerdes como algo bonito y no como algo que te hizo mucho daño.

—Ya, pero los sentimientos son los que mandan y ellos decidirán de qué forma lo llevarán, pero ya te digo que me duele y aún no te has ido.

—Sé que en alguna otra ocasión nos volveremos a ver y el destino nos pondrá de nuevo en el camino, pero será muy diferente, solo espero que cuando llegue ese momento, tus ojos me transmitan alegría y no dolor.

—Si te vuelvo a ver, sé que irás con ella al lado, no quiero ni pensarlo, la verdad, cambiamos el tema y disfrutemos de los días que nos quedan juntos, que no son pocos.

Tras esa comida y una charla en la que nos dejábamos claro que íbamos a vivir el momento y a olvidarnos de la despedida, aunque eso iba a ser difícil, nos dispusimos a pasear por ese precioso centro que tenía la ciudad de Oviedo.

Al caer la tarde nos fuimos a tapear a los alrededores del hotel, terminamos tomando Gin Tonic, estábamos achispados y no parábamos de bromear y

reírnos con todo lo que decíamos, cuando a Lucas se le ocurrió la brillante idea de ir a ducharnos para cambiarnos e irnos a una discoteca a recordar nuestra juventud.

Una hora después estábamos sentados a la barra de una discoteca llenísima de gente. Habíamos preguntado en el hotel y nos la había recomendado. Acepté encantada cuando me dijeron que lo que solía escucharse allí, más que nada, fue salsa.

—Joder, Dana, no tenía que haberte dejado salir con ese vestido —dijo Lucas mientras me agarraba más fuerte de la cintura y me acercaba a él.

Bajé la mirada para observar el precioso vestido azul que llevaba. Era un poco provocativo, pero nada del otro mundo.

—¿Por qué? —pregunté sin entenderlo—No voy a permitir que nadie me diga qué debo ponerme y qué no —dije a la defensiva. Si iba por ahí, él era el menos indicado.

—No seas tonta, no es eso. ¿Cuándo nos vamos?

—¿Por qué quieres irte?

Cogió mi mano y la puso directamente en su entrepierna.

—No es muy cómo andar con esto —me dijo al oído.

Me reí a carcajadas. No sería cómo para él, pero yo disfrutaba de lo lindo sabiendo que lo tenía tan excitado.

—Acabamos de llegar, Lucas, ¿y ya te quieres ir?

—Sí —volvió a decir en mi oído—. Solo pienso en llegar al hotel, quitarte ese vestido y hacer que no dejes de decir mi nombre en toda la noche.

Joder, ahora era yo la que tenía ganas de salir pitando de allí.

—Una copa mientras bailamos y nos vamos —le prometí.

La copa se convirtió en varias más cuando conseguí que él me siguiera a la pista de baile. Estuvimos bailando agarrados todo el tiempo mientras yo comprobaba una vez más que era un experto bailarín.

—¿Me vas a contar ya cómo aprendiste a bailar? —chillé.

—No —se rio.

—Eres, insoportable —puse un puchero.

—Pero me adoras así —me acercó a él y comenzó a besarme.

Los besos se nos fueron de las manos, así que decidimos dejar el lugar y volver al hotel.

Ya en el ascensor empezamos a meternos mano, no podíamos esperar a llegar arriba. Abrimos la puerta de la habitación casi a tientas, intentando meter la tarjeta correctamente sin separar nuestras bocas.

—La puerta —le dije cuando vi que la dejábamos abierta.

Le dio con el pie y la cerró de un portazo.

Su boca comenzó a bajar por mi cuello mientras yo andaba para atrás, buscando a tientas la cama.

Cuando la noté detrás de mí, nos paramos.

Lucas subió las manos y, sin previo aviso, rompió la cremallera del vestido.

Me reí, era un bruto, pero cómo me ponía eso...

Me separé de él e hizo el amago de acercarme de nuevo, pero negué con la cabeza. Me quedé unos segundos observándolo mientras él me devoraba con la mirada.

—Eso sobra —dijo refiriéndose a mi tanga, lo único que tenía puesto ya, además de los tacones.

Metí los pulgares, separando la fina tela de mi piel y, meneando las caderas, dejé que cayeran al suelo, quedado completamente desnuda delante de él.

Fue a tocarme otra vez cuando yo levanté la mano, impidiéndoselo de nuevo.

Me puse de rodillas y le desabroché el pantalón, dejándolo caer al suelo.

—No, cariño, si haces eso no voy a aguantar mucho —se quejó.

—Mmmm... Eso espero —reí—. Sabes que me encanta hacerlo —dije mientras la sacaba de los calzoncillos. Los bajé un poco para tener mejor acceso.

Jugué con ella un largo rato, acariciándola como sabía que le gustaba. Sus gemidos me decían que iba por buen camino, aunque eso lo sabía yo de sobra.

Acerqué mi boca a su pene y la lamí desde la base hasta la punta, donde la rodeé con la lengua. Una gota de semen apareció, dándome a entender que no iba a aguantar mucho más. La lamí y gimió.

Me retiré un poco y él cogió mi cabeza entre sus manos para evitarlo, algo que yo aproveché para metérmela entera en la boca.

Comencé a chuparla y lamerla como sabía que le gustaba: despacio, pero presionando con los labios en la parte de arriba.

—Dana, para, no puedo más —gimió poco después.

Nunca había terminado en mi boca y yo estaba dispuesta a que esa vez lo hiciera.

Aceleré el ritmo y la presión.

—Oh, mierda —dijo antes de correrse.

Me soltó la cabeza y me ayudó a levantarme.

—Gracias —dijo tras darme un beso en los labios.

—Ha sido un placer —sonreí ampliamente.

—Y ahora es mi turno.

Y así pasamos la noche, dando rienda suelta a nuestros deseos, sin reprimirnos, sin guardarnos nada, sin vergüenzas...

A la mañana siguiente nos costó levantarnos. Habíamos tenido sexo durante prácticamente toda la noche y la verdad es que no habíamos dormido mucho. Pero solo íbamos a pasar un fin de semana allí y teníamos que aprovecharlo al máximo.

Recorrimos el casco antiguo de la ciudad y nos hicimos centenares de fotos juntos, algunas yo o él solos haciendo el payaso.

Almorzamos en un restaurante Casa Arturo, lugar que nos había recomendado en el hotel, donde se suponía que se hacían las mejores carnes a

la brasa.

Me encantaba cómo de a gusto estábamos el uno con el otro y, a la vez, me daba tristeza pensar que era algo temporal y que cada día que pasaba, nos acercaba más a nuestra separación definitiva.

Después de almorzar, decidimos sentarnos en una sidrería y descansar, la verdad que estábamos agotados.

Llegamos al hotel después de cenar. Tras una larga ducha juntos, que se nos fue de las manos, caímos rendidos en la cama.

Al día siguiente nos despertamos, recogimos las cosas en las maletas para volver a casa. El trayecto fue agradable, ambos estábamos encantados con el fin de semana que habíamos vivido.

La verdad es que nos había unido mucho a los dos.

Llegamos a mi casa, deshicimos las maletas de ambos porque Lucas decía que no volvía a la suya y terminamos de pasar el domingo abrazados en el sofá, dándonos besos y algo más.

Capítulo 11

Desperté a la vez que Lucas y nos fuimos a preparar el desayuno antes de ir hacia mi jornada laboral, me llevé mi coche ya que estaba lloviendo a mares.

Esa mañana, en la segunda clase, uno de los alumnos me sacó los nervios, estaba muy impertinente a pesar de tener 16 años, pero claro estaba que esa edad era muy mala, y aunque tenía unas muy buenas clases, quedaba en ella algún payaso y en este caso era él, así que estaba esa mañana deseando salir del trabajo por la movida que había tenido e incluso tuve que pedir su expulsión inmediata del centro durante un mes.

Tras recibir varios insultos y un montón de reproches que no venían al caso ni tenían que ver con la realidad, salí del centro deseando evadir un poco la cabeza y ahí estaba Lucas, esperándome, que ya estaba al tanto puesto que se lo había puesto por mensajes.

Él venía muy cabizbajo, pensaba que era por lo que yo lo había contado, pero mientras comíamos descubrí que había tenido una acalorada discusión con su mujer, ella le decía que ya debía de volver a Alemania y que estaba bien con un mes que se había tomado de vacaciones, él se negó por completo y dijo que aquí se quedaría hasta que acabase el invierno. Por lo visto ella no se lo tomó nada bien, había llamado varias veces a casa de sus padres y, al descubrir que no estaba allí, estaba con la mosca detrás de la oreja, pero él la relajó diciendo que le apetecía estar solo y que se estaba dedicando a leer y hacer deporte.

No le había gustado nada ese enfado que había tenido con Julie se notaba a leguas que la amaba con toda su alma, pero también que quería vivir hasta el último momento que pudiese aquí a mi lado.

Intenté animarlo, pero pasó la tarde muy triste y pensativo, hasta que le dije que si le apetecía se podía ir ya para Alemania si se iba a sentir mejor.

—No, Dana, no quiero estar sin ti, de todas formas, allí no lo podré arreglar nada hasta que ella no vuelva, de aquí no me moveré, quiero estar a tu lado.

—No entiendo que digas que tienes que arreglar algo con ella, ¿habéis

terminado mal?

—No, no hay problema, pero a ella le ha sentado muy mal que yo no quiero volver allí, pero bueno se le pasará, es lo que habíamos acordado antes de que se fuera, ahora no puede cambiarme los planes así porque así.

—Debes entender que tú estás allí, en un lugar extraño y que también te apetece volver a tus orígenes, aquí te sientes más arropado y allí completamente solo.

—Ella lo entendía perfectamente, pero parece ser que es eso, que lo entendía y que ahora no lo entiende.

Tras caer la tarde y cenar, decidimos acostarnos rápido, pusimos una película en un canal de televisión y nos quedamos dormidos viéndola.

Esa semana hicimos la misma rutina de todos los días de acompañarme hasta el Instituto y luego recogerme a la salida, cada día me tenía preparada una comida diferente, la verdad que Lucas se desenvolvía muy bien en los quehaceres de la casa y me tenía el hogar como paño en oro.

El jueves, cuando me recogió del instituto, me dijo que el viernes por la tarde tenía que ir urgente a Trier, ya que le habían puesto por una vacante que había de una plaza que había pedido dentro de su trabajo y tenía que dejar los papeles firmados como muy tarde el sábado, así que cogería un avión el viernes por la tarde y volvería el domingo. Yo me estaba poniendo triste cuando me dijo que por favor lo acompañase, me dio un vuelco el corazón de la alegría y le dije que por supuesto, así que miramos los vuelos y salía de Oviedo por la tarde directo hacia Frankfurt Hahn, que estaba a poco más de una hora de Trier.

El viernes me recogió en el instituto y salimos directos hacia Oviedo a coger ese vuelo, tras tres horas de vuelo llegamos a Frankfurt Hahn, justo al lado habíamos alquilado un apartamento para el fin de semana.

Fuimos andando porque estaba al lado, ya había caído la tarde noche así que nos quedamos en el lugar, era un pequeño pueblo pegado al aeropuerto, al día siguiente cogeríamos un autobús que nos llevaría a Trier y mientras se solucionaban las cosas, me quedaría paseando por aquel lugar.

Así que esa noche cenamos en Lautzenhausen, que era donde estábamos alojados pegado al aeropuerto, comimos comida italiana en un restaurante

que había ahí, uno de los pocos que había en ese lugar, luego nos fuimos a una taberna y estuvimos un rato jugando al billar y tomando unas cervezas, sobre las doce de la noche nos fuimos a dormir.

Por la mañana nos fuimos a desayunar al restaurante que había donde habíamos alquilado el apartamento, y a las diez de la mañana cogimos el bus que nos llevaría al precioso pueblo de Trier.

Lucas me dejó en todo el centro y él se fue a solucionar lo suyo quedando en llamarme en cuanto terminase, así que aproveché para hacer un poco de turismo.

Compré una guía en español y empecé a informarme un poco sobre ese lugar, era la ciudad más antigua de Alemania, en sus calles todavía quedan restos romanos y medievales y unos caminos llenos de historias que invitaban a adentrarse en ellos, un lugar que tenía la peculiaridad de hacer frontera con cuatro países siendo estos Luxemburgo, Bélgica, Francia y Suiza.

A las afueras de ese pequeño pueblo que llamaban ciudad, estabas rodeada de bosques y viñedos.

El lugar era muy tranquilo, pero con una belleza espectacular, parecía que estaba dentro de un cuento.

A la entrada estaba la famosa puerta negra de estilo romano y era la más grande que se conservaba en el mundo, considerada Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Me adentré luego en el barrio medieval judío, luego me fui a la plaza del mercado donde quedé atrapada por el ritmo que había en él, además de estar allí en la Fuente de San Pedro y la cruz del mercado, un montón de casas alrededor construidas de diferentes siglos, mucha gente paseando y todo lleno de cafeterías. Me senté en una para tomar una cerveza, estaba alucinando por la belleza de aquel lugar.

Lucas se demoró bastante, no apareció hasta las dos de la tarde que me dio el encuentro en esa plaza, venía feliz por haber conseguido ese puesto que tanta ilusión le hacía. Comimos por la ciudad y luego volvimos paseamos por las afueras para que viese los bosques y el río que pasaba por allí.

Al caer la tarde volvimos en un autobús para al lado del aeropuerto donde estaba nuestro alojamiento y pasaríamos la última noche, así que bajamos a

cenar al mismo lugar y luego nos fuimos a la taberna a tomarnos algo.

Nos acostamos rápido ya que al día siguiente nuestro avión salía a las seis de la mañana.

Nos montamos en él y menos mal que nos habíamos tomado un café y unas buenas tostadas antes de subirnos a él, porque caímos en redondo y nos quedamos dormidos durante todo el vuelo.

A las diez estábamos aterrizando en Oviedo donde cogimos el coche y volvimos hacia León, a las doce de la mañana ya estábamos holgazaneando en el sofá de la casa.

Nos adentramos en la última semana de enero y eso quería decir que volvíamos a entrar en otro mes y cada vez se agotaban más nuestros días de invierno.

Esa semana retomamos todas las rutinas, él aprovechaba por las mañanas para ir a visitar a sus padres y hacer como si estuviese en su piso viviendo y no en mi casa.

Me daba mucho dolor ver cómo se iba ese mes, cómo se agotaban los días tan intensos que había vivido al lado de mi amor, pero aún nos quedaban cincuenta días por delante que pensaba seguir aprovechando a tope.

Ese último fin de semana de enero decidimos pasarlo encerrados en casa sin salir, el tiempo estaba horrible, no daba tregua alguna y no paraba de llover, hacía un frío insoportable y solo apetecía quedarse en pijama pegados a la chimenea, así que compramos una gran cantidad de caprichos para el fin de semana para no tenernos que mover de la casa.

Acababa de llegar del instituto y Lucas estaba abriendo la puerta cuando recibió una llamada que era de su mujer y se fue hacia la ventana para hablar con ella, yo me quedé en la cocina preparando todo sin hacer ruido, podía escucharlo contarle que había estado en Trier arreglando los papeles de su nuevo cargo. Por el tono de voz y cómo hablaba, estaba claro que a ella ya se le había pasado un poco el enfado que tenía con él.

Al terminar, antes de colgar, pude escuchar cómo le decía que la echaba mucho de menos y que la quería, que estaba deseando que pasasen los días para estar junto a ella. Era evidente que él estaba entre dos amores: por un lado, estaba deseando volver a verla y por otro no quería despegar de mí,

nunca creí que un hombre pudiese enamorarse de dos mujeres a la vez o, al contrario, pero era evidente que a Lucas le sucedía eso, se había enamorado de mí, pero seguía amando a su mujer con todas sus fuerzas.

Volvió a la cocina con el semblante feliz, me agarró por la cintura y me dijo que me preparase para pasar un fin de semana intensamente sexual, cosa que me hizo mucha gracia.

Había cocinado un cordero que le salió espectacular y yo aproveché para freír unas patatas y ponerlas acompañando a esa deliciosa carne.

Tras la comida nos fuimos al sofá a ver un poco la tele frente a la chimenea y, cuando nos dimos cuenta, eran las ocho de la tarde y habíamos dormido la siesta más grande de los últimos tiempos.

Por la noche nos duchamos y volvimos a ponernos el pijama, daba miedo mirar a la calle pues la lluvia caía con gran intensidad y los truenos eran muy seguidos, acompañados de grandes rayos.

Preparamos una ensalada con una gran variedad de frutos secos, huevo duro, jamón york y un sinfín de cosas que hacían que tuviesen un color y una vista muy atrayente para el paladar.

Tras la cena nos fuimos al sofá a ver una película.

Lucas no paraba de buscarme la lengua y estaba muy gracioso, yo estaba muy metida en la película y a él, como no le había entrado bien, pues no paraba de dar por saco y no me dejaba escucharla, yo ya no sabía qué hacer para que se callase ya que estaba muy bromista y no había Dios que lo parase.

Al final consiguió enfadarme y me fui a la habitación.

—Vamos, cariño, no te enfades —dijo mientras se tumbaba a mi lado, en la cama.

—Eres peor que un niño chico —me quejé.

—Solo estaba bromeando, amor. Venga, prometo portarme bien —dijo poniendo esa mirada de niño a la que no podía decirle que no.

Me di la vuelta, esta vez no iba a salirse con la suya. Empezó a hacerme cosquillas y yo me retorcí en la cama de la risa sin poder evitarlo. Cogí la almohada y le golpeé con ella, haciendo que se divirtiera aún más y

empezáramos una guerra de cojines.

Acabamos tumbados boca arriba, con la habitación hecha n desastre, mirando al techo e intentando normalizar la respiración.

Ahora era yo la que me había puesto en plan juguetona, así que me senté sobre él.

—Como hagas eso, acabaremos muy mal —me advirtió.

Me encogí de hombros, como dándole a entender que no me importaba. En realidad, era lo que estaba buscando y ambos lo sabíamos.

Me quité la camisa por la cabeza, dejando mis pechos al aire. Sus manos tardaron poco en cogerlos.

Acabamos exhaustos después de una intensa sesión de sexo y nos dormimos abrazados el uno al otro.

Poco después me desperté, me sentía bastante mal y corrí al baño a vomitar. Lucas se despertó inmediatamente al escucharme y llegó a mi lado, me recogió el pelo mientras yo vaciaba todo lo que tenía mi estómago.

Me ayudó a levantarme y me puso una toalla pequeña mojada en la frente mientras con la otra me refrescaba la cara, el cuello y los hombros. Pero yo comencé a temblar, me sentía helada y no era por el hecho de estar desnuda.

—¿Estás mejor?

—No, tengo mucho frío.

Me tocó los brazos.

—Estás ardiendo —me dijo con el ceño fruncido y la cara preocupada.

Me ayudó a levantarme y me tumbó en la cama. Me arropó bien mientras yo tiritaba.

No sé cuánto tiempo permaneció así, poniendo toallas para intentar bajarme la fiebre, solo sé que yo no era muy consciente del tiempo.

Cuando abrí los ojos, vi encendida la luz de la mesita de noche. Gemí al mover la cabeza, me dolía demasiado.

—Hola, mi amor, ¿cómo estás?

Miré a Lucas.

—Me duele mucho la cabeza —me quejé.

—Normal, cariño, tuviste mucha fiebre.

Algo recordaba, aunque como si hubiera sido un sueño lejano.

—¿Qué hora es? —pregunté al ver que fuera era de noche.

—Son casi las diez de la noche, has dormido todo el día.

Me quejé al intentar incorporarme.

—Necesito ir al baño —dije cuando vi que iba a reñirme por levantarme.

Me ayudó a llegar y a volver después a la cama.

Me dio un beso en la frente y se fue. Apareció minutos después con un té caliente que le agradecí infinitamente.

—El doctor de urgencia vino a verte esta mañana.

Lo miré con sorpresa.

—No lo recuerdo.

—Lo sé, apenas estabas consciente. Tuviste una fiebre muy alta. Te reconocí y...

—¿Cuál es el diagnóstico? —pregunté, impaciente.

—Gastroenteritis. Así que dieta blanda unos días.

Puse una mueca de asco, como si yo pensase en comer en ese momento.

—Me diste un susto de muerte —me dijo mientras me abrazaba.

—Lo siento.

—No es tu culpa. ¿Te apetece un buen baño relajante?

Asentí con la cabeza, la verdad es que me sentía asquerosa.

Lucas me preparó la bañera con mis sales relajantes. Estuve allí hasta que el agua se empezó a poner fría.

Salí, me sequé el pelo, me puse el pijama y fui a la cocina.

—Tienes que comer —me puso un plato de sopa caliente en la mesa y me señaló la silla para que me sentara.

Le hice caso, pero no pude comérmelo entero, la verdad que ni mi estómago estaba muy bien aparte de que necesitaba dormir, me sentía cansada.

Me volví a acostar y Lucas se acostó conmigo.

El domingo me levanté mucho mejor, pero seguí con la dieta blanda, mi estómago no estaba bien del todo. Lucas no me dejó moverme, solo de la cama al sofá. Pero ya por la tarde me encontraba en condiciones y conseguí que al menos me dejara ayudarlo a hacer la cena.

Al menos pasaría una semana normal, estando ya recuperada.

Capítulo 12

Febrero entró cargado de muchas emociones, Lucas todos los días tenía un detalle conmigo y me dejaba a diario detalles regados por toda la casa, un día me dejó un marco precioso de fotos y dentro escrito de su puño y letra: “*Te amaré siempre*”, otro día me dejó colgado en el cuarto de baño un precioso espejo en forma de corazón y arriba en una esquina grabado te quiero, otro día vi a un marco precioso de cristal transparente con una foto de nosotros dos de fin de año que pasamos en la cabaña, foto de los regalos fue una preciosa pulsera de cristal de Murano, otro día me llenó la nevera de post its con mensajes como “Te quiero”, “Nunca me olvides”, “Te amo” y un sinfín de mensajes que no pensaba quitar de allí en mucho tiempo.

Parecíamos una pareja de toda la vida, nos llevábamos genial y siempre estábamos muy atentos el uno con el otro, estaba viviendo el sueño de una mujer al lado de un hombre que la hacía plenamente feliz.

En el tercer fin de semana de febrero volvieron esas lluvias tan fuertes, así que decidimos volver a hacer otra encerrona de pijamas del viernes hasta el lunes.

Volvimos a cargar de provisiones la casa y caprichos que se nos pudiesen antojar durante ese fin de semana de chimenea que íbamos a volver a tener.

Faltaba solo un mes para que Lucas se fuese y los días cada vez volaban más rápidamente, era una lucha por querer parar el tiempo y no poder hacerlo.

La última semana de febrero fue la más triste de ese mes, el lunes iba para el trabajo cabizbaja porque Lucas apenas hablaba y estaba muy hundido, cuando saliese de trabajar y fuese para comer con él, pensaba hablar, estaba muy afectado y se estaba comiendo todo él solo, aunque yo también lo estaba pasando fatal, pero intentaba mantenerme más entera.

La mañana en el trabajo la pasé agobiadísima, esperando a salir para poder hablar con él ya que no conseguí hasta tarde ni una sola palabra, pero esa vez estaba dispuesta a hacerlo, teníamos que sincerarnos y pasar ese mal trago juntos.

Cuando salí del trabajo ya me estaba esperando en la puerta, pero le costaba mucho sacar una sonrisa.

Al llegar a casa nos sentamos a comer frente a la chimenea.

—Lucas quiero que me digas qué es lo que te pasa, desahógate conmigo, por favor te lo pido.

Levantó la mirada con un gesto de dolor increíble.

—No voy a saber vivir sin ti, Dana, no voy a conseguir quitar de mi pecho este dolor que me oprime de pensar que pronto tendré que irme —dijo mientras sus ojos se humedecían y miraba hacia otro lado.

—A mí también me duele y me va a doler mucho más cuando te vayas, pero me dijiste que debíamos de disfrutar el tiempo que nos quedase juntos, por favor, cúmplelo tú también —dijo con los ojos humedecidos.

—Me siento un idiota, me siento como si no fuese capaz de coger las riendas de mi vida de nuevo, me da miedo quedarme atrapado entre dos mundos y que no me deje seguir hacia delante.

—¿Tú te crees que a mí no? ¿Tú piensas que yo lo voy a tener más fácil?

—Por supuesto que no, ese es uno de los dolores que siento más grande, el que te quedes aquí sola sin que yo te pueda proteger ni consolar, eso es lo que me está volviendo más loco.

—Pues deja de sufrir por mí y hazme feliz el poco tiempo que me queda a tu lado —solté llorando a lagrima suelta.

Se levantó y se vino hacia mí a darme un fuerte abrazo y rompimos a llorar los dos con el corazón encogido, sabíamos que dentro de un mes ya no nos podríamos proteger el uno al otro ni darnos el apoyo que necesitaríamos en cualquier momento.

Sentí una impotencia que me oprimía el pecho y no podía dejar de llorar.

Tras un rato abrazados, nos dijimos que teníamos que sacar fuerzas de donde no las tuviésemos, pero que no podíamos quedarnos el poco tiempo que nos quedaba de esa manera.

Recogimos la mesa ya que no teníamos ganas de comer, hicimos dos cafés y

volvimos a sentarnos abrazados frente a la chimenea.

El martes ya se levantó más animado y bromista y me acompañó hasta el instituto como todos los días.

Cuando me recogió venía con el coche y me dijo que me montase, que nos íbamos a ir a comer a una aldea cerca de Asturias, que íbamos a comer la mejor carne que había probado en mi vida.

Estaba muy guapo vestido y a mí se me caía toda la baba con él.

Entramos al restaurante y ya nos llevaron directo a la mesa que él había reservado telefónicamente.

Pidió una botella de Rioja, una sopa especial de la casa de entrante y luego una parrillada de carne que era todo un festejo para la vista y sobre todo para el paladar.

De repente empezó a sonar la canción de corazón loco, rápidamente Lucas me miró y me dijo que era su canción.

Nos mirábamos mientras la escuchábamos, era una verdad como un templo.

No te puedo comprender,
corazón loco,
no te puedo comprender,
y ellas tampoco.
Yo no me puedo explicar,
cómo las puedes amar tan tranquilamente,
yo no puedo comprender,
cómo se pueden querer,
dos mujeres a la vez, y no estar loco.
Merezco una explicación,
porque es imposible seguir con las dos.

Aquí va mi explicación,
pues me llaman sin razón, corazón loco,
una es el amor sagrado,
compañera de mi vida,
esposa y madre a la vez,

la otra es el amor prohibido,
complemento de mis ansias,
y a quien no renunciaré,
y ahora puedes tú saber,
cómo se pueden querer,
dos mujeres a la vez, y no estar loco.
Aquí va mi explicación,
pues me llaman sin razón, corazón loco,
una es el amor sagrado,
compañera de mi vida,
esposa y madre a la vez,
la otra es el amor prohibido,
complemento de mis ansias,
y a quien no renunciaré,
y ahora puedes tú saber,
cómo se pueden querer,
dos mujeres a la vez, y no estar loco.
y no estar loco, y no estar loco.

Cuánto sentimiento en esa canción, cómo se sentía el identificado con esa letra, no había mejor canción que pudiese describir cómo se sentía Lucas.

Intentamos animarnos de todas formas, pero no contribuyó a que fuera más fácil, así que terminamos con unas risas y pasando una espléndida tarde metidos en aquel precioso restaurante.

Volvimos a casa temprano para preparar la cena y acostarnos pronto ya que al día siguiente tenía que volver a trabajar.

La semana pasó volando y ya lo que nos quedaba era el último fin de semana de febrero.

Decidimos pasarlo también en casa, pero salimos a ratos. Fuimos al cine y al centro comercial. Nos hicimos decenas de fotos juntos y nos regalamos varias cosas uno al otro, cosas sin importancia material pero que siempre tendrían valor en nuestros corazones.

El fin de semana pasó rápidamente y, sin darnos cuenta, se nos fue otro mes.

Capítulo 13

Ya estábamos en este maldito mes de marzo, faltaban poco menos de veinte días para que Lucas se fuese para siempre.

A veces le entraba bajones, pero intentaba disimular delante de mí sobre todo porque me había prometido disfrutar conmigo al máximo y vivir los mejores momentos posibles.

Eso mañana en el trabajo no paraba de darle vuelta a la cabeza de cómo sería mi vida después de que él se fuese, me daba mucho dolor pensarlo, pero no podía quitármelo de la cabeza.

Tenía ganas de salir y ya quedarme el fin de semana con él, levantarme a la hora que me diese la gana y poder disfrutar a cada minuto de su compañía.

Me llamó para avisarme que la comida que tenía preparada, no podía apartarla así que no podía venir a por mí, me hacía mucha gracia ya que yo vivía a cinco minutos y no hacía falta que lo hiciera, pero a él le hacía ilusión recogerme cada día.

Al llegar a casa me habían puesto todas las paredes llenas de pegatinas de corazones rojos con un mensaje de amor en cada uno, la mesa estaba preciosa preparada delante de la chimenea que tanto me gustaba, al fondo del salón un cartel de gigante que decía.

“Lástima que el amor de mi vida llegó después.

Sé muy feliz, pero nunca te olvides de los momentos que vivimos juntos.

Una parte de mi corazón se quedará siempre contigo.

No habrá un solo día de mi vida que consiga olvidarme de ti.

Te amaré siempre, Dana”.

Comencé a llorar con un sentimiento que era la primera vez que experimentaba, como si me hubiesen arrancado el alma en esos momentos, parecía como si fuese el día de la separación, ese cartel me había abierto la

herida que pensaba que se abriría el día que se fuese, empecé a sentir un desconsuelo que era irrefrenable.

Me pidió perdón por haberme hecho pasar por esos momentos, le dije que era lo más bonito que me habían hecho en mi vida, pero que me habían hecho sacar todo lo que estaba oculto dentro de mí y que en cualquier momento tenía que salir.

Pasamos el fin de semana más romántico que había pasado hasta el momento, se notaba que Lucas me amaba con toda su alma, se desvivía por darme momentos que me hicieran totalmente feliz y me sacaran una bonita sonrisa.

El domingo, mientras comíamos, me decía que faltaba poco más de dos semanas para irse y que tenía la sensación de ir a un lugar desconocido, como si lo hiciese por obligación, que tenía muchas ganas de ver a Julie, pero no le importaría esperar otros tres meses quedándose a mi lado, que tenía unos sentimientos muy extraños que le estaban volviendo loco.

—Se me va a romper el alma, Dana, se me va a romper el alma cuando te tenga que dejar aquí —decía abrazándome y llenándome de besos en mi cabeza.

—Intenta ser feliz, Lucas, y olvidarte de esta historia lo más pronto posible.

—No quiero olvidarla, jamás la olvidaré, que te quede muy claro.

—Ya sé que no me olvidarás, pero intento decirte que intentes olvidarte de lo nuestro y vuelvas a centrarte en tu relación con tu mujer, intenta que el dolor pase lo antes posible, no te quiero ver sufrir, Lucas.

—Yo a ti tampoco te quiero ver sufrir, Dana, me duele en el alma dejarte sola.

—No te preocupes, sobreviviré a ello —dije riendo a pesar de estar llorando como una magdalena.

—Claro que sobrevivirás, te deseo que conozcas a alguien que te quiera tanto como yo y que te haga todo lo feliz que te mereces, aunque me duela en el alma saber que estarás en brazos de otro hombre.

—Después de esto creo que me costará volver a tener una relación, cuando se quiere tan intensamente es muy difícil encontrar algo que te satisfaga de la

misma forma, es más, no quiero enamorarme, aun así, espero que pueda olvidar esto que siento tan fuerte por ti.

—Yo antes de venir era muy feliz con Julie, es una persona que quiero y amo mucho, creía que en la vida jamás una mujer podía hacerme sentir las cosas que solo ella hacía que yo sintiese, me sentía el hombre más lleno del mundo, para mí era la única mujer del mundo. Apareciste tú y poco a poco transformaste en mí unos sentimientos que yo no había conocido jamás, me di cuenta de que todavía existía un amor mucho más fuerte, que era posible aún tocar el cielo, pero con las dos manos. Jamás pensé que diría esto, pero por ti he llegado a sentir mucho más que lo que jamás he sentido por ella, por eso creo que me voy a sentir tan vacío que me va a destrozar el alma.

Mientras lo escuchaba no paraba de pensar que, si sentía eso tan grande que él decía, por qué no se daba la oportunidad de estar con la mujer que de verdad amaba al 100%, pero era algo que jamás me atrevería a preguntar ni le comentaría nada, si no pensaba en hacerlo, sería por algo, yo no era nadie para plantearle algo tan delicado como decirle que lo dejase todo por mí.

Hacíamos el amor todos los días como si fuese el último, ese fin de semana lo pasamos perdidos totalmente en nuestros cuerpos, teníamos un ansia de deseo el uno por el otro que era irrefrenable.

La semana siguiente la pasamos llorando día sí día no, llegaba el penúltimo fin de semana juntos y también lo pasamos encerrados en casa amándonos hasta la saciedad.

Entramos en la última semana que pasaríamos juntos y la que por supuesto iba a ser la más difícil.

El lunes cuando me recogió del trabajo venía con el rostro desencajado y los ojos hinchados de haber pasado la mañana llorando.

Llegamos a casa y no quería comer, por supuesto que yo tampoco, nos pasamos la tarde tirados en el sofá sin hablar, no dejaba de acariciarme el pelo, estábamos hecho polvo y no teníamos fuerzas ni siquiera para consolarnos.

El martes pasó más de lo mismo, Lucas estaba hecho un muerto viviente, pálido y había perdido unos kilos, no comía apenas nada y ni siquiera hablaba, no podía consolarse ni el mismo, tenía la sensación de que algo

estaba empezando a morir dentro de mí.

La semana la pasamos rotos de dolor, cuando intentaba tener una conversación con él se echaba a llorar así que decidí intentar hablar lo menos posible.

El viernes me recogió con las maletas y nos fuimos a Oviedo en mi coche, él ya se había despedido de su familia y pasaríamos el fin de semana allí hasta el domingo que cogiese el avión.

Llegamos al hotel y me dirigí directamente al baño con mi maleta.

Saqué de ella un camisón negro, con medias a juego y ligeros que había comprado para nuestra última noche juntos y fui al baño.

Y aunque aún faltaban dos días para que se marchara, yo quería estrenarlo ya.
...

Me lo puse, me maquillé, me desordené un poco el pelo, salí. Estaba de pie, mirando por la ventana, pensativo.

Me acerqué a él intentando ser silenciosa pero no lo conseguí. Volvió la cabeza y me miró. Su cuerpo giró rápidamente para ponerse frente a frente.

—Wow...

Eso me hizo sonreír, como la primera vez que me lo dijo.

—Pronto te irás y quiero que este fin de semana sea especial.

—Contigo siempre será especial —me dijo.

En ese momento sentí que me derretía, me temblaban las piernas.

Le tendí la mano y la agarró rápidamente. Jalé un poco de él y lo llevé hasta la cama.

Le hice sentarse en ella y esta vez fui yo quien se puso de rodillas en el suelo, como había hecho él tiempo atrás, y cogí sus manos.

Empecé a hablar con voz temblorosa.

—Hace unos meses, cuando fui a desayunar al bar de siempre, me reencontré con el hombre del que hoy en día estoy enamorada —la emoción hacía mella en mi voz y temblaba, respiré hondo y seguí—. En ese momento no pude

imaginar que él fuera a convertirse en lo que es hoy en día para mí...

—No es necesario que hagas esto —me interrumpió, negando a su vez con la cabeza, pero con la voz emocionada y los ojos brillando por las lágrimas. Nunca lo había visto así...

—Shhh... —lo mandé a callar y le di un apretón en las manos—Necesito hacerlo —me dispuse a continuar—. Ese día me pregunté a mí misma si todo había sido un flechazo, quizás era una broma del destino o yo estaba perdiendo la cabeza. Pero no, mi intuición acertó y ese hombre, tú, llegaste a ser lo más importante en mi vida.

Me dolió cuando me dejaste, no era capaz de vivir ya igual sin ti, me hiciste mucho daño. Pero te amaba demasiado para no volver contigo y darnos la oportunidad de ese invierno tan maravilloso que hemos tenido, aunque sé que te hice sufrir un poco —le guiñé un ojo y sonreí, igual que él—. Quiero que sepas que yo sabía lo que ocurriría. Tienes una vida, tú me lo advertiste, nunca me diste falsas esperanzas.

Pero en el momento en el que te vayas por esa puerta, sé que yo no volveré a ser la misma nunca jamás.

Pase lo que pase voy a amarte siempre, nada ni nadie podrá ocupar el lugar que tú tienes en mi corazón —vi cómo una lágrima se derramaba por su mejilla y fue entonces cuando las mías empezaron a brotar sin control—. Siempre serás tú. Solamente necesito que sepas eso y que no te sientas culpable.

Las lágrimas no me dejaron continuar, apoyé la cabeza en sus piernas y las dejé salir.

—Dana, por favor, no llores —me pidió emocionado.

Me ayudó a levantarme y me sentó a su lado. Me abrazó hasta que yo fui capaz o me sentí fuerte para levantar la cabeza y mirarlo a los ojos. Me di cuenta de que él también había llorado.

—Te amo —me dijo con voz ronca.

—Yo también te amo —sollocé.

Cogió mi cara entre sus manos y me besó. Al principio fue dulce, casi

doloroso, después el beso fue haciéndose más profundo, como solía pasar cada vez que nuestros labios se tocaban.

Me hizo tumbarme en la cama y se acomodó encima de mí.

Empezó a desnudarme y yo a él, despacio, sin prisas.

Cuando nuestros cuerpos desnudos se tocaron, gemimos a la vez.

Habíamos hecho el amor cientos de veces, pero ninguna sería como esa ni como la primera vez que lo hicimos.

Esta vez parecía una despedida y dolía demasiado.

Besamos cada parte del cuerpo del otro, acariciamos, exploramos, como si quisiéramos grabarlo en el tacto además de en nuestras retinas.

Llegamos al éxtasis juntos y caímos desplomados en la cama, abrazados.

La emoción se apoderó de mí de nuevo y lloré. Él me abrazó fuertemente mientras yo pensaba en lo injusta que era la vida.

—Te amo, Dana —repitió.

Ni siquiera pude contestar, el saber que lo perdía iba a matarme.

Esa noche apenas dormimos, el deseo fue más fuerte que todo lo demás.

Despertamos el sábado abrazados y desnudos por la noche anterior tan fogosa que habíamos tenido.

—Buenos días, preciosa —dijo mientras me acariciaba la mejilla.

—Buenos días, cariño —puse cara de pena.

—No me pongas esa cara, mi vida, me duele en el corazón verte así.

—En menos de veinticuatro horas ya no estarás en mi vida, no puedo poner otra cara que no sea esta —dije mientras lo abrazaba fuerte contra mí.

—Ojalá se pudiese parar el tiempo, te voy a echar de menos con toda mi alma.

—Lucas, sé que no estaremos en contacto porque no te la puedes jugar ni hacer nada que pueda estropear tu relación, solo te pido que, si algún día te sientes muy mal y me echas mucho de menos, le des algún me gusta a algo de

mi Facebook, así de vez en cuando sabré que te estás acordando de mí.

—Dejaré que pase mucho tiempo antes de que haga algo así, es preciso que pase antes un buen tiempo para que podamos llevar mejor el dolor que vamos a estar sintiendo durante una temporada.

—Daría mi vida porque hoy no acabase nunca el día.

—Yo daría una gran parte de ella por haber sentido esto por ti en la época que estudiábamos juntos, entonces hoy en día todo sería diferente.

Hubo un momento de silencio antes de que él me propusiese irnos ya a desayunar e intentar pasar el último día juntos de la mejor manera posible.

Bajamos a una cafetería de fuera del hotel, ese día estaba espectacular y desayunamos en la terraza.

Veía ir y venir a las personas y sobre todo a las parejas, sentía envidia de todas ellas ya que podían continuar una vida juntos sin tener una fecha de caducidad, eso realmente era lo que le había pasado a nuestra relación que tenía una flecha y estábamos ya rozándola.

Pasamos la mañana paseando por Oviedo y me compró varios regalos muy bonitos de estos que te duran toda la vida, como por ejemplo unos pendientes preciosos de oro muy chiquititos que me quedaban genial puestos.

Luego entramos en una tienda de ropa y me compró una chaqueta tipo cazadora de color roja, era preciosa me quedaba genial y dijo que cada vez que me la pusiera me iba a acordar de él, por supuesto que lo haría.

Luego nos fuimos a comer a un turco ya que teníamos ganas de comer unos kebabs, en el restaurante estuvimos charlando y echándonos miradas que lo decían todo durante dos horas, era increíble, pero podía ver el dolor detrás de su mirada, solo la forma de acariciar mi mano me transmitía lo que estaba sintiendo en esos momentos.

Por la tarde estuvimos paseando un rato y luego decidimos irnos al hotel, queríamos pasar las últimas horas solos y refugiados para vivir los últimos momentos que pasaríamos juntos.

Pedimos que nos subieran dos sándwiches para cenar, ya que no teníamos apenas ganas de comer.

Hicimos el amor de la forma más romántica y sincera que podían hacerlo dos personas que sentían que se amaban de verdad.

Nos quedamos tumbados boca arriba con las manos agarradas, él no paraba de decir que la vida le estaba dando el golpe más duro que jamás pensaría que podía recibir.

Yo apenas hablaba, ya todo estaba acabando, lo peor de todo era que yo lo sabía desde un principio, pero siempre tenía la sensación de que podía alargarse al máximo y que no iba a llegar el día, pero por suerte o desgracia siempre llegaba, no se podía hacer nada por frenar el tiempo.

Esa noche apenas pegué ojo, no podía dormir y estaba muy nerviosa, me daban ganas de pedirle que por favor no se fuera y dejar a todo por mí, pero no podía hacer eso.

A las seis de la mañana estábamos ya tomando el primer café en la habitación, yo lo miraba y él solo sabía negar con la cabeza de desesperación, yo seguía casi sin hablar.

Nos metimos en la ducha y volvimos a dejarnos llevar por nuestros deseos, sabíamos que sería la última vez que íbamos a tener una relación, eso me hacía llorar mientras lo tenía dentro de mí.

Luego nos vestimos, cogimos la maleta y bajamos hacia abajo para desayunar tranquilamente en la terraza antes de ir al aeropuerto, pero evidentemente ni las tostadas nos entraban.

Él no paraba de mirarme y poner expresión de dolor, yo le respondía con la mirada, pero no me atreví a decir ni una palabra.

A las nueve de la mañana ya tuvimos que salir hacia el aeropuerto.

Cuando llegamos allí lo acompañé al mostrador de facturación y metió la maleta, aún le quedaban quince minutos antes de pasar el control de seguridad para embarcar, así que me acompañó hasta la puerta para despedirse de mí, no quería que yo lo viese atravesar esa puerta y ver cómo se marchaba.

Me abrazó fuertemente y comenzó a hablar.

—Intenta evitar todo el dolor que sea posible, recuerda esto como el invierno más bonito de tu vida, no te olvides jamás que te he amado de corazón y, de verdad, intenta ser todo lo feliz que puedas y, sobre todo, no permitas jamás que esté a tu lado alguien que no te ame con todo su corazón.

—Por favor, no hables más —dije poniendo mis manos sobre sus labios.

—Escúchame, Dana —dijo retirando la mano mientras la besaba.

—No sigas, por favor...

—Prométeme que vas a hacer todo lo posible por salir rápido de este dolor.

—No me digas más nada, Lucas, por favor te lo estoy pidiendo

—Tengo que irme, quiero que me prometas que vas a intentar ser feliz lo antes posible

—Lucas, por favor, no me digas más nada —dije llorando, rota por el dolor.

—Escúchame, Dana, hubiera dejado todo por ti, pero ella no se merece eso, pero que sepas que contigo hubiese sido mucho más feliz, te voy a querer todos los días de mi vida —dijo mientras me apretaba contra él para darme el último abrazo.

Cuando me soltó me dio un fuerte beso en los labios y cruzó la puerta para siempre.

Me fui hacia el coche llorando y al montarme en él, tardé como media hora en arrancar para irme ya que me encontraba desesperada y notaba como si me fuese a entrar un ataque de ansiedad.

Cuando comencé a sentirme un poco más relajada del ataque de nervios que tenía en lo alto, arranqué el coche y empecé a volver sola al que sería el principio de una nueva vida.

Durante el trayecto de regreso hacia casa me pasó por la cabeza toda la historia, desde el principio que me encontré con él en aquella cafetería, parecía como si estuviera reviviendo todo de nuevo a modo película, empezaba a ser consciente de que jamás volvería a tener nada con el hombre que se había convertido en el amor de mi vida.

Cuando llegue a mi casa y atravesé de la puerta, me di cuenta en esos

momentos que todo estaba vacío y que nada volvería a ser como antes....

Continuará... (
Segunda parte a continuación)



Capítulo 14

Hacía un mes que se había marchado Lucas, yo estaba afrontando una pequeña depresión y no había tenido ningún tipo de noticias por parte de él; eso era predecible, pero pasarlo día tras día, era algo difícil de asumir y hacía que me encontrase en ese estado.

Los primeros días fueron los más difíciles de mi vida, me acostaba y me levantaba llorando como una enana, tenía la sensación de que me faltaba el aire para respirar, había momentos que pensaba que había tocado fondo y que no quería seguir viviendo. Mi hermana me llamaba y notaba que me estaba pasando algo, estaba realmente preocupada e incluso decía que quería venir pronto a verme.

La Semana Santa la pasé metida en casa y no salí ni para comprar el pan, luego me incorporé al trabajo y era para lo único que salía de mi hogar, por lo demás me apetecía refugiarme y vivir mi pena sola.

Había adelgazado varios kilos y estaba anímicamente por los suelos, precisamente ese jueves tenía cita con mi médico para que valorase un poco mi estado.

Algo me decía que debía de tener una anemia de órdago.

Tenía la sensación de estar más sola que nunca y en esos momentos fue cuando realmente me partía el alma no tener a mis padres ahí, desde que murieron los había echado muchísimo de menos, además de haberlo pasado francamente mal, pero esa vez estaba que se me iba el alma de no tenerlos.

Tras terminar de tomar el café, salí hacia el instituto para afrontar la flojera que traía el comenzar la semana, todo el camino me pasé recordando, como siempre, cuando Lucas me acompañaba hasta el trabajo; ahora, el hacerlo sola, hacía que fuese todo con mucho desánimo.

A la salida me fui a comer con mi compañera Patricia, últimamente habíamos coincidido poco y no habíamos tenido posibilidad de hablar tranquilamente, aunque en los cafés Express que nos tomábamos diariamente la mantenía informada de todo.

Gracias a Dios que hablar con ella de vez en cuando hacía que me desahogara al menos un poco y que no me llegase a sentir tan sola, aunque evidentemente cada una teníamos nuestras vidas.

—¿Qué tal estás, mi niña?

—Bueno, ahí vamos, será cuestión de tiempo —dije mientras íbamos andando hacia el restaurante asiático.

—Deberías de apuntarte a alguna actividad por las tardes, necesitas evadir un poco la cabeza —dijo mientras me agarraba el brazo y lo acariciaba.

—Ahora mismo no estoy para esas cosas, solo me apetece estar tirada en el sofá y no escuchar nada, imagino que todo será cuestión de tiempo.

—Ese estado en el que te encuentras es el principio de depresión, como ya te dije, y debes rápidamente tratarla, no vayas a faltar el jueves a tu cita con el doctor, pero sobre todo debes de sacar fuerzas y hacer algo más que estar encerrada en tu casa.

—Claro que iré al médico, imagino que tendrán que hacerme pruebas ya que estoy muy débil y no tengo absolutamente nada de fuerzas, el tema de la ansiedad y de la depresión me imagino que comenzarán a tratarlo.

—Me duele tanto verte así, imagino que cuando pase el tiempo recordarás esta historia como algo dulce que dejará de causar dolor.

—Ese es el problema, que fue tan dulce y bonito que es incomprendible que algo así tuviese que terminar, jamás pensé que el amor tuviese una fecha de caducidad.

Entramos al restaurante, Patricia tuvo que pedir la comida por mí ya que yo no tenía ganas de nada, últimamente apenas comía, pero intentaba hacer un esfuerzo para no caer enferma del todo.

—Este fin de semana me quedo aquí, si quieres planeamos algo y lo hacemos juntas.

—No sé, Patricia, deja que avancen más los días, ahora mismo no tengo ánimo para planear nada.

—Bueno, iré pensando algo y a lo largo de la semana te diré qué podríamos hacer, lo mismo se me ocurre una excelente idea y te animas.

—Te lo agradezco, cariño, ya lo vamos hablando, de todas formas, quiero esperar al jueves a ver qué me dice el médico porque la verdad es que no me encuentro nada bien, no sé ni cómo saco fuerzas para ir a trabajar.

—Me gustaría poderte acompañar al médico, ¿te importa?

—Para nada, guapa, por supuesto que puedes venir.

Tras la comida nos despedimos y me fui hacia mi casa, tenía ganas de meterme en el baño y estar un buen rato en él, relajada. Me había comprado una novela y quería tirarme en el sofá a leerla toda la tarde.

Por la noche encendí el ordenador para revisar las redes sociales ya que hacía días que no entraba, de repente vi que Lucas había colgado una foto sentado en su nuevo despacho, el que había adquirido con su nuevo cargo, las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas rápidamente, él nunca colgaba nada en su Facebook y esta vez colgó esa foto donde estaba tan guapo, emitió una leve sonrisa pero que a mí no me transmitía felicidad o eso era lo que me parecía.

Estuve mirándola un buen rato, por supuesto no iba a darle ningún me gusta ni nada por el estilo ya que no podía llamar la atención de su mujer y menos aún porque él no había decidido ponerse en contacto conmigo.

Me extrañaba mucho que hubiese subido esa foto, lo mismo estaba buscando que yo lo viese, pero eso nunca lo sabría, pero era lo que me faltaba para terminar de hundirme en esa pena tan grande que embargaba mi corazón.

Decidí dejar algo escrito en mi estado.

“Todo en la vida pasa por algo, por muy duro que parezca, todo tiene una explicación, da igual cuánto tiempo tardes en tener las respuestas, no importa las lágrimas que te cueste derramar hasta tenerlas, pero todo ocurre y pasa por algo...”

Cerré el ordenador y quise intentar olvidarme de esa foto y de ese post que yo había acabado de colgar.

Me fui hacia la cama y me tiré en plancha para que la tierra me tragase, esa noche me costó coger mucho el sueño, calculo que caí rendida sobre las dos de la madrugada.

El sonido del despertador no había sonado cuando ya estaba en la cocina preparándome un café y lista para salir en un rato para el trabajo.

La mañana en el trabajo pasó rápida y fui hacia mi casa para coger el coche e ir a un supermercado que había a las afuera para recargar bien la despensa y el frigorífico, ya que la dejadez me había impedido tener ganas de ir a hacer ningún tipo de compras, pero ese día era imprescindible y necesario hacer la compra, así que saqué fuerzas sin tenerlas y me fui a llenar un carro, por el camino me compré un sándwich y me lo comí.

Esa tarde me dediqué a hacer limpieza en la cocina y colocar todo bien, así que se me pasó rápido el día, yo solo quería dormir y no pensar en nada.

El miércoles desperté y pude comprobar al asomarme por la ventana que hacía un estupendo día pese a lo temprano que era, de todas formas, al día siguiente no trabajaría porque tenía cita con el doctor y el viernes era fiesta en la ciudad, así que ese sería mi último día de trabajo hasta el lunes.

Esa mañana laboral fue muy distraída ya que se hizo una conferencia que duró casi toda la mañana y a mí me tuvo muy entretenida porque me interesaba mucho el tema que se estaba tratando.

Cuando salí del instituto me estaba esperando Patricia, quería hablar conmigo.

—Nena, he encontrado una oferta para este fin de semana para Portugal concretamente a Oporto, podríamos irnos el viernes a primera hora y pasar allí el fin de semana.

—Patricia, te lo agradezco de corazón, pero ahora mismo lo único que me apetecería sería irme de aquí, solo me apetece estar encerrada en casa.

—No me has entendido, no te estoy preguntando si nos vamos, te estoy diciendo que, encontrado una oferta, la he pillado y te invito a pasar el fin de semana y no me vale un no por respuesta.

—En estos momentos soy un estorbo, no valgo para nada y no tengo fuerzas ni para reírme no creo que fuese una buena compañía.

—Pero qué dices, guapa, mañana por la mañana te recojo y te acompaño al médico, he pedido el día de asuntos propios para poderte acompañar.

—Gracias, cariño —dije mientras lo abrazaba.

Fuimos caminando hacia donde ella tenía el coche y una vez allí me dijo que me montase que nos íbamos a comer.

Entramos a un restaurante italiano precioso que nos encantaba, al entrar pude escuchar una voz que me llamaba, al mirar pude comprobar que era la madre de Lucas con una amiga.

—Dana, hola, qué guapa estás, me alegro mucho de verte —dijo mientras me daba un abrazo.

—Hola, María, me alegra mucho verla, la veo genial.

—Pues Dana, déjame decirte, y no te enfades, que te veo un poco desmejorada y muy delgada, deberías de mirarte, ¿estás bien?

—He tenido una pequeña gastroenteritis, por eso este aspecto, pero pronto estaré recuperada.

—Pero ¿qué os pasa a los jóvenes que estáis fatal? Mi Lucas, desde que se fue, está hecho polvo y no sabemos qué le pasa, este fin de semana salgo para Alemania para estar unos días con él porque me tiene bastante preocupada.

—¿Y eso? ¿Está enfermo o algo? —no sabía cómo preguntarle, pero tenía que hacerlo ya que quería saber si él estaba igual que yo.

—Qué va, pero por el tono de voz sé que no lo está pasando bien, él no me quiere comentar nada, seguramente para que no me preocupe, así que he decidido ir unos días diciendo que lo echo de menos y tengo ganas de estar con él. Las madres tenemos una doble intuición y algo me dice que algo está pasando y quiero ir a ver si consigo sonsacarle qué es lo que le pasa.

—Espero que no sea nada, me alegro mucho de verla —dije mientras la besaba para despedirme ya que Patricia estaba en la mesa esperándome para pedir.

—Le daré recuerdos de tu parte, seguro que le hará mucha ilusión saber que nos hemos visto.

—Gracias, María.

Me senté con Patricia y las lágrimas empezaron a brotar mis mejillas.

Patricia intentaba calmarme mientras yo, entre sollozos, le explicaba lo que me había dicho la madre de Lucas.

—¿Qué esperabas, corazón? —preguntó mi amiga mientras me cogía la mano
—¿Que él no estuviera afectado?

—No lo sé, Patricia, no lo sé —negué con la cabeza.

Estaba destrozada. En parte había sido un alivio saber que él también lo estaba pasando mal, señal de cuánto le dolía tenerme lejos, pero por otro... No quería que Lucas sufriera absolutamente por nada, ya sufría yo por los dos.

—Se enamoró de ti, Dana. Claro que lo tiene que estar pasando mal.

—Pero está con su mujer —le recordé a mi amiga.

—¿Y? ¿Crees que por eso va a pensar menos en ti?

Me encogí de hombros, estaba demasiado cansada para pensar. La pena era tan grande que me estaba destrozando, física y mentalmente. Ya casi no podía razonar. A veces me reprendía a mí misma como si fuera idiota, por haber permitido que eso ocurriese, por haberme enamorado de un hombre casado. Pero la mayoría de las veces, solo los recuerdos estaban en mi memoria.

Cada uno de los instantes que viví con él: las risas, los besos, las caricias...

Hasta los malos momentos...

El camarero trajo la comida y puse cara de asco al verla.

—Te la vas a comer, ya tenga yo que obligarte —me advirtió Patricia mientras me señalaba con el tenedor.

—Mmmm... —intentaba no vomitar, es que no me apetecía nada.

Tardamos más de dos horas en abandonar el restaurante. Comí todo lo que fui capaz pero Patricia no estaba conforme.

Le dije que quería irme a casa, pero se negó. Así que decidimos pasar la tarde juntas. Estuvimos paseando por la ciudad y, al final, acabamos en un centro comercial, el mismo en el que había estado con Lucas semanas antes.

Cada tienda en la que entrábamos me traía a la mente recuerdos suyos. Así que, en vez de ayudarme, la ansiedad en mí creció.

Patricia, al notarme extraña, terminó rápidamente con la visita al lugar y me llevó a una cafetería para que me tomara un té caliente ya que decía que me había quedado con el rostro muy blando y estaba preocupada.

Se puso a hacer un poco la payasa, intentando animarme y la verdad es que lo consiguió.

Acabamos riéndonos a carcajadas por la más mínima tontería.

Al salir de la cafetería, le di un gran abrazo, una manera silenciosa de agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí. Ella me lo devolvió feliz de la vida.

Sabía que estaba preocupada, así que al menos por las horas siguientes, intentaría parecer algo más animada, al menos mientras estuviera con ella.

De vuelta a casa, me dijo que quizás sería buena idea, ya que al día siguiente tenían que, a visitar al doctor temprano, que ella se quedara a dormir en mi casa. Si no te importa, me dijo. A lo que yo contesté que, por supuesto que no me importaba, que mi casa era su casa y podía quedarse allí las veces que quisiera.

Yo, en el fondo, aunque quisiese estar sola, sabía que la compañía de Patricia me haría la noche más llevadera, por eso acepté sin dudar.

Nos acercamos a un pequeño supermercado y compramos algunos caprichos, todos los eligió ella porque a mí ni eso me apetecía. Después fuimos hasta su casa para que ella cogiera una muda de ropa, el pijama y lo que necesitase para pasar una noche fuera.

Al llegar a casa, nos dimos una buena ducha y decidimos cocinar algo juntas. Al final acabamos preparando unos sándwiches.

Nos sentamos en el sofá y comimos en la pequeña mesa que yo solía usar cuando estaba sola y que tantas veces había usado con Lucas.

—Deja de pensar, Dana.

Miré a mi amiga. Era ya de noche, habíamos cenado y ella me miraba con los brazos cruzados.

—Lo siento —le dije cuando me di cuenta de que me había quedado ensimismada, metida en mis recuerdos.

—Vamos a ver una peli —saltó del sofá y eligió una.

Y así pasamos la noche. Estuvimos ambas semi tumbadas en el sofá mientras veíamos una comedia romántica. Reíamos tanto como llorábamos. Desde luego elegir películas no solo no era cosa de Lucas, sino que de Patricia tampoco. Menuda mala puntería tenían...

Nos comimos el helado que traje y acabamos con algunas de las porquerías que compramos. Bueno ella, porque yo apenas lo probé.

Cuando acabó la película, decidimos ir a acostarnos.

Al día siguiente me esperaba la visita al doctor y, aunque intentaba no preocuparme, la verdad es que tenía miedo de los posibles resultados.

Capítulo 15

Me desperté a las 8 de la mañana, no podía seguir durmiendo, me fui hacia la cocina y me preparé un buen café con unas tostadas, era muy temprano aún para despertarla, así que la dejé que siguiese durmiendo.

Cogí la tablet y la puse en la mesa apoyada en la funda, me encendí un cigarro y abrí Facebook.

Tenía un montón de notificaciones, entre ellas un me gusta de Lucas y un comentario de él en el estado que puse el día anterior que me apresuré a abrir rápidamente.

“Pienso igual que tú, Dana, aunque a veces nos ocurren al ser humano cosas que mientras pasan son muy dolorosas de llevar... Te mando un abrazo”.

No me podía otro razonamiento que pensar que me estaba diciendo que lo estaba pasando también mal, por otro lado, pensaba que, al estar con su mujer, a la que amaba muchísimo, no sería tan doloroso de llevar, me estaba volviendo loca, no paraba de leer y releer su comentario, le di un me gusta y no me atreví a contestar.

Seguí desayunando, mientras miraba Facebook y el post que tenía delante y que no me atreví a quitar, decidí coger el álbum de todas las fotos que me había hecho este invierno con él, pero solo las que salía yo sola, así que hice un álbum en Facebook y las colgué todas, le puse de título “Un invierno en tu corazón”, lo colgué con más de 60 fotos.

No paraba de mirar una por una, recordar cada momento y que era Lucas el que me las hizo todas.

Me hice otro café y cuando volví a la mesa pude comprobar que tenía muchas notificaciones y todas eran de Lucas, un me gusta en el álbum y otro me encanta en cada una de las fotos, yo no paraba de llorar al comprobarlo.

Mientras las miraba, me entró una notificación de un comentario en una de las fotos, al abrirla era del día que empapeló toda mi casa con mensajes de amor, salía poniendo cara de enamorada.

“Qué bonita estampa, que te preparen algo así es porque significa que te quieren mucho”.

Una sonrisa invadió mi cara, pero evidentemente el dolor seguía ahí pues no podíamos estar juntos, lo que sí que me extrañó que fuese tan constante en enviarme mensajes y me gusta, parecía como si me quisiese decir algo. Pensé que ojalá me pudiese abrir privado y poder hablar los dos, yo no podría hacerlo por si se la habría alguna ventana estando al lado de su mujer, además que no quería obligarlo a hablar conmigo si no le apetecía, aunque por su mensaje parecía todo lo contrario.

Un rato después se levantó Patricia pidiendo un café a gritos desde la habitación, fui preparándolo con unas tostadas mientras venía hacia la cocina.

—Vas a flipar cuando te cuente, siéntate —dije mientras ponía el café en la mesa.

—Por favor, ¿qué ha podido pasar en solo una hora que llevas levantada?
—preguntó poniendo cara de intrigada.

—Pues mientras, me tomaba un café abrí el Facebook y vi que tenía un like de Lucas y además un comentario, y luego subí un álbum de fotos poniendo todas las que tenía cuando estuve con él pero sin que él saliese y lo subí poniendo que se titulaba Un invierno en tu corazón y le ha dado un like al álbum y un me encanta a cada una de las fotos, para colmo ha puesto este comentario —puse la tablet mirando hacia ella para que lo viese.

—Estoy flipando, este tío está pasándolo mal, está deseando entrar en contacto contigo, sino no haría esto.

—Pero... ¿por qué no me abre ningún privado, ni me habla por Whatsapp o me llama por teléfono?

—Pues pienso que será para no hacerte más daño o porque no está preparado, puede haber muchas razones, pero este tío está pasándolo mal.

—Él me habló de que quería que pasara un tiempo antes de que hablásemos para que todo fuese mucho más fácil, pero realmente nunca dejó entrever

claro que sí que pasaría eso.

—Algo me dice que esta historia va a tener una segunda parte.

—Ojalá, daría lo que fuese por pasar solamente una noche con él.

—No, eso no, terminaría de matarte.

—Lo sé, pero prefiero morir y volver a estar a su lado, aunque sea por unas horas.

—No digas boberías, espero que ese doctor hoy te dé todas las claves para que te vengas arriba rápido anímicamente.

—Lo mismo me manda a Ámsterdam a fumarme unos cuantos cigarros de la alegría —dije bromeando.

—Pues mira, nos vamos las dos, lo mismo pasamos un fin de semana descojonada de la risa, tomo nota, hay que preparar algo, Dana —dijo muerta de risa.

—Como nos dé por escaparnos todos los fines de semanas a algún sitio, vamos a terminar en la ruina, recuerda que tenemos que pagar la hipoteca ya que las dos estamos endeudas por unos cuantos de años —dije riendo.

Ya comenzamos a ducharnos y vestarnos para ir a la cita con el médico, al llegar allí fue un visto y no visto, rápidamente nos pasaron a la consulta.

Tras decirle todo mis síntomas al doctor y mi amiga meterse en la conversación y contarle toda la verdad de que estaba atravesando un momento de dolor por una separación sentimental, el doctor, que era muy simpático, dijo que empezarían ya mismo a hacerme unas pruebas, así que me mandó una de orina y de sangre para el próximo lunes, cosa que me tuvo que dar un justificante para que Patricia entregase en el instituto. Me dijo que no me mandaría nada hasta que no tuviese los resultados, ya que quería asegurarse que todo estuviese en orden antes de recetarme nada, que luego me mandaría algo para la pequeña depresión que estaba atravesando y, sobre todo, para que comiese mejor y me cambiara ese aspecto enfermo que tenía.

El doctor nos estuvo dando charla un buen rato, parecía muy cómodo con nosotras, hasta que nos despedimos y quedamos en volvernos a ver el miércoles cuando estuviesen ya los resultados que me harían el próximo

lunes.

Salimos de allí directas para el centro de León a pasear un rato y hacer un poco de shopping por las tiendas de ropa.

Aprovechamos para comer por el centro ya que así podíamos tapear y tomar algo, y decidimos ir luego a casa de Patricia a preparar su equipaje e irnos luego para mi casa a dormir de nuevo para la mañana siguiente salir hacia Portugal.

Pasamos toda la tarde en su casa, habíamos comprado unos pasteles para merendar allí, yo me tiré en su gran sofá y me relajé toda la tarde e incluso me quedé dormida una hora.

Al caer la tarde nos fuimos hacia mi casa a preparar unos sándwiches a los que me habíamos aficionado por las noches y acostarnos rápido ya que al día siguiente saldríamos para Oporto.

Cuando llegamos a mi casa, mientras ella preparaba la cena, yo me puse a preparar mi pequeño equipaje ya que para 3 días no hacía falta meter tanto.

Mientras lo hacía, recordaba cuando lo preparaba para irme con Lucas, la tristeza volvió a embargarme, así que intenté hacerlo lo más rápido posible e irme a la cocina a evadir de esas sensaciones.

Ya tenía los sándwiches listos y cogí la tablet y la puse en la mesa para ver si había movimiento en Facebook, en el fondo deseaba tener, aunque fuese una sola señal de Lucas, ya fuese a través de un comentario o un simple me gusta.

Pude comprobar que si tenía un comentario en otras de las fotos del día que estuvimos en la cabaña.

—Mira, Patricia, ha vuelto a poner un comentario —dije nerviosa perdida.

—Qué fuerte, ábrelo ya que estoy deseando saber qué ha puesto esta vez.

El pulso me temblaba, solo tenía que me había puesto un comentario y se veían las fotos de las que se trataba al lado, pero aún no la había pinchado, estaba tan nerviosa que no sabía si quería o no leerlo en esos momentos, estaba claro que sí, pero me daba miedo que pudiese poner algo que me dejase afectada. Tras meterme dos gritos Patricia para que le diese, ya ella me quitó la tablet y le dio a abrir.

“Conozco ese lugar, tiene un encanto especial y me hizo pasar uno de los mejores días de mi vida. Qué no daría yo por volverlo a repetir”.

Nos quedamos de piedra, nos miramos con una expresión de asombro, ¿A qué estaba jugando? ¿Me estaba mandando mensajes?

—Contesta nena, pon lo que sea, pero contéstale.

—No puedo, Patricia, no puedo, no sabría qué poner.

—Pues si tú no lo sabes, yo sí lo sé —dijo mientras cogía la tablet para disponerse a escribir.

Ni se lo pensó dos veces cuando ya tenía escrita y enviada la siguiente respuesta.

“Para mí también fue uno de los mejores días de mi vida, por lo que veo ese lugar tiene algo importante que deja un sabor especial y no solo a mí, sino a más personas. Me alegro de que también lo conozcas. Un saludo, Lucas”.

Yo me quedé muerta por lo que había acabado de poner mi amiga, pero me hizo gracia y pensé que llevaba razón, que, si íbamos a jugar a los mensajes, jugaríamos todos.

No sé por qué en esos momentos mi cuerpo empezó a animarse, sería porque comprendía que él también se estaba acordando de mí y no era yo sola la que estaba viviendo esos momentos tan duros.

No pasaron ni 5 minutos cuando él le dio un me gusta a mi comentario.

Yo estaba que me comía la tablet, pero ya la apagué viendo que no iba a haber más conversación esa noche, el fin de semana en Portugal me haría alguna foto y la colgaría en el Facebook.

Nos fuimos al salón a descansar ya que al día siguiente saldríamos muy temprano.

Se nos ocurrió ver una comedia romántica, otra vez. Al final terminamos las dos llorando como niñas chicas, menos mal que suelen terminar esas películas con un final feliz que si no esa noche dormimos con un trauma.

Nos levantamos cuando aún no había amanecido. Nos tomamos un café cada

una, era muy temprano para desayunar, preparamos los últimos detalles que nos faltaban, nos arreglamos y decidimos hacer un par de sándwiches por si nos entraba hambre un poco más tarde. Por mí lo dudaba, pero ya se encargaría Patricia de que comiera, de eso no me cabía duda.

El viaje se nos hizo un poco pesado. Habíamos decidido ir en el coche de mi amiga ya que ella estaba más acostumbrada a conducirlo y yo no tenía cuerpo como para hacer un trayecto de más de 3 horas. En realidad, ni siquiera de media hora, pero bueno.

Paramos un par de veces para fumarnos un cigarro tranquilas y comprar algo de beber. En la última parada, Patricia me obligó a comerme el sándwich, a lo que yo me negué, pero al final, por no escucharle el sermón, cedí y me comí medio. Al menos la dejé callada.

Estuvimos durante todo el camino cantando a pleno pulmón, incluso sollozando cuando la canción era una balada. Menudas dos sensiblonas...

Con ayuda del GPS, llegamos a Oporto y al hotel sin perdernos, aunque en un par de ocasiones Patricia se lió con mis es por ahí (sin referirme a izquierda y derecha) y tuvimos que hacer algún que otro cambio de sentido, pero nada más que eso.

Entramos al hotel y nos registramos en recepción, ya teníamos la reserva hecha así que todo fue rápido. La habitación era compartida, nos salía más barata y tampoco teníamos pensado de usarla aparte de para ducharnos y dormir. Habíamos ido a pasar poco tiempo y queríamos disfrutarlo a tope.

Dejamos las maletas medio abiertas en la habitación, nos dimos una ducha rápida, nos vestimos y decidimos no perder ni un minuto más y salir a conocer la ciudad.

Decidimos coger un taxi y que nos llevara hasta el centro histórico. Caminamos por la Avenida de los Aliados y vimos el Ayuntamiento, un precioso edificio construido en mármol y granito. Nos hicimos algunos selfies mientras posábamos delante de todo aquello que nos llama la atención.

Cansadas de andar, decidimos sentarnos a comer algo. Hasta yo tenía un poco de apetito, aunque lo que más me apetecía era tomar algo.

Como no conocíamos la zona, decidimos preguntarles a dos chicos que estaban allí. Imaginamos que eran turistas porque no paraban de hacerse

fotos, como nosotras.

—Perdonad, ¿habláis español? —preguntó Patricia.

—Sí, somos de Madrid —dijo un chico rubio, de unos treinta años y con unos ojos verdes impresionantes.

Patricia se lo quedó mirando con la boca abierta. Le di un codazo a ver si así reaccionaba.

—Esto, bien —siguió ella—. Entonces no nos seréis de ayuda.

—Conocemos la ciudad bien —intervino el otro chico, un moreno con el pelo un poco largo y ondulado y ojos oscuros, un par de años mayor que su amigo, quizás. El típico latino que tenía una sonrisa preciosa. Me recordó mucho a Lucas, la verdad—. Es la segunda vez que venimos, solo que la primera apenas tuvimos tiempo de mucho y decidimos volver —explicó—. ¿Qué necesitáis?

—Queríamos tomar algo, pero no sabíamos adónde —intervine yo.

—Oh, pues podéis acompañarnos si queréis —dijo el moreno.

—Pero claro que sí —confirmó Patricia de sopetón.

—Yo me llamo Javier —dijo el rubio entrando en la conversación—y este es mi gran amigo Fran. ¿Y vosotras?

Patricia volvió a quedarse boquiabierta, esta mujer tenía un problema con Javier, eso seguro. Así que hablé yo.

—Ella es Patricia y yo Dana.

—¿Y qué hacéis por aquí? —preguntó Fran.

—Solo pasar un par de días de relax y evadirnos un poco —le expliqué—. La rutina, ya sabes...

Ambos sonrieron.

—Pues vamos, entonces —acabó diciendo Fran.

Llegamos a un restaurante llamado Escondidinho, por lo visto era muy conocido en la ciudad. El local era precioso, el interior era como una reproducción de las mansiones del Siglo XVIII, era como viajar en el tiempo

y todo estaba perfectamente cuidado, hasta el más mínimo detalle.

Pedimos una botella de vino, el camarero nos aconsejó, y varios platos de pescados locales.

Comí lo que pude, realmente todo estaba delicioso.

Pasamos un rato agradable y les contamos un poco sobre nuestras vidas, que éramos profesoras en un instituto, a lo cual siguieron alguna que otra broma de ellos con qué sería de esos niños teniendo unas profesoras tan sexys.

Ellos nos contaron que eran médicos de medicina general y que trabajaban en el mismo centro de salud en Madrid. Que ese año habían decidido volver a Oporto, pero para estar de relax, nada de discotecas y borracheras como las anteriores veces. Que, por culpa de eso, no llegaron nada más que a conocer bares.

Se lo agradecí, ya que por eso habíamos encontrado ese excelente lugar en el que estábamos en ese momento.

Después de comer, dimos un paseo por la ciudad y visitamos un par de centros comerciales.

Patricia y yo hicimos algunas compras, sobre todo recuerdos del lugar, mientras ellos nos esperaban sentados en una de las cafeterías tomándose una cerveza.

A lo tonto, se nos fue el día y cenamos algo rápido los cuatro juntos. Nos despedimos de ellos, prometiendo vernos al día siguiente y continuar juntos la aventura.

Llegamos al hotel reventadas, nos habíamos dado una paliza de andar.

Patricia no paraba de decir que ese rubio iba a ser su perdición, que qué mirada, que qué sonrisa, que qué...

—Pesadita eres —me reí cuando salí de la ducha y ella seguía alabando sus virtudes.

—Pesadita no, Dana, ¿pero tú lo has visto?

—Hombre pues sí, no está mal el muchacho, pero no sé, le falta algo —me quité la toalla y me puse el pijama.

—Claro, ¿y al morenazo no? —ella estaba tumbada en la cama, preparada para dormir ya.

—A ese también —me encogí de hombros.

—Que no es Lucas, ¿no? —dijo comprensivamente.

—Patricia... —me tumbé junto a ella—Yo no voy buscando nada. Esos dos chicos me caen muy bien, de verdad, y sé que son muy guapos...

—¿Has visto cómo te mira Fran? —me interrumpió.

Le di con un cojín en la cabeza.

—Calla, que estoy hablando —me reí—. Todo lo guapo que quieras, ya fuera Brad Pitt... Que no...

—Está bien —suspiró—, pero al menos podemos divertirnos, ¿no?

—Tú eres libre para hacer lo que quieras, por mí no te cortes.

—Ah, no. Yo viene de viaje contigo y contigo me quedo. Ni el polvo más espectacular del mundo, y ya te digo yo que ese sería muy, pero que muy espectacular, me separará de ti —batió las pestañas y me empecé a reír. Era toda una payasa.

—Por mí no te cortes. Te lo puedes tirar y así no te quedas con las ganas.

—Bua... ¿Para qué? Seguro que me desilusiono, como siempre. ¿Dónde están esos hombres que de verdad funcionan en la cama? —preguntó con cara de pena total.

Nos miramos y acabamos las dos partiéndonos de la risa. Yo no iba a decirle que Lucas, para mí, era ese hombre y más. Pero esa era la verdad.

—Venga, no te ralles —me dijo mientras me abrazaba—, todo va a estar bien.

Le agradecí el cariño y la confianza. Se había dado cuenta de que volvía invadirme la tristeza y estaba allí para apoyarme. Me quedé así, dormida casi sin darme cuenta.

A la mañana siguiente fuimos al encuentro de los madrileños y seguimos recorriendo la ciudad.

Volvimos a comer en el mismo sitio, me había encantado y me encabezoné en ello, sin dejarles otra opción, pero tampoco parecía que les supusiera una complicación.

El día se nos pasó más rápido de lo que esperaba. Las bromas, las risas y el buen rollo ayudaron bastante.

Javier y Patricia se tiraban miraditas demasiado evidentes, así que Fran y yo los dejamos ir un poco a su bola y nos adelantamos mientras paseábamos y nos hacíamos decenas de fotos.

En una de las ocasiones que nos sentamos a tomar un café, Patricia y Javier desaparecieron dentro del bar, apareciendo media hora después con signos evidentes de que en el baño había ocurrido algo entre ellos.

Me reí al ver la cara sonrojada de ambos cuando se sentaron, pero los ignoré para no hacerlos sentir incómodos.

Tuve mucho feeling con Fran y parecía que yo a él le gustaba, pero en todo momento le hice ver que no estaba disponible. Por más guapo que me pareciera, no me apetecía tener nada con ningún hombre.

Y no sabría hasta cuando... Eso era por tener a Lucas en mente y corazón todavía.

Por la noche quedamos en salir a tomar unas copas y acabamos en una discoteca muy conocida.

Bailamos y bebimos, aunque yo no pude ni probar el primer Gin Tonic, me sentaba mal.

Patricia, al verme, decidió que teníamos que irnos, nos disculpamos con ellos e intercambiamos números de teléfonos y Facebook, prometiendo estar en contacto cuando volviéramos a nuestras respectivas ciudades.

Tras un largo abrazo, nos dirigimos al hotel y descansamos. Al día siguiente, después de desayunar, volveríamos a casa y queríamos estar descansadas para las horas de coche que nos esperaban.

El domingo al final nos entretuvimos más de la cuenta. Al salir de la ciudad, nos topamos sin querer con una famosa librería llamada “Librería Lello e Irmao”, muy conocida porque se había usado para rodar en ella alguna escena

de Harry Potter. Así que estuvimos dando vueltas por allí más tiempo del necesario.

Al llegar a León, Patricia me dejó dentro de casa, tomamos un café y se fue. Estábamos agotadas, pero habíamos disfrutado mucho de esos días juntas.

No me apetecía cenar, así que me duché y me tumbé en el sofá mientras leía uno de los libros que había comprado en la librería. Quedándome dormida allí mismo y con el libro encima.

Capítulo 16

Volvía a ser lunes esos días que tanto odiaban la mayoría de la humanidad, me levanté a las 7 de la mañana, ya que a las 8 tenía que estar en la clínica haciéndome las pruebas y no podía desayunar pues debía ir en ayunas.

Tras la ducha salí directa hacia el coche, me había relajado demasiado y se me estaba haciendo un poco tarde así que me aligeré todo lo que pude para llegar a mi hora.

Entregué la primera muestra de orina y me sacaron sangre, a las 9 ya estaba fuera, así que me fui hacia mi casa ya que no iba a ir al instituto pues me lo había cogido libre con el certificado que me había dado el médico y que me daba baja hasta el miércoles que me diese los resultados y decidiese que seguía unos días más así o me daban de alta, el médico hizo mucho hincapié que no quería que me estresara en el trabajo ni en ningún otro lugar, así que aprovecharía esos días libres.

Llegué a casa y me preparé un gran desayuno, estaba muy nerviosa por abrir Facebook y subir las fotos de Portugal, evidentemente no iba a colgar nada más que fotos en las que yo saliese sola y Patricia también, no de los chicos que habíamos conocido.

Así que seleccioné las mejores fotos y creé un álbum que llamé “Fin de semana en Portugal”, había colgado como unas 20 imágenes.

Por el chat pude comprobar que estaba online así que las vería rápidamente, seguí desayunando mientras observaba si tendría alguna respuesta por su parte.

Rápidamente empezaron a llegar las notificaciones, seguían su misma línea, un Me gusta en el álbum y un Me encanta en cada una de las fotos.

Estaba súper emocionada de ver que él reaccionaba a todo lo que yo le ponía, es más, para mí eran señales que estaban iluminando mi camino, aunque sabía a ciencia cierta que no volvería a tener nada con él y ni siquiera sabía si

me lo volvería a encontrar, pero lo amaba tanto que saber que estaba al otro lado atento a mis cosas, hacía que consiguiera sacarme una leve sonrisa.

Tras el desayuno me cambié de ropa y me puse cómoda, al volver a ver Facebook vi que tenía un comentario de él en el general del álbum.

“Bonito lugar para una preciosa escapada, los viajes hacen encontrarse a uno mismo. Te mando un fuerte abrazo, Dana”.

Me dejó a cuadros ese comentario porque no conseguía descifrar qué me estaba intentando decir, es más lo vi como algo de despecho, lo de bonito lugar para una preciosa escapada lo entendí como algo que me trasmitía que le hubiese gustado estar allí conmigo, pero lo de los viajes hacen encontrarse a uno mismo, lo entendía como si me fuesen a valer para olvidarlo, quizás sería por la presión que tenía en la cabeza pero no conseguía que me quedase nada claro de lo que había querido decir.

Estuve toda la mañana dándole vueltas a la cabeza mientras limpiaba un poco la casa y me preparaba una lasaña para el mediodía.

Al mediodía volví a abrir el Facebook, por poco me da un infarto al ver que su mujer le había etiquetado en una foto y ponía el siguiente comentario

“Te voy a volver a echar mucho de menos este verano, pero el trabajo manda y las oportunidades no se pueden perder, si sobrevivimos a la primera separación, también sobreviviremos a esta. Te quiero, mi vida”.

No me podía creer lo que estaba leyendo, ella se volvía a ir ese verano, pero seguramente él se quedaría en Alemania en su nuevo puesto, me estaba volviendo loca, pude comprobar que él le dio un me gusta a esa foto en la que salían los dos y que ponía el comentario de que él también la iba a echar mucho de menos.

Estaba claro que él tenía que contestar a eso que le había puesto su mujer y no podía hacer como si sucediese algo, quizás sería verdad que la iba a echar mucho de menos, solo le pedía a Dios que de mí no se olvidara, era algo a lo que le tenía mucho miedo, incluso sabiendo que no iba a estar más con él.

Mientras comía no paraba de rallarme la cabeza ya que yo tenía todo el verano libre, al ser profesora, y él todo el verano sin su mujer. Hubiera dado mi vida porque me dijese que me fuese a Alemania, aunque fuese al pueblo de al lado a pasar el verano con él, estaba claro que me liaría la cabeza la

manta y saldría como alma que lleva el diablo hacia su lado, pero estaba claro que eso no iba a suceder, si no las hubiese puesto en contacto conmigo y me lo hubiese comunicado.

Por la tarde me fui por la ciudad a dar un paseo ya que estaba el día precioso, la primavera había entrado con mucha fuerza y el sol estaba apareciendo más de lo normal cosa que se agradecía.

Me fui a un centro comercial a buscar unos zapatos para esa época, me apetecía estrenar, innovar, buscar alicientes que me motivasen, así que como a cualquier mujer quemando tarjeta se nos pasaban las penas, me encantaba darme algún caprichito, aunque no era nada derrochadora y me gustaba siempre tener dinero ahorrado.

Tras una tarde que se me pasó volando entre las tiendas y alguna parada a tomar un café en alguna terraza del centro comercial y así aprovechar para fumarme un cigarro, saqué el coche del garaje y me fui hacia mi casa cargada de bolsas, quería aprovechar también para ir sacando la ropa de esa temporada e ir ya guardando la de invierno.

Solté todas las bolsas y empecé a colocarlas, luego me fui a la cocina a preparar un revuelto de espárragos con jamón que se me había antojado, así que me puse a hacerlo y, cuando me senté a cenar, encendí el ordenador a ver si había noticias nuevas por parte de Alemania.

Solo había comentarios en el post que había colgado su mujer etiquetando a Lucas, todo el mundo felicitándoles por la pareja tan bonita que hacían y diciéndoles que un verano pasarías rápido, que luego se cogerían con más ganas.

De repente leí en un post que deduje rápidamente que era un compañero de Lucas, que aprovechase el traslado que le habían dado de verano, en la isla griega de Santorini, para vivir el verano más relajado de su vida, sobre todo para evadir la mente y hacer más llevadero los momentos de soledad que les iba a tocarle atravesar. No me podía creer lo que estaba leyendo. ¿Para qué lo habían enviado a él a Santorini? ¿Lo habría solicitado él? ¿Qué tenía que hacer en esa isla cuando él trabajaba en un departamento de un periódico alemán? Me estaba volviendo loca, mi cabeza no paraba de dar vueltas a ese comentario.

Llamé por teléfono a Patricia y le conté lo que había sucedido y se quedó

perpleja.

—Cariño, es muy fuerte lo que me has acabado de contar, qué raro que otra vez la mujer se marche de nuevo, pero también es muy extraño que él se vaya a esa isla cuando allí no creo que haya nada que tenga que ver con su trabajo.

—Es lo que más me extraña, estoy súper rallada.

—Niña, ya tenemos dónde ir a pasar estas vacaciones de verano, lo mismo nos lo encontramos de sorpresa por allí —soltó Patricia bromeando.

—¿Te imaginas colarnos en la isla de Santorini? Me muero solo de pensarlo.

—¿Quién dijo miedo?

—Quita, quita, ni pensarlo, por nada del mundo lo haría.

—Lo mismo en cualquier momento te llama y te ofrece que te vayas para allá, ¿no lo has pensado?

—Ya lo hubiera hecho, sería muy macabro pensarlo y no transmitírmelo cuando se supone que estoy pasándolo realmente mal.

—Eso sí, a no ser que se haya enterado hace muy poco y todavía no le haya dado tiempo a reaccionar.

—Bueno, no voy a soñar con algo que realmente no va a pasar.

—Veremos a ver, creo que el tema del Facebook te va a tener al tanto de muchas cosas, por lo que veo.

—Bueno, preciosa, mañana hablamos, un beso.

—Hasta mañana, cuídate, cariño, un beso.

Me fui a la cama muy rayada por la sensación que tenía de que estaba pasando algo que a mí me incumbía, y yo, sin embargo, estaba ajena a todo.

No paraba de darle vueltas a la cabeza y me costó muchas horas caer rendida y dormirme.

El martes me levanté con una extraña sensación en la cabeza, no llegaba a ser dolor o migraña, pero sabía que, si seguía con ese ritmo, se convertiría en eso.

Fui a la cocina y me preparé un zumo de naranja. Como estaba, sería mejor no tomar ni té ni café, el excitante no me sentaría bien.

Me preparé una tostada con mantequilla y me senté en el sofá a desayunar mientras miraba por la ventana.

Hacía un día realmente precioso y la temperatura era casi perfecta.

Bebí un sorbo de zumo y suspiré. Había pasado una noche horrible, me comía demasiado la cabeza pensando en Lucas, en qué pasaría realmente, en el porqué de esos mensajes.

¿Qué demonios tenía que hacer él en Santorini?

Había algo que no me cuadraba, y lo peor era que probablemente no me enterase. A no ser que por Facebook él explicase las cosas.

Ya está bien, Dana, me recriminé, tienes que dejar de imaginar.

Acabé mi desayuno, recogí lo que había ensuciado en la cocina, me di una corta ducha y me vestí.

Salí de casa, decidida a pasar un día entretenido. Porque sabía que quedándome en ella me iba a seguir comiendo la cabeza con Lucas. Así que necesitaba estar distraída.

Y para ello necesitaba hacer algo nuevo, ir al bar de siempre no ayudaría porque ya me imaginaba a todos riñéndome por lo delgada que estaba y que tenía que ir al médico, etc. Así que decidí, simplemente, salir de casa y pasear.

Tras pasear por la ciudad y tomar el maravilloso sol que hacía, acabé sentada en el bar que había en el parque donde una vez estuve con Lucas.

No se puede ser más idiota, me decía a mí misma mientras la tristeza comenzaba a embargarme de nuevo.

Sabía que así no me sobrepondría, pero mi subconsciente siempre acababa ganando la batalla.

Tras tomarme un café, me acerqué al supermercado y compré lo necesario para preparar el almuerzo.

Por la tarde, y ya en casa, me sonó el móvil.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Hola, Patri, un poco mejor. ¿Qué tal el día?

—Pfff... Para hacer desaparecer a algunos de mis alumnos, pero bueno, qué te voy a contar a ti... Además, no tengo ganas de hablar de trabajo, ¿has comido?

—Sí, mamá —me reí.

—Mmmm... ¿Te has duchado? ¿Has salido a que te diera el sol? ¿Algún mensaje nuevo en Facebook de Lucas? —terminó preguntando como quien no quiere la cosa.

—Sí, sí y no lo sé, no miré Facebook.

Y me había costado la misma vida no hacerlo, pero ese día me propuse pasarlo tranquila y mirar si Lucas ponía algo más o no, no iba a ayudarme. Y aunque me costaba no mirar, lo iba consiguiendo.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Patricia para cambiar el tema.

—Pues no sé, tenía pensado ponerme a limpiar un poco porque está todo hecho un desastre, cenar algo ligero y acostarme pronto. Te recuerdo que la cita con el doctor es temprano.

—Lo sé, pero ¿quieres que lleve algo de cenar? —preguntó ilusionada.

—A este paso te cobro alquiler —dije muerta de la risa.

—Pues mira, no sería mala idea —dijo como meditando—, vendemos una de las casas, pagamos la hipoteca y la otra a medias.

—Ni tú te lo crees, aguantarte 24 horas —seguí riéndome.

—Tienes razón, me volverías loca —se rio ella.

—Está bien, vente cuando quieras, ya lo sabes.

—Vale, ¿algo de comer que te apetezca en especial?

—Pues no —le agradecía el detalle, pero sabía que no iba a comer demasiado y que me daba igual lo que trajese.

—Comida china, entonces, no sé por qué, pero tengo un antojo de rollito de

primavera...

Colgué el teléfono al despedirnos y me dispuse a darme otro baño, esta vez relajante.

Patricia llegó cerca de la hora de la cena, preparamos la mesa y cenamos. La verdad es que esa vez comí más de lo que era normal en mí en los últimos tiempos.

Yo seguía sin mirar Facebook, pero no podía sacarme a Lucas de la cabeza, aunque mi amiga tampoco me dejaba mucho tiempo para pensar. Se inventaba cualquier cosa para mantenerme ocupada. Al final acabamos jugando al parchís y todo y las dos muertas de la risa.

Me acosté cuando Patricia se fue, ya puedo irme tranquila porque has cenado, dijo sacándome la lengua. Yo meneé la cabeza, pero me reí. Eso sin contar la de veces que me dijo: nada más que sepas los resultados, mándame un mensaje, no quiero pasarme la mañana preocupada, a lo que yo contestaba que sí, que no se preocupase que lo haría.

Pero en la cama estaba inquieta, no sabía por qué, pero tenía una extraña sensación en el pecho.

¿Le habría pasado algo a Lucas?

No terminaba de entender nada sobre su traslado. Realmente no entendía nada de nada y tampoco tenía forma de saberlo por ahora, así que tenía que dejar de pensar en ello.

¿Eran los nervios por los resultados?

¿Quizás un poco de todo?

Fuera lo que fuese, hizo que me costase conciliar el sueño. Otra noche más de insomnio...

Capítulo 17

Esa mañana me desperté en el sofá con el sonido del despertador, estaba muy cansada por todo lo que estaba viviendo ajena a la nueva situación que Lucas tenía que pasar, no entendía absolutamente nada, tenía que empezar a olvidarlo ya como fuese, me iba a terminar volviendo loca.

Tomé un buen café y me dirigí hacia la clínica, estaba preocupada por lo que el doctor me pudiese decir ya que me veía muy débil.

La enfermera me dijo que pasase y la acompañase hasta la consulta.

—Buenos días, doctor.

Me recibió con una sonrisa que parecía que estaba haciendo el anuncio de Profident.

—Buenos días, Dana, siéntate, por favor.

Hubo un momento de silencio mientras él me miraba fijamente a los ojos sonriendo y yo me estaba quedando toda loca, no sabía si se me quería declarar o decirme que todo estaba genial.

Dana, voy directo al grano, felicidades, estás embarazada.

Por poco me caigo de la silla en esos momentos, vi pasar mi vida entera en un minuto.

—No puede ser, doctor, no puede ser —dije incrédula a lo que estaba escuchando.

—Si me dices que no has tenido relaciones sexuales en los últimos dos meses, entonces mando a jubilar directamente a la del laboratorio, más que nada porque se habrá equivocado y habrá intercambiado la prueba, de lo contrario, está clarísimo, los niveles de embarazo son bastante claros.

No podía quitarme las manos de la boca, eso era lo último que me podía pasar, la guinda para terminar de enredar a mi corazón. Eso es algo que no

hubiera planeado ni loca, estaba que no me lo podía creer y sobre todo no sabía ni cómo iba a salir sola hacia adelante con eso, sin familia, ni nadie ahí a mi alrededor, dejé de pensar ya que estaba frente al doctor y no tenía toda la mañana para mí.

—Necesito tiempo para reaccionar, es algo que me ha cogido totalmente de improviso.

—No te preocupes, te vuelvo a dar cita para dentro de un mes y medio donde te haremos las pruebas de las 12 semanas, tienes que ir a la consulta del ginecólogo el 15 de junio, de todas formas, ahora te pasaré con él para que te haga una ecografía.

Me estaba hablando de una ecografía y yo todavía no sabía si me iba a tirar por el puente o iba a volverme loca...

¿Preñada?

No podía ser, eso no me podía estar pasando a mí.

—Perfecto, muchas gracias.

Avisó a la consulta de Ginecología y rápidamente me pasaron allí, era lo bueno de ir a través de una clínica privada, me tiraron en la camilla y me echaron un gel sobre el estómago y comenzaron a hacerme la ecografía.

Rápidamente empezó a sonar el corazón del bebé y me dio un vuelco muy grande el mío, ese sonido me partió el alma y comencé a llorar desconsoladamente. La pobre enfermera que estaba allí no paraba de consolarme y decirme que era normal de la emoción, el doctor me dijo que estaba todo perfecto y me dijo que nos veríamos el día 12 de junio, que probablemente sí se podría saber si era niño o niña.

Tras salir de la consulta, conmovida, me fui hacia el coche y no sabía qué hacer, si reír o llorar, tenía una sensación tan rara que no sabía si me sentía bien o si me sentía mal.

Arranqué el coche y me fui hacia la cafetería a desayunar fuerte, sentía que me iba a desmayar.

Pedí mi desayuno, con el café esta vez descafeinado, siempre me fumaba un cigarro, pero saqué el paquete de tabaco del bolso y lo tiré en una papelera

que había frente a la terraza del bar, no era capaz de fumarme uno sabiendo que podía hacerle daño.

Por un lado me producía mucha ternura saber que iba a estar acompañada el resto de mi vida, por otro lado me daba mucho miedo afrontar esto sola, pero el escuchar su corazón me dio fuerzas para tirar hacia delante, un dilema rondaba mi cabeza: por un lado no se lo quería contar a Lucas para no romperle su vida, veía injusto que ahora parece que yo con un hijo y destrozara una familia, por otro lado pensaba que tenía derecho a saberlo y contárselo solo a él y que él decidiera si quería contárselo a su mujer o ver a nuestro hijo a escondidas y guardarlo en secreto, o lo mismo él decía que no quería saber nada.

Vaya dilema el que tenía encima....

Puse un mensaje a Patricia diciéndole que fuese para mi casa a comer que yo tendría todo preparado, que quería hablar con ella, inmediatamente me respondió que por supuesto.

Fui hacia mi casa y preparé unos huevos a la flamenca que tanto le gustaban a Patricia desde que lo probó una vez que se los hice.

No paraba de darle vueltas a la cabeza, mientras cocinaba abrí el Facebook, volví a leer los comentarios sobre lo de Santorini y ya había algunos más y también respuestas de Lucas, al final era todo una broma de su compañero para buscar a la mujer de Lucas, me estaba quedando más alucinada aún, lo que sí dejaba claro ya que se iba a quedar todo el verano trabajando en Trier.

La idea de ir a hablar con él personalmente cuando ya se fuese, me rondaba por la cabeza, pero por otro lado algo me decía que no hiciese nada y que no le pareciese la vida a nadie, aunque de todas formas también se la podía partir si algún día se enteraba que había tenido un hijo y no lo había disfrutado por mi culpa.

Por fin llegó mi amiga Patricia, cuando me vio la cara se asustó pensando que me habían dado malas noticias por las pruebas.

—Estoy embarazada.

—¿En serio? —preguntó sorprendidísima.

—Y tan en serio, las pruebas salieron claramente que lo estaba y luego la

ecografía fue clara con los latidos del corazón, además que se veía el hueco perfectamente. El 12 de junio tengo que volver a ir a hacerme la primera ecografía de los tres meses.

—No me lo puedo creer —dijo mientras me daba un gran abrazo.

—Pues imagínate yo, qué marrón, tía, aunque por otro lado desde que escuché los latidos de su corazón, estoy deseando verle la cara.

—¿Cómo se lo vas a decir a Lucas?

—Ese es el problema, que no sé si se lo voy a decir, creo que tiene derecho a saberlo, pero por otro lado pienso que le voy a romper la vida que él había elegido.

—Pienso que se lo debes de decir, pero eso ya es tu elección, quiero que sepas que puedes contar conmigo para todo y que no te voy a dejar sola en esto, sabes que tengo que ir a ver muchos fines de semana a mi madre porque se encuentra en una situación delicada, pero por lo demás... Y algunos fines de semana me quedaré aquí contigo para ayudarte en todo lo necesario, y por supuesto el parto no lo vas a pasar sola.

—Gracias, Patricia —dije mientras le daba un abrazo.

Tras la comida se fue porque esa tarde tenía tutoría con dos alumnos para solucionar un problema, quedamos en vernos al día siguiente en el trabajo ya que yo me incorporaría, ya la baja maternal la cogería en septiembre así que no me incorporaría seguramente hasta el año siguiente en verano, casi terminando el curso.

Me pasé toda la tarde asomada en la habitación de al lado de la mía, pensaba vaciarla y hacer una para mi bebé, no tocaría nada hasta que en la siguiente revisión me dijese que todo iba bien y, sobre todo, si era niña o niño.

No paraba de pensar en Lucas y en lo bonito que hubiese sido tener esta noticia estando los dos juntos, sin nada que nos separase, pero evidentemente las cosas no eran así y tenía que asimilar la situación en la que me encontraba y la que tendría que afrontar sola.

Pasé toda la tarde tirada en el sofá, no paraba de darle vueltas a que cuando

naciese mi bebé los primeros meses estaría con él, con suerte no me incorporaría hasta después del verano, pero evidentemente me tendría que incorporar en cualquier momento y dejarlo a cargo de alguien o en una guardería. Cuánto echaba de menos a mis padres en estos momentos en los que tanto me podían haber ayudado, a mi hermana no le daría la noticia hasta que me hiciese esa ecografía en junio.

Abrí mi Facebook y cambié mi estado.

“Cuando menos lo imaginas, pasa algo y te cambia todos los planes de vida...”

Una vez que lo colgué, miré si estaba online y comprobé que sí, sabía que no iba a acertar de lo que se trataba la frase, pero lo iba a dejar pensando un rato, en el fondo estaba deseando que me mandara una señal o hablase conmigo, le echaba demasiado de menos y ahora llevaba un hijo de él dentro de mí, evidentemente así no iba a poder olvidarlo en la vida.

Me quedé mirando un rato a ver si me entra alguna notificación, saber que me entraban muchas y ninguna de él me dio rabia y apagué la tablet.

Me fui a dormir temprano ya que no quería comerme ese día mucho la cabeza, ya era suficiente, el día había sido muy inesperado, demasiado rápido lo estaba digiriendo.

No cogía el sueño ni intentando dejar la mente en blanco que eso ya era imposible, tenía la sensación de estar viviendo algo que me estaban poniendo a prueba.

El mes pasó rápidamente, apenas tuve tiempo de nada. El saber que estaba embarazada me había hecho cambiar mucho. Las vitaminas que tomaba por el embarazo me habían abierto el apetito y estaba volviendo a mi estado habitual, a comer bien y a cuidarme para que mi bebé naciera sano.

Patricia parecía que vivía conmigo. Cuando salíamos de trabajar, entre semana, se venía a casa y comíamos juntas. Pasábamos la tarde ideando cómo decoraría la habitación del niño o la niña (ambas estábamos deseando saberlo), y muchas noches dormía conmigo para no dejarme sola.

Salíamos a pasar a diario y, aunque siempre decíamos que no compraríamos nada hasta saber qué sería, al final siempre caía algo: un chupete blanco, un babero...

Me hacía mucha ilusión ir preparando cositas para mi bebé.

Las cosas en el trabajo también iban bien. Todos mis compañeros me habían felicitado por la buena nueva, y menos mal que no habían preguntado por el padre, Patricia les advirtió que ese tema no se tocaba y los respetaron. Una de las tardes en las que solíamos ir todos a la cafetería a tomarnos algo, me habían preparado una especie de fiesta sorpresa.

Yo solo sabía llorar, no tenía cómo agradecerles tanto cariño. Incluso a veces me trataban como si fuera de cristal y yo me ponía de los nervios diciéndoles que estaba embarazada, no enferma. Pero como sabía que todo lo hacían de broma, me lo tomaba con humor.

Los fines de semana que Patricia, quien se había convertido en mi sombra, se iba a cuidar a su madre enferma, yo me quedaba en casa. Esos eran los peores, estando sola no podía dejar de pensar en Lucas.

Más de una vez estuve a punto de hablarle por privado y contarle sobre el bebé, pero recapacité a tiempo.

No podía hacerle eso.

Pero la cuestión era que el daño lo estaba sufriendo yo también. Sabía que él quizás se enfadaría el día que se enterara que le oculté el embarazo, ¿pero qué más podía hacer?

Aún no tenía claro nada, necesitaba pensar.

Era domingo, mediados de mes y estaba tumbada en el sofá. Patricia había ido a pasar el fin de semana con su madre y yo estaba sola en casa. Estuve de shopping el día anterior, incluso me fui sola al cine. Pero los días en los que tenía mucho tiempo para pensar se me hacían eternos.

Cogí la tablet para echar un vistazo a Facebook, últimamente entraba poco porque no quería saber sobre Lucas en esos momentos en los que mis dudas sobre si contarle que iba a ser padre eran tan grandes.

Leí las decenas de notificaciones atrasadas que tenía y contesté a algunas. En Facebook me cuidaba mucho de que a alguien se le pudiese escapar algo sobre mi embarazo. Aunque en persona se lo había advertido, no podía

controlar las acciones de todos y a cualquiera se le podía escapar algo.

Vi una foto de Lucas con su mujer. Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando vi los de ella, se notaba que la adoraba.

Sin embargo, él tenía una mirada triste. Sonreía en el selfie, pero yo lo conocía bien y sabía que no era del todo feliz.

Eso, en parte me alegró, ojalá me echase tanto de menos como yo a él, y una parte de mí sabía que lo hacía.

Suspiré profundamente y me decidí a poner un post.

“Siempre tenemos que ver el lado positivo de todo. A veces, cuando crees que la vida no te sonríe, es el momento en el que no sabes que es cuando más lo está haciendo”.

Sabía que el post podía da lugar a confusión por parte de Lucas, pero no me importaba, es lo que sentía en ese momento al recordar cómo mi bebé estaba cambiándome la vida. Que, aunque siempre amara a su padre y no lo pudiese olvidar, mi bebé siempre sería parte de los dos.

Sonó el timbre y me levanté a abrir la puerta.

—¡Hola! —Patricia me dio un gran abrazo—¿Cómo está la mamá del que será el bebé más precioso del mundo?

—Eres una exagerada —reí, pero aliviada porque ya estuviera de vuelta.

—Sí, claro. Mi sobrino, o sobrina, será lo más cuqui, ya verás —entró en la cocina y dejó un par de bolsas.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Comida —comenzó a sacar tupper de las bolsas.

—Ya estoy comiendo bien —le recriminé mientras abría uno y veía el contenido—, eres muy exagerada.

—Puede ser —abrió el congelador y los metió dentro—. Pero como a mi madre he tenido que dejarle varias comidas hechas, pues ya hice de más y así tenemos para unos días y no tenemos que preocuparnos de hacer de comer o

pedir comida —se encogió de hombros.

—¿Te apetece un café?

—La verdad es que sí. El que usa mi madre es horrible y no hay manera de que me deje usar el que me gusta.

Me puse a preparar ambos cafés mientras ella terminaba de recoger el contenido de las bolsas.

Un rato después estábamos las dos sentadas en el sofá con la taza en las manos.

—¿Sabes algo de Lucas?

—No, hace un rato puse una frase en Facebook que quizás lo descoloque, pero no miré nada.

—¿Has pensado ya si...?

No —la interrumpí—, aún no sé si se lo diré.

Cogí la tablet y revisé Facebook, ya me entró curiosidad.

Me puse nerviosa al ver que le había dado un Me entristece a mi última publicación. Leí en voz alta su respuesta.

“A veces sientes que la vida no volverá a sonreírte. Porque cuando te dio la oportunidad de una sonrisa perpetua, tú la rechazaste. Y ahora esa sonrisa no será nada más que un sueño”.

Comencé a llorar al entender su mensaje.

Él pensaba que jamás volvería a ser completamente feliz y eso me partía el alma. Si supiera que un pedacito de él estaba creciendo dentro de mí...

Mi amiga me abrazó y me consoló, como siempre.

El mes pasó rápidamente, ya estaba a punto de acabarse. Yo seguía igual, cada día con más fuerzas y muy animada pero no podía sacarme a Lucas de la cabeza, mucho menos del corazón.

Lo echaba de menos terriblemente y el estar ocultándole mi embarazo

tampoco me hacía sentir mejor. Pero por ahora no iba a decirle nada, aún necesitaba tiempo para pensar sobre qué tenía que hacer o no.

Patricia siguió apoyándome como siempre. No se separaba de mí. Incluso el anterior fin de semana me dijo que la acompañara a ver a su madre.

En principio me negué, pero con lo persuasiva que era, la negativa no me duró demasiado tiempo. Pasamos el fin de semana en casa de su madre y también así se lo hice más amenos a ella, cosa que me repitió y agradeció muchas veces, a lo que yo respondí que no me diera las gracias, que demasiado hacía ella a diario por mí y que qué menos podía yo hacer por ella.

La verdad que no sé qué hubiera sido de mí sin Patricia, sola con toda esa situación.

Volvimos a casa y a la rutina. Ya quedaba poco para que llegara el mes de junio y, sobre todo, poco para la visita programada que tenía con el doctor y en la que quizás me dijera el sexo del bebé.

Aunque eso era lo que menos me importaba, que estuviera sano era lo único que quería escuchar.

—Mantenme informada de todo, por favor te lo pido, Dana.

—Claro, no te preocupes, te mantendré informada, te quiero.

—Yo también, cariño, estoy deseando conocer a mi sobrina.

Antes de entrar a la primera tienda de ropa de bebé, algo me decía que se debía de llamar Carlota, como mi madre, en ese momento decidí que se llamaría así.

Entré a la tienda y me fui para la parte donde era de bebé de 0 a 3 meses, evidentemente había muy poca ropa ya que estaba la temporada de verano y mi bebé nacería en diciembre, así que cogí unos cuantos bodys de mangas largas, además de unos biberones preciosos que vendían allí, veía todo tan cuqui que me daban ganas de arrasar con todo. También compré 6 baberos con unos dibujos muy bonitos, eran como de una muñeca de diferentes formas subiendo en globo, pero todo en tonos muy de bebé.

Esta vez sí compré a gusto, no como esas en las que Patricia y yo estábamos sin saber si sería niño y niña y no nos atrevíamos a comprar lo que realmente nos gustaba, aunque tenía unas cosas preciosas guardadas.

Seguí caminando hacia una tienda de muebles, nada más entrar vi la que sería la habitación de Carlota, era preciosa, menos mal que su habitación era espaciosa y podía meter todo lo que quisiera. Compré la habitación que estaba compuesta por una cama con una barrera para que no se cayese, una gran cómoda, un buen armario y 3 estanterías, todo eso sería para su habitación, pero aparte compré una preciosa cuna para la mía, que sería donde estaría su primera etapa de vida.

El chico de la tienda de muebles me dijo que me lo podía acercar esa misma tarde, yo me puse loca de contenta ya que tenía preparada y vacía esa habitación, así que quedamos que a las 4 estarían en casa.

Seguí paseando y entré en una farmacia, compré dos chupetes más y un lote de productos de higiene de recién nacido, dejaría todo bien colocadito esa tarde en su habitación.

No paraba de recordar a Lucas y sentía la necesidad de llamarlo o ponerle un mensaje, pero no me atreví a hacerlo y no sabía si iba a ser la decisión más acertada.

Me tiré hasta las 2 de la tarde entrando en tiendas y comprando cosas para Carlota, luego me fui a comer a un kebab, de allí salir hacia mi casa que en un rato me traerían la habitación de mi pequeña.

Al llegar a casa le limpié el suelo para cuando las cosas llegaran solo tener que barrer y volverle a pasar la fregona, estaba muy ilusionada porque esa tarde la iba a pasar colocando cositas de mi pequeña. Así que saqué las pocas cosas que había comprado anteriormente y lo preparé todo para colocarlo en el lugar adecuado cuando llegaran los muebles.

La puerta sonó, rápidamente empezaron a descargar muebles y colocarlos en la habitación, en menos de una hora ya estaba montada la preciosa habitación.

Cuando se marcharon, barrí la habitación, seguidamente limpié el polvo y luego le pasé una fregona, esperé a que se secará y luego entré a colocar la ropita que había comprado, así como las demás cosas.

Estaba todo tan cuqui, se me caía la baba en esa habitación, me tocaba la barriguita y le comenzaba a hablar, en esos días ya se notaba ligeramente de que estaba embarazada.

Patricia tenía ese día muy ocupado así que cuando vino a verme, se quedó con la boca abierta al ver la que había montado yo sola en un momento. Eso sin contar la bronca que me echó por no haberla avisada ya que ella también le quería comprar cosas a Carlota o haberme esperado para que me ayudase a decorar la habitación. Pero me riñó con una sonrisa, entendiendo mi impaciencia.

Me tiré todo el fin de semana de compras de cosas para mi bebé, hasta 2 paquetones de pañales.

Últimamente no salía conectado Lucas en Facebook y yo me había propuesto guardar silencio hasta que él decidiese ponerse en contacto conmigo, si no lo hacía, jamás desvelaría el secreto, y si lo hacía, según como me entrase se lo comentaría o no... No quería destrozarle la vida, aunque por otro lado también le debía una explicación a Carlota cuando fuese más mayor y quizás ella quisiera en esos momentos ir a buscar a su padre, que también sería una faena ya que a él seguramente le hubiera gustado enterarse y no cuando ya fuese mayor, tenía un cacao impresionante en mi cabeza.

Pase mi última semana de instituto antes de las vacaciones, todo el mundo me tocaba la barriga ya que de repente parecía que había salido fuerte el bombo, yo estaba muy ilusionada, aunque no se me quitaba de la mente Lucas, no podía olvidar al que yo consideraba que había sido mi gran verdadero amor.

El último día de clase me sorprendieron todas mis compañeras con una cesta gigante llena de cosas para mi bebé, desde colonia a productos de higiene, sonajeros, biberones, un albornoz precioso y algunos leotardos.

Muy emocionada por aquel detalle que habían tenido conmigo y ya que yo no volvería en septiembre porque comenzaba mi baja, luego tras el parto tendría otros 4 meses de baja maternal, entre una cosa y otra no me incorporaría hasta mayo.

Fui loca de contenta hacia mi casa ya que tenía ganas de colocar esa cesta en lo alto de la cómoda, ya que no la abriría y la dejaría así tal cual hasta el nacimiento de Carlota. Patricia me ayudó a colocar las cortinas que había comprado en una boutique especializada en ropa de habitación de bebé, a conjunto compré también en la colcha para la cama y quedó tan bonito todo puesto que me emocioné y empecé a llorar.

El sábado por la mañana me fui a recoger a Patricia para pasar el día deambulando por la ciudad, teníamos ganas de despejarnos, tras un buen desayuno pasamos por una tienda donde vendían los carros de bebé, nos miramos y entramos directamente y al final salí con uno, lo llevamos a mi casa y lo dejamos en la habitación de Carlota, era tan bonito que me costaba salir de allí y dejar de mirarlo.

Volvimos a perdernos por la ciudad, indudablemente terminamos comprando más cosas que íbamos cargando en bolsas, a ese paso me estaba fundiendo rápidamente la paga de julio, pero es que me parecía todo tan bonito que no podía dejar de comprarlo.

Luego nos fuimos a comer a un McDonald ya que teníamos ganas de probar algo de comida basura, que no solíamos hacerlo ya que éramos de comer más comida casera. Tras pasar la tarde también de compras por la ciudad, nos fuimos a mi casa a cenar unas pizzas que habíamos comprado por el camino.

Tras cenar nos fuimos a la habitación de Carlota a colocar todo lo que habíamos comprado, ella estaba tan emocionada como yo, Patricia no paraba de tirar fotos a toda la habitación y dijo que se le había ocurrido una cosa que

le faltaba y que en breve la tendría, por supuesto me dejó con toda la intriga.

Tras un rato de charloteo nos despedimos y quedamos en volvernos a ver algún fin de semana que nos escapamos por ahí ya que ella se iba hasta septiembre al pueblo de su madre, nos dimos un gran abrazo y se fue llorando porque decía que tenía la sensación de que me dejaba sola.

Ya estaba oficialmente de vacaciones, así que me tiré en el sofá a ver un documental sin importarme la hora ni nada, de todas formas, al día siguiente era domingo.

Me desperté en el sofá de nuevo y maldije a los dioses. A este paso iba a parir allí, qué manía más tonta estaba cogiendo de quedarme dormida allí.

Me tomé el desayuno para uno de esos días en los que no tenía hambre: café, zumo de naranja, tostada con mantequilla y mermelada (me había dado por la de fresa cuando nunca la había soportado) y un croissant de chocolate. Poca, vaya...

Iba a acabar poniéndome como una vaca, pero no mi importaba, tenía demasiada hambre últimamente.

Me paré en la entrada del comedor y lo miré. No me apetecía descansar, estaba nerviosa y necesitaba hacer algo así que, cuando terminé de observarlo, me di la vuelta e hice lo mismo en cada una de las estancias de la casa.

Al final volví a acabar en la entrada de la cocina, cruzada de brazos y mordiéndome el labio sin saber qué hacer.

Podía hacer un poco de limpieza, nunca estaba de más, pero la verdad es que no me apetecía.

Resoplé, algo tenía que hacer.

De repente, como si una bombillita encendida en mi cabeza se encendiera, salí corriendo, todo lo que mi estado de preñada miedica me lo permitía, hasta el comedor de nuevo.

Cogí la tablet, la coloqué en posición encima de la mesa y busqué vídeos en YouTube. Ya estaba, iba a empezar a hacer gimnasia para preñadas.

Media hora después estaba tumbada en el suelo, con la lengua fuera y muerta

del cansancio.

Señor..., pensé, yo pensaba que esto sería más sencillo.

Tras levantarme decidí prepararme unos macarrones a la pamesana. Comí en la cocina mientras leía la novela que tenía empezada, fregué los platos, me arreglé y salí a pasear y bajar la comida.

Al volver a casa preparé la cena y me acosté. Al final el día no me había cundido mucho.

Capítulo 19

Mi primer lunes de vacaciones lo pasé revoleando en la cama hasta las 10 de la mañana, me apetecía darme una buena ducha y salir a desayunar a la cafetería que tanto me gustaba y así aprovechaba para comprar el pan y luego algo en el mercado.

Al llegar a la cafetería, nada más entrar me quedé helada al ver a Lucas sentado en una mesa a la vez que se levantaba con una sonrisa para recibirme, mientras caminaba hacia él le cambió el semblante al mirar mi tripa y deducir que eso no era normal.

—¿Qué tal estás, Dana? —decía mientras me cogía por los hombros y me daba dos besos.

—Estoy bien —dije casi titubeando.

—Siéntate, por favor.

Yo no podía casi ni hablar, estaba temblando y lo miraba fijamente a los ojos, no me podía creer que lo tuviera delante de mí.

—Dana... ¿Estás bien de verdad? ¿Por qué tienes esa tripa?

Me quedé perpleja por sus preguntas, no podía mediar palabra, él me miraba esperando a que le respondiese.

—Lucas, ¿qué haces aquí? —pregunté evitando responder tan rápidamente.

—Pues como habrás podido leer en el Facebook, Julie está en su mejor momento y debe de aprovecharlo, así que se ha ido todo el verano a hacer otro trabajo —dijo recordándome lo de Facebook—, me he cogido todo julio y estos días de junio de vacaciones, agosto lo he pedido libre sin remuneración, me lo han aceptado, así que prefería venirme a estar en verano aquí que pasarlo allí solo.

—Ya lo tenéis que cobrar bien para poderte permitir el estar pidiendo tantos

meses libres.

—Bueno, no somos ricos, pero tenemos un buen sueldo cada uno y ella cada vez que sale le pagan bastante bien, lo bueno que cuando estoy trabajando mucho y en mi empresa me lo agradecen bastante. Pero te toca responderme. ¿Y esa tripa?

—Estoy embarazada —le solté sin paños calientes. Yo y mi sentido del tacto...

Me miró con cara sorprendida.

—¿Tan rápido? No pensé que te fueses a enamorar tan rápido, ahora entiendo tu frase del Facebook, pero si tú estás feliz, me alegro mucho por ti, Dana, te lo mereces —dijo con cara de tristeza.

Me quedé fría mirándolo, se notaba que era hombre y no calculaba las fechas porque no era normal que yo tuviese esa barriga y fuese posterior a él.

No sabía si responderle lo que no me atrevía a decirle o seguir la historia que él había conspirado, en ese momento opté por callarme.

—¿Quién es tu pareja? ¿Lo conozco? —preguntó intrigado.

—No tengo pareja, he decidido tomar la maternidad en solitario.

—No me lo puedo creer... Y él se ha desentendido, entiendo.

—Prefiero no hablar de ello.

—Dana, no me esperaba esto para nada, venía con mucha ilusión por verte, y sigo con las mismas. Si me permites que esté a tu lado, aunque sea como amigo, que sepas que te quiero mucho y puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias, Lucas.

Mientras desayunaba no paraba de rayarme por el tema de que iba a pasar el verano aquí, tenía ganas de contarle la verdad, pero en esos momentos no me atrevía.

—¿Me permites que te invite a comer? —preguntó poniendo cara de pena.

—Si quieres vamos a mi casa, compramos algo y lo cocinamos allí, me gustaría hablar contigo y enseñarte algo.

—Claro, me parece una genial idea, pero cocino yo, tú ahora estás para que te mimen y te cuiden, así que déjalo en mis manos.

Seguía tan atento y cariñoso como siempre, yo solo tenía ganas de abrazarlo y echarme a llorar contándole todo, creía que el momento perfecto sería la hora de la comida y me iba a liar la manta a la cabeza y contarle toda la verdad, si quería seguir viéndome en verano que fuese sabiendo la realidad del asunto, y si no seguiría, yo como siempre, esperando el nacimiento de mi bebé, por mucho dolor que me causara, pero no se merecía que lo estuviese engañando.

Fuimos a la plaza y compramos unas doradas para hacerlas al horno, cuando llegamos a mi casa se puso rápidamente a prepararlas. Tras dejar la horneando le dije que me acompañase a la habitación de Carlota, ese nombre le gustó mucho.

—Pero Dana, ¡la que tienes montada ya aquí! Qué cosa más bonita, se nota el buen gusto que derrochas.

Se puso a toquetearlo todo e investigar los cajones y armarios revisando todo lo que había dentro, su rostro transmitía una sonrisa de gustarle todo lo que estaba viendo.

Volvimos a la cocina y me dio un fuerte abrazo, luego me agarró las manos y me dijo que no me imaginaba cuánto me había echado de menos y lo mal que lo había pasado, luego me dejó caer entre risas que él pensaba que yo estaba igual y no perdida en los brazos de otro hombre, rápidamente le corté.

—Lucas, tenía que hablar contigo y no sabía en qué momento podría hacerlo, incluso si no hubieses aparecido no sabía si iba a sacar el valor y el momento de hacerlo. Estoy embarazada de 3 para 4 meses, haz las cuentas, por favor, no estado con ningún hombre aparte de estar contigo.

Su rostro cambió de repente y me apretó las manos más fuertes aún.

—¿Me estás diciendo que ese bebé es mío?

—Sí, Lucas, me enteré un mes después de irte, cuando escuché su corazón me di cuenta de que debía de seguir hacia delante, pero no sabía si decírtelo

para no destrozarse tu matrimonio o ponerte en un compromiso, no quiero hacer nada que te pueda causar dolor o que te perjudique en tu vida, no quiero entorpecerte y entenderé cualquier decisión que tomes sin juzgarte por lo que decidas.

Estaba mudo mirando hacia el suelo con mis manos agarradas y no gesticulaba ni media palabra.

—No voy a andar con reproches, Dana, me haya equivocado o no. eso que llevas dentro de ti es de los dos, no deberías de haber dudado ni un momento en decírmelo. Me destrozó mi vida o no, es cosa mía, además que es algo que yo he hecho y que debo de asumir las consecuencias, para bien o para mal tengo derecho a saber todo lo que tenga que ver conmigo y más si se trata de un hijo —dijo mientras me apretaba contra él y me abrazaba.

—Lo siento, Lucas, lo siento.

—No tienes que sentir nada, pero déjame, por favor, tomarme un tiempo para asimilar y pensar todo. No estoy diciendo que vaya a desaparecer, es más, me voy a quedar aquí a tu lado todos los días, todo lo que dure este verano y decidamos cómo hacer las cosas y sobre todo yo decidir qué hacer con mi vida.

—Me parece perfecto, Lucas —dije mientras lagrimeaba por las palabras que él había tenido, sobre todo porque se iba a quedar aquí a mi lado, aunque fuese lo que durase ese verano.

Tras un largo abrazo y un beso muy bonito que me plantó en mis labios, nos sentamos a comer y me hizo mil preguntas sobre cómo había pasado los primeros meses de embarazo y qué me decían los médicos, además de explicarle que ya no me incorporaría hasta finales de abril al trabajo.

Cuando se levantó para recoger los platos vino hacia mí y me agarró por atrás acariciándome la barriguita, yo sentía que volvía a tocar el cielo con las manos, sabía que solo podía durar lo que durase el verano o que tomase una decisión, que algo me decía que no iba a tomar, pero yo estaba ahí dispuesta a disfrutar del tiempo que la vida me pusiese a su lado.

Luego nos fuimos al sofá a tumbarnos un rato y estuvimos abrazados charlando sobre cómo nos habían ido los meses anteriores. No paraba de decirme que, en el fondo, cuando su mujer le dijo que ese verano se iba, a él

le entró una alegría tremenda porque supo desde un primer momento que se venía para acá a verme.

La vida me volvió a poner en mi camino al hombre que más amaba y al padre de mi pequeña Carlota, ese granito de garbanzo como yo le llamaba.

Se pasó toda la tarde acariciando mi barriga e incluso apoyaba su cabeza por si iba a escuchar algo, ingenuo de él.

Tras toda la tarde vagueando en el sofá y en el que no me dejaba para nada levantarme, cosa que me hacía mucha gracia pues le recordaba que estaba embarazada no enferma, llamó a un chino para que nos trajesen comida asiática, cenamos y luego fuimos a su casa a coger ropa para traerse para acá.

Cuando acomodamos su ropa y objetos de aseos personales, nos tumbamos en la cama.

—Dana... —su voz sonaba preocupada y eso me alarmó.

—¿Sí?

—Esto... A ver cómo te lo digo...

—Pues diciéndolo —lo miré a los ojos.

—Ya sé que estás embarazada, pero yo soy bastante inexperto en esto —comenzó serio.

—Ajá... —me mordí el labio, intentando no reírme, pero ya me imaginaba por dónde iban los tiros.

—Y también sabes que te he echado mucho de menos.

—Sí...

—Y bueno —carraspeó—, cuando me dijiste que estabas embarazada y yo te ofrecí ser amigos y todo ese rollo...

—¿Sí? —lo animé a seguir cuando se quedó callado.

—Esto... ¿Podemos tener sexo, verdad? —terminó preguntando.

Yo, sin poder evitarlo, acabé partiéndome de la risa.

—Podemos y debemos —dije cuando pude hablar.

—Joder, menos mal, no puedo estar cerca de ti y no tocarte.

—Pero quizás mi cuerpo...

—Tu cuerpo me encantará esté como esté —me interrumpió al entender qué iba a decirle—. Yo me enamoré de ti, no de tu cuerpo.

—Me alegra saberlo —dije emocionada. Era una tontería pero que necesitaba es cuchar en ese momento.

—¿Podemos dejar la charla para después? —comenzó a quitarme la ropa lentamente.

Me reí y lo ayudé a desnudarme. Me sentí feliz cuando lo primero que hizo fue darme un beso en la barriga y acariciarla.

Lo quería tanto...

Y lo había echado tanto de menos.

Se puso a mi lado y me besó dulcemente. La pasión se desató rápido, pero él no me dejó acelerar el ritmo.

—Tenemos que ir con cuidado —dijo sobre mis labios—, podemos dañar al bebé.

No supe si poner los ojos en blanco o reírme, o tal vez las dos cosas.

Cuando estuvimos completamente desnudos, después de besarnos por minutos y viendo que él no sabía cómo actuar, hice que se apoyara de espaldas y me senté a horcajadas sobre él.

—¿Estás segura de que...?

—Lucas... —le advertí y se calló.

Me levanté un poco e introduje su miembro dentro de mí. Ambos gemimos ante la sensación.

Comencé a moverme lentamente mientras él jugaba con mis pechos.

No duramos mucho, nos deseábamos demasiado y había mucho tiempo que no estábamos juntos, así.

—Te eché de menos —dije cuando me tumbé a su lado y me apoyé en su

pecho.

—Y yo a ti —me dio un suave beso en la frente y nos quedamos dormidos.

Los tres días siguientes los pasamos en mi casa, charlando sobre cómo sería Carlota, riéndonos cuando el tema “novios” salía. Lucas ya tenía claro que no iba a dejar que ningún hombre la tocara y a mí me hacía muchísima gracia.

—Pues tú bien que me tocas a mí —le recordé.

—No es lo mismo —decía él.

Y ya está, con esa explicación acababa el tema. Hasta que yo tuviera ganas de picarlo un poco y volviera a sacarlo, no sin llevarme siempre una mirada de asesino por su parte.

Se le notaba relajado conmigo y eso me encantaba.

El viernes lo pasamos haciendo alguna remodelación en la casa: cambio de muebles de un sitio a otro, tirando algunas cosas... Todo para que Lucas se quedara tranquilo de que la casa era un lugar completamente seguro para su hija.

Yo ahí ya sí que tenía ganas de asesinarlo, me tenía de los nervios, pero me lo tomaba con humor.

El sábado decidimos pasar el día en un pueblo, algo un poco alejado de la capital, donde pudiésemos pasar el día sin que nadie nos conociera. Como siempre, nos hicimos decenas de fotos.

Comimos en un restaurante típico y me harté, pero sobre todo me di un buen atracón de dulces. Sabía que no era bueno y Lucas me lo recordaba, pero yo le decía que Carlota quería azúcar y colaba.

Estábamos pasando unos días entrañables y los dos estábamos felices de estar juntos.

Llegamos a casa y nos dormimos rápido, estábamos agotados.

El domingo nos despertamos y decidimos pasarlo de relax, viendo películas en el sofá. Encargamos pizzas a domicilio y no nos movimos del sofá para nada.

Esta vez fui yo quien eligió la película, no me fiaba de dejarlo de nuevo a su

elección.

Una vez en la cama, intenté buscarlo de nuevo. El embarazo me hacía querer más sexo, más de lo que habitualmente necesitaba. Aunque con Lucas era siempre, eso ya se me iba de las manos. Pero él, con el miedo, se sentía aún cohibido.

Y yo me estaba empezando a enfadar.

—Ya no deseas —dije triste.

—Cariño, por favor, no digas eso —me dio varios besos repartidos por la cara.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Ninguno, solo tengo miedo de dañar a Carlota.

—Lucas, por favor, no sigas con esas.

—Bueno, lo siento, es que me siento inseguro, a veces no sé si me paso de bruto y me da miedo.

—¿Crees que yo dejaría que hicieras algo que no debes? —pregunté ofendida.

—Claro que no —negó inmediatamente.

Le di la espalda, dispuesta a ignorarlo. Me abrazó por detrás y comenzó a acariciarme, primero lentamente, hasta que cogió mis pechos con las manos.

—Yo también te deseo locamente —me dijo al oído.

Me puse de cara a él y lo besé, desatando nuestra pasión.

Me bajé un poco, a la altura de su ombligo y, sin darle tiempo a nada, me metí su pene en mi boca.

El gemido que salió de su garganta me dio a entender que le estaba encantando. Me mandó parar antes de correrse, me ayudó a levantarme y a ponerme encima de él.

Hicimos el amor con delicadeza y sin dejar de besarnos. Nos dormimos abrazados el uno al otro, sonriendo por estar juntos.

Capítulo 20

El lunes por la mañana me despertó a las 9 diciendo que me levantase a desayunar y yo reprochándole que estaba en mis vacaciones y no tenía por qué levantarme temprano, él no paraba de reírse y decirme que me aligerase, que había quedado y teníamos que llegar a su hora.

—¿Que hemos quedado en qué? —pregunté sin entender nada.

—Venga, vístete y vamos a la cocina a desayunar que tenemos que irnos en 20 minutos. No preguntes nada, ya lo descubrirás.

Cuando llegué a la cocina, ya tenía todo el desayuno listo, así que me tomé rápidamente el zumo de naranja con una tostada y salimos a coger el coche. Me senté de copiloto y fuimos a la otra parte de la ciudad, aparcó delante de una consulta privada de Ginecología y lo miré asombrado, me dijo que adelante, que teníamos cita y que quería ver a nuestro bebé ya que no había tenido la oportunidad de asistir a la anterior ecografía, me entró una emoción y una alegría inmensa de saber que él también estaba deseando de ver a nuestra pequeña Carlota.

Estaba tirada en la camilla y él no dejaba de agarrarme la mano, cuando pusieron el aparato en mi vientre y empezó a escucharse el corazón y verse a nuestra hija, las lágrimas no dejaron de recorrerle sus mejillas.

Nos dieron la foto de la eco y salimos de allí felices de la vida por haber tenido ese encuentro con nuestra pequeña.

Él no me decía nada de los planes que le rondaban por la cabeza, ni yo le quería preguntar por ello, iba a dejar que fuese él el que me comentase los planes que tenía con respecto a nuestra hija.

Me encantaba ver cómo estaba tratando la situación y con la naturalidad que lo estaba llevando todo.

Nos fuimos a comer a un restaurante que había en un pueblo alrededor de

Lugo y que era una maravilla de lugar, además de hacer la mejor carne a la brasa de toda la zona.

—Dana, he estado pensando que la semana que viene nos podríamos ir unos días a pasarlo a las playas de la zona de Cádiz, hay un hotel todo incluido en Chiclana de la Frontera que es impresionante, tipo Caribe, podríamos irnos a pasar unas vacaciones de relax, ¿qué te parece?

—Bueno, viendo que ya no me tengo que ir en busca de mi amor para encontrármelo por las calles de Santorini, veo un perfecto plan irnos a Cádiz a pasar unos días —dije aplaudiendo de la emoción.

—Pues cuando llegemos a casa miro si hay disponibilidad y si no cogemos otro hotel, pero ir nos vamos.

—Me parece perfecto.

Tras la comida nos fuimos a descansar a casa, y mientras él se ponía en el ordenador a reservar, ya que había disponibilidad, yo me caía de sueño, estaba rendida, así que me dispuse a tomar una de esas relajantes siestas.

Por la tarde, al despertar, estaba viendo unos correos que le había enviado su mujer, se puso a contestarlos mientras yo me ponía a preparar algo de la merienda, quería dejarlo tranquilo contestando sin estar yo por medio pudiendo molestar.

Tras la merienda se fue un rato a visitar a sus padres, yo me quedé ordenando un poco la casa, me dijo que no lo esperase para cenar ya que aprovecharía para hacerlos con ellos y que no le reprochasen que no apareciera para nada.

Me sentí otra vez tan feliz que tenía miedo de que, si nos volvíamos a separar, esta vez no levantase cabeza, pero evidentemente estaba claro que en esos momentos era muy dichosa de poder estar a su lado.

Estaba deseando que llegase el lunes para irnos hacia Andalucía a pasar una magnífica semana en ese hotel tan maravilloso que nos esperaba, aunque él llevaba ventaja ya que podría aprovechar para tomar lo que quisiese en esas vacaciones y yo no podría hacerlo por mi estado de gestación, pero lo disfrutaría de igual manera.

Aunque faltaba una semana para las vacaciones, puse sobre la cama de la otra habitación la maleta y empecé a meter cosas, ya la dejé abierta toda la

semana para cuando recordase algo, meterlo.

Por la noche llegó Lucas, eran pasadas las 11, me dio un fuerte abrazo y me dijo que quería hablar conmigo.

—Les he contado todo a mis padres, les he dicho que no se metan en mis decisiones y que las estoy reflexionando tranquilamente, pero quiero que sepas que ellos van a estar ahí para apoyarte en todo lo que tenga que ver con Carlota, dicen que ante todo es su nieta y que después la decisión que yo tomé, la aceptaran y tendré su apoyo.

—No pensé que fueses a tener el valor de hacerlo y menos hoy, pero si era lo que necesitabas, me alegro de que lo hayas hecho y que te hayan respondido tan bien.

—Necesitaba liberarme, y sobre todo con ellos que son los pilares fundamentales en mi vida, van a ser abuelos y, aunque en la situación ahora es un poco delicada por mi estado civil, eso no quita que ellos tienen derecho a saberlo y sobre todo hay que afrontar todo lo que la vida nos va poniendo por el camino.

La verdad que Lucas era un señor de los pies a la cabeza, poco me había reprochado para la mala actitud que yo había tenido de no comentarle nada cuando me enteré del embarazo, gracias a que volvió esas vacaciones se enteró de lo sucedido, quizás de otra manera jamás se hubiese enterado.

Nos fuimos a la cama temprano ya que ese día había sido muy largo, aunque yo me había tomado una buena siesta, él no había descansado nada.

Nos dormimos abrazados, era una sensación tan fuerte que era imposible describir, mi alma se relajaba completamente cuando estaba entre sus brazos.

Por la mañana despertamos y fuimos a casa de sus padres, le habían llamado pidiendo que por favor que fuésemos, le dije que por supuesto le acompañaría si eran lo que deseaban.

Llegamos y su mamá me recibió con un fuerte abrazo, dándome las felicitaciones por el embarazo y el padre me dio dos besos y una sonrisa que me dejó calmada para entrar tranquilamente en su casa.

Me querían entregar algo que habían comprado un rato antes en la joyería de al lado de su casa donde tantas cosas compraba a lo largo de los años, les dije

que no debía de haberse molestado y me dijo que por su nieta lo que fuese.

Era una preciosa cadena de oro con un colgante con la imagen de un bebé, también una pulserita llamada esclava donde venía grabado “Carlota” y unas bolitas pequeñas de oro para su primera puesta.

Me emocioné al verlo y me cayeron algunas lágrimas cosa que la madre de Lucas vino rápidamente a abrazarme y a decirme que ahí estarían para ayudarme en todo lo necesario para que a la pequeña Carlota no le faltase de nada mientras ellos viviesen, les agradecí esas palabras enormemente.

Salimos de casa de sus padres con ellos hacia un restaurante a las afueras del pueblo a comer, se veían muy cariñosos y muy correctos, aunque yo los conocía de hacía años, ahora los estaba viendo desde otra perspectiva más cercana.

La comida se hizo muy amena y graciosa y no paraban de contarme anécdotas de Lucas cuando era pequeño.

Tras la comida los dejamos en su casa y nos fuimos para la mía, cogimos dos Coca Colas Zero y nos sentamos en el sofá y Lucas me desveló algo que no me esperaba.

—Mis padres nunca vieron con buenos ojos a Julie, nunca la atacaron y no me dijeron nada para ponerme en su contra, pero los conozco perfectamente y había dolor en ellos cuando me fui a vivir a Alemania con ella.

—No me esperaba eso Lucas —dije extrañada.

—Pues así es, además que se dieron una serie de circunstancias en las que noté que ellos intentaban apartarse de ella, evidentemente era porque Julie ponía una barrera infranqueable, aunque no lo dijese. Es muy buena persona, pero muy acaparadora, a ella no le hace gracia que yo me venga para acá, pero sabe que así ella se ahorra tener que venir en otro momento conmigo.

—Pues es una lástima ya que tus padres son dos grandes personas y no se merecen esos desprecios —dije furiosa de enterarme de esa revelación.

—Ahora contigo han visto el cielo abierto y estarán rezando por que haya un cambio grande en mi vida, pero indudablemente no se meterán en ninguna de mis decisiones.

—Te entiendo, en eso estoy de acuerdo, tu vida solo la debes de dirigir tú — solté, aunque en el fondo pensaba que debería de dejarlo todo y venirse aquí a mi lado y terminar de ser feliz con su familia y conmigo, es lo que más deseaba en este mundo, pero eso eran cosas que debía de decidir él.

—Muchas veces las cosas no son tan fáciles como otros piensan, aunque terminan pasando cosas que te enseñan que siempre hay algo más fuerte para demostrarte, que tampoco era nada del otro mundo lo anterior.

—No entiendo nada.

—Ya lo entenderás —dijo mientras me acariciaba la nariz un gesto de cariño.

Al día siguiente me preguntó Lucas si podía invitar a sus padres a comer. Yo le dije que, por su puesto, que ya era hora de que vinieran a casa. Me besó, muy contento con mi respuesta y se fue a llamarlos por teléfono.

Fui inmediatamente a la cocina para abrir el frigorífico y ver qué hacíamos de comer.

—Ni pienses en eso —me advirtió.

—¿En qué? —levanté la cabeza para mirarlo mientras entraba en la cocina.

—En cocinar.

—¿Cómo que no? Vienen a mi casa, tendré que comer bien.

—Y lo harán, pero no vas a cocinar tú.

—¿Acaso lo vas a hacer tú?

—No —dijo rápidamente.

—Bueno, ¿entonces? —pregunté ya desesperada.

—Mi madre ha aceptado con la única condición de que tú no fueses a mover un dedo. Ellos se encargarían de traer la comida a casa.

—Pero Lucas, ¿cómo demonios voy a invitarlos a mi casa a comer y dejar que ellos traigan la comida? —ahí ya no estaba desesperada, sino casi enfadada.

—Es lo que hay —se encogió de hombros—, la encargan en el restaurante de toda la vida, así que...

—Señor... —resoplé y me fui al cuarto. Él me siguió.

—Cariño, espera —me cogió del brazo.

—¿Qué? —pregunté con el ceño fruncido.

—Relájate, les gustas mucho. Esto no es una prueba, ¿me entiendes?

—Lo sé —suspiré—, lo siento, solo estoy nerviosa.

Lucas me besó y nos fuimos a cambiarnos.

Sus padres llegaron como una hora después y me abrazaron. Estaban encantados conmigo y eso se les notaba.

La comida fue muy agradable y me siguieron contando varias anécdotas.

Después de comer les enseñé la casa, disculpándome por no hacerlo hecho antes, cosa que les hizo gracia y me dijeron que no era necesario pedir disculpas por semejante tontería, pero yo me sentí avergonzada.

Lucas y yo dejamos la habitación de Carlota para el final.

Cuando abrimos la puerta y les mostramos el dormitorio, ambos se quedaron sin palabras. Incluso pude ver cómo se les llenaban los ojos de lágrimas.

En parte lo entendía, su hijo iba a hacerlos abuelos.

En ese momento, y sin poder evitarlo, me puse yo también a llorar. Lucas, sin decir nada a nadie, me llevó deprisa a la cocina y me preparó un té caliente. Sus padres nos llegaron rápidamente.

—¿Hicimos algo mal? —preguntó su madre preocupada.

Yo no podía hablar, solo negaba con la cabeza. Me dejaron un momento para que me relajara.

—Echo de menos a mis padres —dije al final.

—Oh, cariño... —María me abrazó—Lo entiendo. ¿Nos podéis dejar a solas?

—No —dijo Lucas negando con la cabeza.

—Lucas... —le pedí.

—Está bien —suspiró—. ¿Pero estás bien?

—Sí.

Lucas y su padre salieron y María y yo nos quedamos solas. Se sentó a mi lado y me cogió las manos.

—Mira, Dana, cuando Lucas nos contó que estabas embarazada —comenzó—, no me cogió por sorpresa.

Yo fui a decir algo, pero ella me hizo callar con un gesto de la mano. Me había dejado sorprendida.

—La vez que te encontré en el restaurante y te vi tan demacrada... Tu mirada al hablar de mi hijo... Lo mal que él lo estaba pasando... Que fuera exactamente al irse de aquí, cuando se había reencontrado contigo...

Até cabos y todo era evidente.

Sé lo que sentís el uno por el otro. También sé que tú estás sola en esta ciudad.

Por eso quiero que sepas que, a partir de ahora, no debes de sentirte así. Por supuesto que yo nunca seré como tu madre, pero quiero que confíes e mí y que sepas que a Carlota no le va a faltar de nada con sus abuelos.

Me emocionaron tantos sus palabras que la abracé directamente. Era algo que necesitaba oír.

Tras merendar, se despidieron y nos dejaron solos. Lucas estaba contentísimo al ver el feeling que había entre su madre y yo, y yo sabía que eso lo ayudaría mucho a la hora de tomar una decisión, o con las consecuencias de esta.

Cenamos algo ligero y nos fuimos a dormir.

Cuando vi que él estaba dormido, me levanté sin hacer ruido. Me preparé un vaso de leche caliente y me senté en el sofá, como tantas veces, mirando por el ventanal. Solo que en ese momento lo que veía era oscuridad, la noche iluminada por las farolas y la luna casi llena en un cielo donde las estrellas eran escasas.

Di un sobro a la leche y suspiré.

Esos días estaba siendo muy feliz, y que los padres de Lucas me hubieran

aceptado de tan buen grado ayudaba a aumentar esa sensación.

Pero volvía a estar como meses antes.

Sabía que él, de nuevo, no volvía a prometerme nada. Que ni él mismo tenía claro aún qué iba a ocurrir con nosotros. Por supuesto que estaba segura de lo que yo le importaba, y sobre todo nuestra hija, pero la decisión era suya, de nadie más.

Otra cosa que tenía clara era que, si esa vez volvía a dejarme, no podría soportarlo. Lo haría por mi hija, por supuesto, pero la separación sería mucho más dolorosa.

Maldije a la vida mil veces por ponerme de nuevo en esa situación, aunque no cambiaría ninguno de los momentos que vivía con Lucas.

Era el amor de mi vida y siempre lo sería, lo tenía claro.

Me terminé la leche y me acosté de nuevo. Me apoyé en el pecho de Lucas, quien me abrazó inmediatamente.

Cerré los ojos, decidida, como tantas otras veces, a vivir todo lo que la vida pudiera traerme con él y a intentar agobiarme, aunque era algo inevitable, lo menos posible.

Capítulo 21

Desperté ya con Lucas en la cocina preparando el desayuno y las maletas ya metidas en el coche. Para que cuando terminásemos de desayunar, salir hacia nuestro viaje con destino a Cádiz, que nos llevaría 7 horas sin contar las paradas que hiciésemos por el camino.

Desayunamos muy ilusionados y felices con ese viaje y él no paraba de sonreír y decirme que nos íbamos a desconectarnos del mundo a un rincón tan bonito como era aquel.

Yo nunca había estado allí, pero él sí, así que iba con muchísima ilusión. Había visitado un par de sitios en Andalucía y me habían encantado, pero jamás Cádiz. Así que me hacía muchísima ilusión hacerlo con él. La verdad es que todo lo que hacía con él era igual de especial, fuese lo que fuese.

A las 9 de la mañana ya estábamos en el coche metidos rumbo hacia el sur, en el sillón de atrás llevaba una cesta llena de chucherías y algún capricho que se nos pudiese apetecer por el camino.

Dos horas más tardes paramos en una gasolinera para llenar el tanque y comprar unos refrescos para el camino, seguimos hasta las 2 de la tarde para parar en una venta y comer, Lucas estaba muy feliz y animado y sobre todo muy cariñoso conmigo.

A las 6 estábamos entrando por las puertas del hotel, aquello era impresionante, tenía un pedazo de Hall de entrada desde donde se podía apreciar la amplitud de ese hotel y las piscinas con bar acuático que tenía, todo esto en una estampa frente al mar.

La habitación era más grande que mi casa entera, colocamos las cosas en el armario y en el cuarto de baño, me puse el bañador y nos fuimos hacia la playa a darnos un baño y ver el atardecer, nos sentamos en un chiringuito llamado Atenea, todo muy balinés frente a ese precioso mar que tiene las playas de Cádiz.

Lucas se pidió un Gin Tonic y yo un cóctel sin alcohol que estaba delicioso, vimos ese atardecer y luego nos fuimos a ducharnos a la habitación para cenar en el restaurante del hotel, donde nos pusieron un montón de especialidades de la zona como pescado frito y marisco. Yo tragaba como si el mundo se me fuese a acabar, además tenía excusa para echarle las culpas al embarazo.

Luego estuvimos en las terrazas del resort viendo alguna actuación del equipo de animación y tomando algunas copas, aunque yo seguía mi ritmo probando algunos cócteles sin alcohol, Lucas estaba totalmente asustado y no dejaba de beber Gin Tonic.

Volvimos a la habitación con una sonrisa en los labios, me estaba encantando esa ciudad.

Nos dimos una ducha y nos tumbamos en la cama.

—No me digas que tienes sueño —me medio tumbé encima de él, con la cabeza apoyada en mis manos y lo miré a los ojos.

—Depende de para qué —sonrió.

—Mmmm... Pues no sé. ¿Qué te apetece a ti? —pregunté, siguiéndole el juego.

—Comerte —dijo con una gran sonrisa en los labios.

—¿Y yo qué gano? —pregunté horrorizada mientras me tumbaba en la cama y él se ponía de lado, acariciándome los pechos.

—¿El mejor orgasmo de tu vida? —preguntó con las cejas enarcadas.

Me reí, no pude evitarlo.

—Menudo ego... —meneé la cabeza, como dándolo por imposible.

—¿Por qué estás vestida? —preguntó de repente al mirarme con atención.

—No estoy vestida, estoy en ropa interior.

Solíamos dormir desnudos, él lo estaba en ese momento, pero no sé por qué me sentía más cómoda en ropa interior estando embarazada.

—Lo que significa que estás vestida —dijo mientras me desnudaba.

—Eres un quejica —me quejé.

Pero él ya no me escuchaba, se puso a jugar con mi cuerpo.

Y acabó siendo uno de los mejores orgasmos, sin duda.

Por la mañana despertamos y, tras un gran desayuno en el buffet libre que había en el hotel, nos fuimos a coger el coche y tirar hacia la ciudad de Cádiz para pasear por su casco antiguo.

Llegamos a la tan famosa Plaza Mina y nos pusimos a tomar un vino, al cual yo me apunté, con una tapita en uno de los bares que había en esa plaza. De allí nos fuimos para comer frente a un muelle donde había en un lugar llamado Canaleja desde donde se podía observar que había atracado dos cruceros que hacían escala en esa preciosa ciudad, luego nos recorrimos todo el casco histórico de la ciudad y terminamos en una playita pequeña, pero preciosa, repleta de gentes del lugar llamada La Caleta, donde terminamos dándonos un baño y tumbados toda la tarde en aquel magnífico lugar.

De allí nos fuimos para el hotel ya que queríamos ducharnos, cenar relajados y disfrutar de las noches tan divertida que ofrecía el resort, esa noche había una actuación flamenca que levantó a todo el público.

Luego estuvimos un rato en la discoteca del hotel donde Lucas se tomó varios Gin Tonic y nos fuimos a dormir para al día siguiente seguir con nuestras rutas de la zona de Cádiz.

Ese miércoles desayunamos y decidimos pasar el día en San Fernando, así que aparcamos el coche en la tan famosa Venta Vargas donde había una estatua de Camarón de la Isla en la que nos tiramos unas fotos y paseamos un rato por toda la Calle Real hasta la zona Del Carmen, que se encontraba por allí también la Peña Camarón de la Isla, donde entramos para tomar una cerveza y tirarnos unas fotos. Más tarde volvimos andando hacia la venta Vargas para comer en tan emblemático lugar donde fue todo una exquisitez de sabor y sobre todo con una gran calidad de servicio.

Luego cogemos el coche y nos fuimos a la playa de Camposoto, a darnos un baño en esa preciosa playa antes de volver al hotel.

Cuando llegamos a la habitación, Lucas recibió una llamada de su mujer y salió a la terraza a hablar con ella, yo me metí en la ducha para ir aligerando y dejarlo hablar tranquilo con su mujer, me ponía en su lugar y tenía que ser

una situación bastante tensa.

Me vestí y aún seguía hablando por teléfono así que me tiré en el sofá a ver un poco la tele mientras que él terminaba de hablar.

Entró hacia dentro con la cara muy agobiada y le pregunté si se encontraba bien y me dijo que sí, que no me preocupase, que se daba una ducha y que enseguida estaba conmigo.

Me quedé muy preocupada por aquella situación ya que no sabía de qué habían hablado y a él se le notaba muy afectado, cuando salió de la ducha se vistió y me dijo que fuéramos a cenar, estaba un poco escueto, pero cuando salimos de la habitación me abrazó y me dio un beso en la cabeza.

En la cena yo estaba esperando a que me contaste algo, pero no abrió la boca, solamente me hacía gestos de cariño con su mirada.

Tomamos una copa y nos fuimos a dormir rápidamente.

Por la mañana, tras el desayuno, cogimos el coche y nos dirigimos a pasar el día en Conil de la Frontera, era un jueves precioso donde las calles estaban súper animadas y el lugar se veía muy acaparado por el turismo. Estuvimos viendo tiendas de por allí y comprando alguna que otra cosa y luego nos fuimos a comer a un restaurante a pie de playa, alquilamos unas hamacas y pasamos toda la tarde tumbados en esa playa.

Luego nos fuimos al hotel a cenar y quedarnos de copas allí, Lucas ese día estaba un poco evasivo. Aunque sería muy cariñoso conmigo, yo sabía que algo le preocupaba y le rondaba la cabeza, pero no me atreví a preguntarle, no quería agobiarlo.

El jueves lo pasamos todo el día en el hotel ya que queríamos disfrutar del resort y de esa magnífica piscina que tenía un bar dentro, pero por la tarde bajamos a la playa a darnos un baño y quedarnos en el chiringuito de allí que tan bien se estaba, incluso cenamos allí, el atardecer era perfecto y hacía que el entorno fuera único.

Lucas estaba más cariñoso de lo normal, pero seguía muy triste, esa noche se durmió abrazado a mí como un niño chico y yo no paraba de darle vueltas a la cabeza y sentir que su situación era muy difícil y sobre todo a lo que se iba a tener que enfrentar a partir de ahora, ponerme en su lugar era lo que me hacía comprender el dolor tan grande que debía de estar pasando.

El viernes habíamos decidido ir a pasar el día a los Caños de Meca, era increíble el lugar y su playa, había un ambiente muy hippie y bohemio, se respiraba un aire muy peculiar que invitaba a disfrutar de un precioso día en aquel lugar. Lucas no paraba de echarme fotos enseñando tripa, estaba siempre pendiente acariciarla y grabar el momento, me tenía aburrida con tanta foto, pero la verdad que consiguió sacar algunas instantáneas que iban a permanecer siempre para recordar aquel momento, sobre todo presumiendo de barriga.

Cuando volvimos al hotel eran las 12 de la noche, habíamos cenado en Los Caños de Meca, estábamos tan cómodos en aquel lugar que se nos pasó el día volando.

El sábado por la mañana decidimos irnos a pasear por los centros comerciales de Jerez y el Puerto de Santa María, compramos cosas para Carlota y disfrutamos de lo fresquito que se estaba en esos lugares, volvimos al hotel a las 7. Él recibió otra llamada, así que me tiré en el sofá mientras él estaba fuera, en la terraza charlando, con su mujer, pero de vez en cuando lo veía a lo lejos y, por su semblante, no estaba la conversación siendo muy cómoda ya que él no paraba de mover la mano y decirle algo continuamente en tono muy enfadado.

Entró hacia dentro diciendo que como siguiese así, no le volvería a coger el teléfono más. Se fue a la ducha muy enfadado, me fui tras él para calmarlo y enjabonarlo con mucho cariño, para hacerle más llevadera esa incómoda llamada.

Tras un refresco y algo de sexo para aminorar la situación que estaba pasando, nos fuimos a cenar y a pasar una gran noche por el hotel, él se tomó dos chupitos con un Gin Tonic y ya empezó a ponerse en plan gracioso, cosa que agradecí ya que no me gustaba verlo de tan mal rollo.

Nos lo pasamos genial y estuvo toda la noche muy gracioso, cuando llegamos a la habitación cayó rendido, me dieron ganas de coger el móvil, esconderlo y no dárselo hasta la vuelta, pero estaba claro que no podía ser así, no podía quitarle algo que era suyo y menos aún prohibirle que hablase con ella cuando le apeteciese.

Despertamos en ese último día que pasaríamos en el hotel ya que al día siguiente saldríamos de vuelta hacia León.

En el desayuno Lucas estaba muy cariñoso y se puso más charlatán que nunca.

—Me encanta estar a tu lado, Dana, estoy deseando que nazca nuestra hija para verle la cara, seguro que se parece a ti.

—Lo mismo se parece al padre —dije guiñándole el ojo.

—Quiero que sepas que cuando termine agosto voy a ir para Alemania, cuando vuelva será para hablar contigo, pero quiero que sepas que pase lo que pase, voy a estar ahí como padre de mi hija.

No sabía si recibir eso con alegría o con dolor, parecía que me estaba diciendo que iba a hablar con su mujer y, si salía bien, se quedaría con ella, pero que no afectaría a su paternidad, pero estaba tan enigmático que prefería no preguntarle, así que sonreí como agradecida de que fuese a estar ahí a pesar de todo.

Pasamos el último día metidos en el Hotel, disfrutando del entorno y las comodidades que en él se ofrecían, estaba volviendo a revivir los momentos más bonitos de mi vida, me daba pena que la estancia en ese resort se acabase y que solo quedara esa noche, pero en el fondo sabía que me quedaba aun lo que restaba de julio y todo agosto, así que decidí no entristecerme.

Tras la cena, volvimos a la habitación y, tras prepararlo todo para irnos al día siguiente, nos dimos una ducha juntos.

—Me estoy poniendo horrible —dije con voz de pena mientras me miraba la barriga.

—No digas tonterías —se echó jabón en las manos y enjabonó mi cuerpo—, tú siempre serás preciosa.

Ese comentario me hizo sonreír, pero a la vez me puso triste por la situación que vivíamos los dos.

Lucas se dio cuenta, se enjuagó las manos y cogió mi cara entre las manos, mirándome fijamente a los ojos.

—No quiero volver a ver esa mirada de tristeza mientras estamos juntos, ¿ok? Te lo pido por favor.

—Ok.

—Bien... Ahora date una vuelta y enséñame qué es tan horrible —dijo bromeando

Le di un manotazo en el hombro.

—No seas idiota —reí.

Me besó profundamente mientras sus manos viajaban por mi cuerpo. Rápidamente se desató a pasión y terminamos haciendo el amor en la ducha.

Fue un poco difícil por la barriga que tenía, pero conseguimos hacerlo.

—Creo que vamos a tener que irnos olvidando de la ducha —dijo muerto de risa al salir.

Me ayudó a secarme y caímos rendidos en la cama. El viaje se acabaría en unas horas.

Capítulo 22

El viaje de vuelta fue muy tranquilo y él hacía muchos gestos de cariño hacia mi barriga, le encantaba tocarla y se asombraba de los cambios diarios que se percibían tan claramente.

Paramos varias veces por el camino para descansar y para tomar algo y llegamos a casa sobre las 9 de la noche. Estaba feliz por esta semana tan bonita que había pasado, pero por otro lado me daba la sensación de volver a revivir los momentos y que no sabía qué iba a pasar cuando se marchase, y más dejándome en duda con las últimas palabras que me dijo de que se iría y luego volvería a hablar conmigo.

Me metí en la ducha nada más llegar y luego empecé a colocar la ropa para lavar, recogí todo lo de la maleta lo antes posible ya que no me gustaba tener nada por medio. Lucas otra vez estaba hablando por teléfono con su mujer y se quedó en la puerta, paseando por la calle mientras hablaba con ella, lo pude ver por la ventana y un nerviosismo recorrió mi cuerpo ya que sabía que otra vez la estaba teniendo con su mujer y sus gestos eran de mucho enfado.

No entendía por qué no me contaba lo que estaba sucediendo, pero de todas formas esperaba a que él decidiese cuando debía de hacerlo o de lo contrario quedárselo para él ya que era algo que pertenecía a su vida y a su relación y no tenía por qué ir dando explicaciones a nadie. Ni siquiera a mí.

Entró con un cabreo enorme.

—Qué manera de sacarme de mis casillas, desde luego... con lo suavcita que parecía y la que me está armando, se está buscando que coja un avión, me plante donde está y le deje las cosas bien claras. Voy a ducharme, ahora vengo —dijo mientras negaba con la cabeza y se dirigió a la ducha.

Comencé a preparar unos sándwiches de pollo, no paraba de darle vueltas a la cabeza de qué pasaba entre ellos para que estuviese la situación de aquella manera y él estuviese tan enfadado cada vez que habla con ella.

Cuando salió de la ducha ya tenía la mesa preparada.

—No sé qué pasa entre ustedes, pero no quiero verte mal, Lucas, cuando

necesites desahogarte puedes hacerlo conmigo, sabes que jamás te reprocharé nada y no me meteré donde sé que no debo hacerlo.

—Lo sé, guapa, pero no quiero que entres más allá de donde no debes y además quiero que estés relajada con tu embarazo, no te preocupes por nada que sé cómo debo de arreglar todos los asuntos.

—No me cabe duda, pero me preocupa verte de esa forma, parece que te transformas.

—Me transforma, Dana, me transforma, está la cosa muy tensa, todo será cuestión de hablarlo cara a cara. Pero bueno, olvidemos y disfrutemos de nosotros —dijo mientras venía hacia mí para darme un achuchón.

—Quiero verte bien Lucas a mi lado o no, pero quiero verte bien, te mereces ser feliz, eres una gran persona —dije mientras me mantenía abrazada a él.

—Estaré bien, pero aquí la única que tienes que estar siempre bien eres tú, cariño, estás viviendo uno de los momentos más importantes que puede vivir una mujer, así que no te preocupes por nada y disfruta de este precioso momento.

—Pero tú me importas y verte sufrir y con esos cambios de humor me duele mucho, eres una persona muy tranquila y correcta, pero últimamente te veo perder los nervios cuando hablas con ella, no quiero verte así.

—Todo irá bien, confía en mí.

—Confío en ti, Lucas, y agradezco esto que estás haciendo de tomarte lo que me ha pasado, o lo que nos está pasando, mejor dicho, de la forma en la que lo has hecho.

—Pues no te preocupes por nada y cómete ese sándwich si no quieres que sea yo el que te lo tenga que dar como a una niña pequeña.

Tras la cena nos acostamos directamente ya que estábamos cansados del viaje, me desvelé varias veces al ver que él se movía y que no podía conciliar el sueño, se sentía muy mal y agobiado, la noche fue muy dura y yo hacía como si estuviese durmiendo, pero me estaba enterando de todo, estaba con los nervios a flor de piel, algo fuerte debía de estar pasándole.

Por la mañana se levantó rápidamente y se fue a preparar el desayuno, me

levanté inmediatamente y fui hacia allí, me recibió con un abrazo.

—Dana, tengo que hablar contigo —dijo en tono triste.

—Dime —contesté preocupada.

—Mi mujer lleva varios días insistiendo en que vaya a Egipto a pasar unos días con ella, dice que esta vez tiene el día más horas libres y que o voy o abandona el proyecto y se viene ya para acá.

—Ya empiezo a entender algo.

—Tenía previsto hablar con ella cuando volviese, pero viendo que esto puede acarrear unos cambios que no quiero que surjan, he tomado la decisión de ir para allá y hablar con ella de lo que tenía pendiente para hacer cuando volviese. Te pido por favor que me comprendas ya que debo de solucionar mi vida lo antes posible, he estado mirando los vuelos y salgo mañana para allá, cuando haya hablado con ella volveré aquí a hacer lo mismo contigo.

—Haz lo que tengas que hacer, Lucas, no te preocupes por mí.

—Pero me preocuparé siempre, esté o no esté a tu lado, no te quepa duda.

Otra vez con esa ambigüedad que me estaba matando y me estaba dejando con todos los nervios a flor de piel.

Disimulé delante de él y desayuné haciendo creer que estaba bien pero ya me estaba entrando la pena al saber que me iba a despedir de él sin saber cuándo volvería.

Compró el billete de avión a través de Internet y pasamos el día en el sofá abrazados casi sin mediar palabras.

Al día siguiente por la mañana lo acerqué al aeropuerto, de allí iría para Egipto haciendo escala en Madrid.

Nos despedimos antes de que el entrase por el control policial hacia la zona de embarque.

—Dana, ya ves que me llevo lo imprescindible, así que no sufras que volveré en estos días y hablaremos claramente, debes estar bien y no pasarlo mal pues Carlota lo percibirá y yo sé que tú no quieres que ella se sienta afectada —dijo mientras me abrazaba fuertemente.

—Ve tranquilo, no te preocupes por mí y arregla lo que tengas que arreglar para que seas feliz, Lucas, cuando quieras, aquí estaremos esperándote.

—Te veo pronto —dijo mientras me daba un beso en los labios y atravesaba el control de seguridad.

Me fui de nuevo rota por el dolor sin saber el tiempo que tardaría en volver a verlo, pero al menos esta vez sabía que volvería a hablar conmigo e incluso recoger sus cosas, pero me estaba desvaneciendo de dolor otra vez.

Llegué a casa y en todas las partes había algo de presencia de él, evidentemente tendría que volver a recoger todo, en el fondo tenía algo de esperanza de que sucediese cualquier cosa que nos hiciese estar juntos para siempre.

Estaba muy triste, pero a la vez algo me hacía sentir mejor que la anterior vez, me tiré en el sofá a digerir todo lo que me había pasado durante este tiempo, tanto imprevisto y giros inesperados no me habían dado lugar a asimilar todo lo que había sucedido.

Encendí el aire acondicionado y cogí una lata de Coca Cola Zero, puse la radio y empezó a sonar la canción de Merche que parecía que venía en esos momentos como anillo al dedo.

Yo estaba con María en un bar cuando nos vimos por primera vez, nos encontramos y surgieron las miradas.
Los tres sonreímos y hablando la noche se hizo día,
sin quererlo me volví a enamorar.

Le deseo, le deseo tanto que me faltan fuerzas
para olvidarle y aceptar que quiere a ella.
Te deseo tanto, amor.

Hoy le visto pasar, iba con María caminando,
se les veía tan felices, tan unidos.
Que quise gritar, no, no, cómo me duele verlos besarse,
es mi mejor amiga y el niño de mi amor.

Le deseo, le deseo tanto que me faltan fuerzas
para olvidarle y aceptar que quiere a ella.

Te deseo tanto, amor.

Y cómo me hace sufrir, maldigo ese amor que hay en mí,
que ni puedo soñar con su boca,
lucharía si estuviera con otra.

Le deseo, le deseo tanto que me faltan fuerzas
para olvidarle y aceptar que quiere a ella
Te deseo tanto, amor.

Llamaron varias veces por teléfono y no lo cogí. A la hora o así llamaron al timbre. Me levanté a abrir.

—¿Cómo estás?

Sin pensármelo me abracé a María.

—Ay, María, sabía que esto iba a pasar —dije sollozando.

Me consoló un rato y me hizo sentarme en el sofá. Apenas hablamos, simplemente estuvimos sentadas, haciéndonos compañía. Un rato después se levantó y fue a la cocina. Apareció más tarde con un té caliente para cada una.

Nos lo tomamos en silencio también.

—No quiero que te preocupes por mí —le dije, rompiendo el silencio.

—¿Cómo no hacerlo?

—Intentaré estar bien, tengo un bebé al que cuidar —un amago de sonrisa apareció en mi cara.

—Sé que eres fuerte, Dana. Pero también quiero que sepas que no estás sola. Así que lo siento, pero me vas a ver muy a menudo.

Lo dijo como si para mí fuera un problema. Siendo sincera, por una parte, lo era, me recordaba demasiado a Lucas, pero agradecía el poder tener a alguien con quien contar. Sobre todo, porque Patricia no estaba aún en la ciudad.

La echaba mucho de menos.

Con ella todo sería más “fácil”, si es que eso era posible, pero al menos sabía que me distraería más.

Tuve ganas de nombrar a su hijo varias veces, preguntarle qué era lo que sabía exactamente, pero me contuve.

Se despidió un poco más tarde, quedando en estar pendiente a mí. Lucas le había dado tiempo atrás mi número de móvil, así que no necesitaba nada más.

Cuando se fue, preparé la bañera con mis sales favoritas, me recogí el pelo para no mojármelo y me metí en ella largo rato. Tenía la tablet cerca con música irlandesa de fondo, a ver si Así conseguía despejarme.

Cuando el calor del agua comenzó a desaparecer, salí de la bañera, me sequé y me puse una camisa de Lucas. La acerqué a mi nariz varias veces, aún conservaba su olor.

Eso en parte me alivió, pero también me hizo llorar más.

Me acosté, decidida a dormir como fuera, ya no por mí, sabía que iba a pasarlo mal, sino porque ya no podía pensar primero en mí, Carlota era lo más importante y necesitaba que yo me encontrara bien. Tantas emociones no eran buenas para ella. No sabía cómo iba a hacerlo, pero conseguiría llevarlo lo mejor posible.

María apareció a la mañana siguiente con un bizcocho de limón que había preparado para mí. La recibí encantado, con un gran abrazo y un beso enorme. Me hacía mucho bien su compañía y el cariño que demostraba tenerme.

Otra vez se marchó sin decirme absolutamente nada de Lucas.

Desesperada, y sin saber qué hacer, decidí llamar a Patricia. Me cogió el móvil al segundo tono.

—Hola, mamá preciosa —dijo con voz cantarina.

—Hola.

—Espera... ¿Por qué esa voz? ¿Qué está pasando?

Le conté todas las novedades, lo que había vivido con Lucas, sus discusiones con su mujer, cómo había conocido a sus padres y el apoyo que me habían

dado, lo que pensaban de su nuera, el ultimátum de ella para con Lucas y cómo él había decidido ir a verla, prometiéndome que, decidiera lo que decidiera, al menos volvería a darme una explicación.

—Lo siento mucho, cariño, pero tienes que pensar en Carlota.

—Lo sé y lo hago, solo que no es fácil.

—Claro que no debe de serlo, me lo imagino. Pero él prometió volver, fuera para lo que fuera, confía en él. Ya no por él ni por ti, seguro que lo hará porque debe hacerlo por vuestra hija.

Eso también lo sabía, por supuesto.

—Lo echo mucho de menos —me aguanté las ganas de llorar.

—Pues claro que lo echas de menos, si lo hiciste la otra vez, imagino ahora. Pero cariño, tienes que hacer un esfuerzo y confiar un poco en la vida. Sobre todo, en su palabra.

—Gracias por estar ahí.

—Las gracias a los curas —pude oír la risa en su voz—. Ahora dime, ¿estás comiendo?

Puse los ojos en blanco, ya tardaba, pero en el fondo me divertía la situación.

Le conté que la madre de Lucas vino a casa y me trajo un bizcocho y le prometí que comía bien.

—Ya queda menos para que yo llegue —dijo como si eso solucionara todo.

No lo haría, pero sí me ayudaría a sobrellevarlo mejor.

Nos despedimos y le prometí llamarla a diario.

Las horas pasaban y yo no conseguía evadirme con nada. Pero al menos estaba más serena, al menos había dejado de llorar.

Intenté varias películas, pero nada, no tenía cabeza para eso. Entré en Facebook y eché un buen rato leyendo posts de amigos y comentándolos, pero al momento me aburrí también.

Desesperada de nuevo, me bajé un juego y al menos pasé un buen rato mientras intentaba aprender, hasta que acabé desquiciada y casi sale la tablet

volando de la mala leche que me entró cuando volví a quedarme sin vidas.

Así no se puede..., refunfuñé mientras iba a la cocina.

Y así pasaron los primeros días sin Lucas. A ratos un mar de lágrimas, aunque cada vez duraban menos, era muy consciente de que estaba embarazada y que esa tristeza que me embargaba podía perjudicar a mi bebé e intenté evitarlo al máximo.

El fin de semana se hizo intensamente largo, pero con las visitas de María, que aparecía de vez en cuando con cualquier excusa cuando yo sabía que era para traerme comida y ver que no andaba tirada en el suelo llorando, y las llamadas interminables de Patricia, se me hizo más llevadero.

El domingo decidí hacer un poco de limpieza general para matar el tiempo. Acabé agotada, la barriga me molestaba más de la cuenta, así que me acosté rápido y me puse a leer hasta que el sueño hizo mella en mí.

Capítulo 23

Desperté a las 10 de la mañana de ese lunes tan triste como había amanecido, me fui hacia la cocina y me eché un vaso de zumo mientras me preparaba una tostada, miré el móvil y tenía un email de Lucas, el corazón se me paró por un instante y sentí hasta miedo de abrirlo.

“Querida Dana, espero que estés bien y que nada haya cambiado en estos días, no te preocupes por mí, estoy terminando de solucionar todo lo que me preocupaba y en breve estaré allí para que podamos hablar tranquilamente.

Espero que la pequeña no te esté dando mucho movimiento dentro de esa barrigota, dile de mi parte que extraño poner mí oído en ella, dile que la quiero mucho, al igual que a su mami.

Hasta pronto.

Papi”.

Pues el email me dejaba igual, sabía de sobras que él quería mucho a Carlota y estaba demostrando que iba a estar ahí pasase lo que pasase, pero no sabía cuál era su situación, quizás le estaba contando la historia a la mujer y ella lo perdonaba, y él seguiría con ella a pesar de hacerse cargo de nuestra hija, quizás eso de hablar conmigo sería para despedirse de mí en el tema sentimental.

Millones de ideas rondaban sobre mi cabeza.

De repente sonó la puerta y me di cuenta de que sería la mamá de Lucas, al abrir la puerta rápidamente me dijo mientras entraba:

—Algo no va bien, Dana, algo no va bien.

—¿Por qué dices eso?

—He recibido una llamada por parte de mi hijo, después de yo hacerle unas cuantas preguntas y no responderme, casi no podía hablar y me decía que no sabía si vendría hoy o dentro de un mes, que ya me comentaría, yo le pedía explicaciones que no se atrevía ni a responder y evadía despidiéndose y queriendo cortar rápido la conversación.

—Espera, que voy a mirar a qué hora me mandó un email que he leído hace un rato.

Me di cuenta de que era de la noche anterior, me escribió sobre las 3, hora española, si esa llamada había sido de esa mañana, había podido suceder algo.

—Estoy segura de que no está bien, conozco a mi hijo, debo de coger un vuelo a El Cairo, él está allí alojado en un hotel que tengo el nombre, nunca me he fiado de su mujer y no voy a permitir que le suceda nada, es capaz de manipularlo y hacer cualquier cosa para que él no vuelva.

—Pero no puedes ir sola y yo no puedo acompañarte porque si me ven allí puedo liar el asunto mucho más, deberías de volverla a llamar y decirle que te llame lo más urgente posible cuando estés solo.

—Eso le decía yo, pero me decía que me esperase a tener noticias de él, pero no voy a esperar, voy a coger el primer vuelo que salga con mi marido y me iré para allá.

—No sé en qué puedo ayudar, me siento impotente —dije mientras nos abrazábamos.

—Tú espéranos aquí, a mi hijo lo traigo de vuelta. Además, aquí le está esperando su hija y no hay nada más importante para él que ella, así que lo traeré de vuelta adonde tiene que estar. De todas formas, sé que ella controla hasta cuando habla conmigo, está obsesionada y es muy manipuladora, es capaz de intentar dejarlo todo el tiempo que tenido allí hasta que ella vuelva.

—Pero Lucas no es tonto y se habrá qué hacer.

—Mi hijo es muy noble y es capaz de aguantar cualquier situación para no verla sufrir ni llorar, él no es capaz de salir de esta situación solo, te lo digo yo. Prefiero ir, armarme de valor y conseguir hablar a solas con mi hijo,

tengo derecho, soy su madre y no voy a permitir que ella se interponga más entre nosotros.

—Ten mucho cuidado, por favor, y mantenme informada en la medida de lo posible, te lo agradecería.

—Vale, cariño, cuídate que ahora tendrás que estar sola un tiempo mientras volvamos, espero que todo se solucione en pocos días.

Nos fundimos en un abrazo y se fue como alma que llevaba el diablo, corriendo para su casa para preparar todo para irse.

Me quedé muy pensativa por todo lo que me había dicho y me daban ganas de salir con ellos hacia Egipto, pero sabía que podía entorpecer o liarla mucho más, además si él había decidido quedarse con ella, yo no pintaba allí nada y podría causarle un gran problema.

Volví a prepararme otro zumo y me senté a asimilar todo lo que había sucedido en ese momento, indudablemente era lunes, como no podía ser menos.

Un rato después volvió a llamarme por teléfono la mamá de Lucas.

—He recibido una llamada de él y me ha dicho que está de camino hacia Alemania a terminar de arreglar unos asuntos, me ha dejado fuera de juego, menos mal que aún no había comprado los billetes de avión para Egipto. Le he dicho que tenía ganas de vernos y que iba yo también para Alemania y me ha pedido por favor que ni se me ocurra, que en estos días nos veríamos, que por favor le dejase a él resolver sus asuntos.

—Pero ¿vuelve con ella?

—No lo sé, me ha dicho que nada más aterrice en Alemania me llamará, sé que lo hará pues sabe que, si no lo hace, me encajo allí, él ya me conoce de sobras. Pero algo me dice que no está bien y que está pasando una situación delicada.

—Qué incertidumbre más grande, yo me siento impotente y no soy capaz ni de llamar ni de escribirle para no liarla.

—Mejor, cariño, yo espero que me llame, sino mañana salgo directa para allí, vamos, que no me lo pienso.

—Si te llama, por favor, mantenme informada.

—Claro, cariño, ¿por qué no te vienes a casa a comer con nosotros?

—No te preocupes estoy bien, comed tranquilos y descansar.

—Sé que estás bien, pero por favor, vente a comer con nosotros, nos hace ilusión recibirte en casa.

—Vale, dame un rato y estaré por allí.

Tras colgar el teléfono me dio mucha tristeza de pensar que Lucas lo podía estar pasando mal, imagino que no había nadie mejor que una madre para saber lo que le está pasando a su hijo, la intuición es el motor que lo mueve todo, sobre todo el de una madre.

Me metí en la ducha y no podía quitarme de la cabeza las palabras de su madre, tampoco el email tan escueto que me había escrito Lucas.

Luego me vestí y salí directa para su casa, por el camino recibí un mensaje de Lucas en mi teléfono.

“Invéntate lo que quieras, pero por favor no permitas que mis padres vengan para Alemania, todo está bien, hazme caso”.

No me esperaba para nada ese mensaje, me daban ganas de contestarle, pero no sabía si tendría su mujer al lado y la liaría parda, algo me decía que Lucas estaba haciendo algo que no quería que estuviesen sus padres presentes o que vieran eso. Mi cabeza no para de dar vueltas por esta situación tan desagradable que estaba pasando, ajena, todo impotente porque no podía hacer nada por ayudarlo en esos momentos.

Entré una floristería y compré un ramo de claveles que había preparado muy bonito, a la mamá de Lucas le cantaba las flores y seguro que le haría mucha ilusión recibir ese ramo.

Mientras iba caminando, me llamó Patricia, le conté lo que estaba sucediendo y se echó las manos a la cabeza.

—Ese hombre está recogiendo todo en Alemania y va a ir para España definitivamente, acuérdate.

—¿Tú crees, de verdad?

—Estoy segura, solo hay que ver sus mensajes y cómo aceptado tu embarazo para intuir que está arreglando todo para quedarse aquí, a tu lado.

—No estoy segura de ello, ojalá fuera cierto.

—Dale unos días y, sobre todo, relaja sus padres para que no vayan a hacer algo que pueda perjudicarlo.

—Te haré caso, amiga, te quiero.

Seguí caminando con el ramo en las manos hacia casa de los papás de Lucas.

La sonrisa en la cara de María cuando me abrió la puerta y vio el ramo de flores me hizo entender que le había encantado.

—Si es que te adoro —dijo mientras me daba un abrazo—. Pero pasa, cariño pasa. ¡Luis, mira lo que ha traído Dana! —gritó mientras iba a enseñárselo.

—Buenas tardes —saludé al padre de Lucas, estaba sentado en el sofá leyendo el periódico.

—Hola, Dana, ¿cómo te encuentras? —preguntó levantando la mirada del periódico.

—Bien, gracias.

—Luis, no la acapares —María apareció y me sacó del comedor para llevarme con ella a la cocina.

Me aguanté la risa al ver cómo el padre de Lucas miraba al techo, resoplaba y negaba con la cabeza, como diciendo que su mujer no tenía remedio.

Me señaló una silla en la cocina y me pidió que me sentara. Ella siguió cocinando.

—¿Quién viene a comer? —pregunté al ver tanta comida.

—Pues tú —dijo como si eso lo explicara todo.

—María, yo no quiero ser un incordio.

—No lo eres, no vuelvas a decir eso —me riñó con la paleta de madera en la mano, señalándome.

—Me refiero a que no hace falta nada de esto, yo como cualquier cosa.

—Eso sería antes —volvió a prestar atención al guiso—, ahora no eres tú sola. Además, aunque lo fueras, te aguantas y ya. Yo soy así con la gente que quiero —me miró y sonrió.

—Gracias —respondí emocionada.

—No me las des, soy yo quien debe de dártelas por poner en los ojos de mi hijo esa alegría que necesitaba. Eres un milagro en su vida, así que te estaré agradecida eternamente.

—Hablando de tu hijo... —carraspeé.

—Mi hijo... Ese malcriado que me tiene con el corazón en un puño. Te prometo que esta es la última oportunidad que le doy, Dana. Tiene unas horas para que el teléfono suene o yo compro los billetes de avión para Alemania y me planto allí. Ese hijo mío me conoce demasiado bien para saber que nada ni nadie me lo impediría —hablaba enfadada y yo sabía que iba a tardar poco en comprar los billetes.

Pensé rápidamente en cómo evitarlo, pero estaba bastante nerviosa y no se me ocurría nada.

—Creo que es mejor que le demos un tiempo, María, Lucas...

—No, cariño, no hay más tiempo. No me fio de esa, lo siento, pero no lo hago. Nunca lo hice y ahora menos. A saber, si lo está chantajeando con algo o... no sé, no quiero ni pensarlo —dijo tristemente.

—Yo no quiero quedarme sola —dije de repente. Fue lo primero que se me ocurrió.

Eso la hizo acercarse a mí rápidamente.

—No, cariño, pero yo no voy a dejarte sola. Bueno, solo por unos días —terminó.

—María, por favor —me puse en plan teatrero, pero tenía que conseguirlo de alguna manera—. No vayas, al menos no en unos días. Déjame sentirme fuerte para poder asimilar lo que sea que pueda ocurrir y después te vas.

Mi mejor amiga no está en la ciudad y no tengo a nadie con quien hablar y

estoy demasiado nerviosa para saber que también tú te vas.

No te pido que no vayas —le aclaré de nuevo—, solo que esperes unos días. Yo necesito relajarme y aún sigo bastante nerviosa.

—Dana tiene razón —el padre de Lucas apareció en la cocina.

—Pero...

—Nada, María. Ella te está pidiendo solo unos días y no nos cuesta dárselos. Por su tranquilidad y la de nuestra nieta.

Nuestro hijo ya es mayor y sabe lo que hace. Y creo que no es tonto, además —abrió el frigorífico y sacó un botellín de cerveza—. Sé que estás nerviosa, pero tenemos que darle también un voto de confianza a él. Confía en él.

María nos miró a ambos mientras meditaba.

—Está bien —dijo suspirando—, pero porque tú me lo pides. Esperaré unos días a que el ceporro de mi hijo llame o me dé alguna explicación que me convenza. O eso o me presento en Alemania sí o sí y lo traigo por las orejas —nos advirtió—. ¡La comida! —chilló y corrió a moverla, se le había olvidado, igual que a mí

Suspiré aliviada y le agradecí a Luis con una sonrisa. Él me guiñó un ojo y volvió a irse.

La comida fue excelente y la conversación animada, de lo cual me alegraba.

Por la tarde, cuando decidí irme a casa, ambos decidieron acompañarme. Intenté negarme, pero insistieron. Me dejaron en la puerta de mi casa y volvieron a irse caminando. Así hacían ejercicio, me dijeron riendo.

Me desplomé e la cama tras quitarme la ropa y sin ni siquiera pensar.

Al menos había conseguido que María no viajara a Alemania así que Lucas podía estar tranquilo.

Empecé de nuevo a darle vueltas a la cabeza preguntándome qué sería lo que realmente estaba pasando. Odiaba no tener ni idea de lo que ocurría.

Pero debía confiar en que pronto tendría noticias de Lucas y me contaría toda la verdad.

Capítulo 24

Me desperté por la mañana y fui directa a preparar el desayuno y mirar el móvil por si tenía noticias de Lucas, tenía un mensaje de texto por parte de él.

“Buenos días, espero que estés bien, dale un fuerte abrazo y caricia de mi parte a Carlota, en pocos días estaré por allí. Os adoro”.

Releí el mensaje varias veces, me estaba diciendo que en pocos días volvería, solo esperaba y deseaba que todo esto terminase bien.

En ese momento sonó el móvil y era la mamá de Lucas.

—Nena, no te vas a creer lo que me ha pasado. Me ha llamado Julie desde Egipto, estaba hecha una energúmena.

—¿Qué te ha dicho? ¿Entonces no está en Alemania con él?

—Te vas a quedar fría, va y me dice que nos quedase claro que Lucas se iba a ir con lo puesto y que como no se aligerase, hasta la ropa le pensaba quitar.

—No me lo puedo creer, entonces Lucas la ha dejado.

—Sin duda, ese está en Alemania recogiendo sus cosas y dejando el trabajo para volver a España, no me cabe la menor duda, además seguramente está cargando el coche, que es suyo, para volver con todas sus cosas y pertenencias.

—Pero por qué no te lo ha dicho si ya no está a su lado y puede hablar claramente, hay algo que se me escapa de las manos.

—Seguro que no quiere que me entere de nada para que no llame yo a Julie y la lie mientras él no está, estoy segura de que es por eso, ya que él sabe que, si él no estuviese con ella, me la iba a echar a la cara para decirle unas cuantas cosas que antes me he callado por respeto a que era su mujer.

—No sé si llamarlo, ¿crees que debería de hacerlo?

—Yo no le voy a decir que me ha llamado su mujer y tú deberías esperar a que el fuese él quien, se pusiese en contacto con nosotros, lo mismo si recibe tus llamadas puedes intuir que ya sabemos algo y no quiero que se entere de la llamada que me ha hecho su mujer

—Tienes razón, esperaré a tener noticias de él, aunque el mensaje que he recibido de él esta mañana decía que en pocos días estaría aquí.

—¿Lo ves?, ya te digo yo que está dejando todo listo en Alemania para irse de allí y volver a España para quedarse.

—Ojalá fuera cierto.

—Seguro que sí, aquí es donde debe estar, con su familia y esperando el nacimiento de su hija.

—Si quieres pásate esta tarde y te tomas un café —dije antes de despedirme

—Luego te veo, un besito y cuídate.

Me quedé pensativa recordando la llamada que le había hecho la mujer de Lucas a su mamá, qué poca vergüenza decir que lo iba a dejar sin nada y hasta sin ropa si no se iba rápido, no sé cómo él podía estar enamorado de una mujer como esa, pero ya sabemos que el amor es ciego.

Me puse a preparar un poco de pasta para la hora de la comida, empecé a sentirme muy mal, tenía una impotencia muy grande, me hubiese encantado estar a su lado ayudándolo en esos momentos tan difíciles que debía de estar pasando.

Me senté un rato en el sofá y me quedé dormida, más tarde me levanté y me fui hacia la cocina a comer ya que tenía lista la comida que hice por la mañana.

En ese momento sonó el teléfono y era mi amiga Patricia así que puse el manos libres mientras comía y charlaba con ella.

—Hola, Dana, ¿qué tal estás?

—Hola, al final tenías razón, creo que fue a Egipto a dejarla y ahora está en Alemania recogiendo las cosas para volverse a España a instalarse.

—Te lo dije nada, no había vuelta de hoja.

—Tengo miedo porque lo mismo viene tan tocado que llega aquí pero no quiere estar conmigo, solo hacerse cargo de la paternidad.

—No conpires de esa forma, eso es imposible, recuerda todos los momentos que habéis vivido y seguro que te das cuenta de que no hay razón para hacer eso.

—La verdad que conmigo es muy especial y se le nota el brillo en la mirada de que es feliz a mi lado, pero también sé que a ella la amaba con toda su alma.

—Tú lo has dicho, amaba, hasta que la fue dejando de amar porque se dio cuenta que a la única persona que quería era a ti, eso les pasa a muchas personas que creen que pueden querer a dos mujeres a la vez, pero siempre terminan decantándose por una.

—Ojalá sea verdad, estoy con el corazón en un puño deseando verlo aparecer por las puertas y saber qué es lo que está sucediendo realmente.

—No le des más vueltas a la cabeza, deja que todo fluya y en cualquier momento tendrás todas las respuestas a esas preguntas que no paran de rondar por tu mente.

—Eso intento, pero los nervios me superan, ya no sé ni qué hacer durante el día, no estoy centrada en nada, solo pensando en todo esto que está sucediendo, desde luego que tengo la bendita suerte de tener a tus padres de mi parte y estar pendiente a mí y manteniéndome al tanto de todo.

—Sí que es verdad que en eso has tenido mucha suerte, al final te encuentras con una gran familia.

—Desde luego que mi hija la tendrá, eso es algo que me hace muy feliz y solo deseando que venga al mundo.

—Ese hombre... también tiene que ser duro para él dejar su puesto de trabajo y volver aquí sin tener nada, es un cambio de vida radical en muy poco tiempo, encima con una paternidad que no esperaba y asumió como todo un señor.

—Sí que es verdad, y yo estoy muy agradecida por ello, pero es que él tiene un gran corazón y es una gran persona, ser justo es una gran virtud que posee.

—Después de todo lo que me has contado, sus padres deben de estar rezando para que ya acabe aquella relación y esté aquí contigo y cerca de su familia.

—Claro, no paran de decirme que donde debe de estar es aquí, esperando el nacimiento de su hija.

—Me alegro mucho, cariño, es lo que te mereces, no sufras que ese hombre viene corriendo a quedarse a tu lado. No le des más vueltas a la cabeza, mañana te llamo, te quiero.

—Yo también, amiga, hasta mañana.

Tras todo el día metida en casa, al llegar la tarde y empezar el fresquito, me fui un rato a pasear por la ciudad ya que no tenía ganas de estar encerrada comiéndome la cabeza, en ese momento recibí un mensaje de Lucas que me dejó perpleja.

“Dana, no le digas nada a mis padres, pero te pido por favor que abras tu correo y hagas todo lo que te explico en él Te necesito”.

Salí corriendo para mi casa, ya que estaba cerca y creía conveniente abrirlo en la tablet en vez de en el móvil.

Me senté en la cocina y abrí el correo, venía con archivos adjuntos, empecé a leerlo y me pedía que hiciese la maleta para unos días y me fuese por la mañana para el aeropuerto a coger un avión hacia Frankfurt Hahn, donde me estaría esperando a la 1 de la tarde, y me enviaba los billetes en PDF, ya estaban comprados, en él me decía también que fuese a casa de sus padres y les dijese que me iba a ir a pasar unos días al pueblo de mi amiga Patricia para despejarme de la situación.

No entendía por qué quería que fuese para Alemania ya que se suponía que sí estaba arreglando algo, terminaría de hacerlo y volvería para España, pero estaba claro que mañana cogería ese avión y me plantaría allí para estar a su lado, apoyándolo en lo que necesitase.

Me puse hacer las maletas como loca y me fui corriendo hacia casa de sus padres para inventarme que me iba a pasar unos días a casa de Patricia.

Justo antes de llegar me paré y recordé algo importante.

¿Y ahora qué demonios iba a hacer o decirles?

Había aguantado a la madre de Lucas en el país con la excusa de que estuviera pendiente a mí, si le decía que me iba a casa de Patricia, al pueblo, unos días, ella no tardaría ni dos segundos en cogerse un avión y plantarse en Alemania, justo lo que Lucas no quería.

Respiré hondo, pensando en todas las excusas posibles que podía ponerle, pero no se me ocurría nada.

Piensa, Dana, piensa, me dije una y otra vez.

Agobiada decidí que ya se me ocurriría en el momento, tenía que jugármela, pero hacer lo posible porque no fueran a Alemania

Llamé a la puerta y esperé que la abrieran hecha un manojo de nervios.

—Hola.

—Hola, cariño, no te esperaba—se hizo a un lado y me dejó pasar—. Luis ha salido a comprar un par de cosas que necesitábamos —me llevó hasta el comedor y me senté en el sofá.

—María, venía a decirte que me voy varios días.

—¿Qué te vas?

—Sí, necesito despejarme y creo que aquí no puedo pensar bien.

—¿Pero adónde te vas?

—Al pueblo con Patricia. Me vio muy agobiada y me dijo que quizás me vendría bien pasar unos días allí y despejarme.

—Bueno, cariño, eso me parece muy bien, sé que ella es un gran apoyo para ti.

—La verdad que sí, la quiero mucho.

—Lógico, para eso están las amigas. ¿Cuándo te vas?

—Mañana en la mañana. Ella misma me compró los billetes de tren para que no me pudiera negar.

—¿Y cuánto tiempo piensas quedarte?

—No lo sé, tres días, quizás cuatro. Una semana... Todo depende de cómo me siente allí. Si veo que estoy relajada quizás aguante más de lo que espero. O quizás me desespere tanto que no tenga más remedio que volver.

—Tú intenta relajarte, estoy segura de que ella te animará bastante. Bueno, ¿te apetece tomar algo? —preguntó levantándose del sofá —Sí, creo que un té calentito te vendría bien —dijo ella misma sin darme opción a responder.

La seguí hasta la cocina y me senté en silencio mientras ella preparaba el té. Colocó ambas tazas encima de la mesa minutos después y se sentó a la mesa conmigo para tomárnoslo.

—Pues entonces hablaré con Luis para comprar los billetes de avión y...

—¡No! —dije demasiado rápido y me atraganté con el té. María se levantó corriendo y me dio varios golpecitos en la espalda—Gracias —dije cuando pude hablar de nuevo.

—Menudos sustos me da —dijo agobiada.

En esos momentos escuchamos abrirse la puerta de la casa. Segundos después Luis entraba en la cocina y nos saludaba. María se levantó y le puso una cerveza en la mesa.

—Anda, tómatela.

Él no puso pega ninguna y nos acompañó.

—Dana vino a decirnos que se va unos días con su amiga al pueblo, que allí tendrá relax y que lo necesita. Este estrés no es bueno ni para ella ni para la niña.

—Me parece perfecto —dijo él.

—Así que le estaba diciendo yo que ahora mismo compraríamos los billetes para Alemania y traeríamos de vuelta al zopenco de tu hijo.

Volví a atragantarme. Desde luego... de esa no salía. Pero es que no se me ocurría nada para decirle.

—Pfff... Hija mía, por Dios. ¿Qué te pasa?

—Lo siento —me disculpé.

—Anda, tonta, no digas eso. Es que parece que estás nerviosa. Cada vez que nombro lo de irme a Alemania te pones a toser.

—La pobre le tiene que tener alergia al país —dijo Luis—, normal...

—Pues sí, es cierto. Pero bueno, cuando nos traigamos a Lucas de vuelta, te aseguro que ni vuelvo a nombrar ese país germano.

—Lucas me escribió —mentí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de horas, me dijo que estaba terminando de arreglar unos papeles que se le habían complicado, que por eso tardaba más en venir.

—Pues no le cuesta coger y llamarnos.

—Sí, me pidió que le disculpara con vosotros pero que apenas tenía tiempo de nada terminando de preparar todo lo que le quedaba y que quería volver lo más rápido posible. Así que como sabía que os veo a diario, pues me dijo que sería suficiente con decírmelo a mí —sonreí con sonrisa de enamorada.

—¿De verdad está bien?

—Bueno, agobiado y nervioso, pero en unos días llega.

—Bueno, pues esperaremos unos días más.

—Gracias. Yo le conté que me iba al pueblo con Patricia y él me dijo que sí, que lo necesitaba. Que no me preocupase y me tomara varios días libres. Que él no tardaría en volver demasiado y que me llamaría todos los días.

—Pues haz el favor de decirle que me llame a mí.

—María, no seas pesada —intervino Luis.

—Pero quiero saber que está bien.

—Te lo está diciendo Dana. Estoy seguro de que, si algo malo pasara, ella nos lo diría, ¿verdad?

—Claro —mentí de nuevo.

—Entonces quédate tranquila. Deja a la chica irse y deja de agobiarla y pensar malamente de tu hijo. Si pasa algo, Dana lo dirá. Si no nos llama es

que todo va bien y simplemente Lucas prefiere hacer las cosas a su manera —terminó Luis mirándome a la cara, dándome a entender que se había dado cuenta de que algo le ocultaba pero que confiaba en lo que tuviera que hacer, tanto yo como su hijo.

Tras un rato más de charla, me despedí, pero esa vez no dejé que me acompañaran a casa, más que nada porque tenía que imprimir los billetes de avión que había metido en un Pen Drive antes de salir de casa a toda prisa.

Al llegar terminé de preparar algunas cosas para el viaje, tomé algo caliente y me acosté temprano para levantarme descansada para las horas de viaje que tenía por delante.

Estaba muy nerviosa, no sabía qué era lo que podía estar ocurriéndole a Lucas y ese mensaje me había puesto atacada de los nervios.

Imaginé decenas de situaciones, pero no servían de nada, eran solo eso, imaginaciones, nada más.

Estaba deseando de llegar y verlo y poder darle un abrazo, era lo que más necesitaba en ese momento, aparte de enterarme sobre lo que ocurría.

Me desperté cuando sonó el despertador, me puse ropa cómoda, cogí la maleta, cerré bien la casa y llamé a un taxi para que me dejara directamente en el aeropuerto.

Tras pasar los controles de seguridad (llevaba equipaje de mano así que no tenía que facturar) y esperar a que las compuertas para entrar en el avión se abrieran, por fin entré y me senté en el asiento que tenía asignado.

El avión despegó y yo suspiré. En nada estaría con Lucas.

Capítulo 25

Aterricé en el aeropuerto de Frankfurt Hahn hecha un manojo de nervios, al llevar equipaje de mano salir directamente de la terminal, pude ver a Lucas esperándome con una sonrisa de oreja a oreja, me recibió con un fuerte abrazo y un beso en los labios.

—Gracias por venir dijo —mientras seguía abrazándome.

—Me alegra de verte, Lucas, y sobre todo comprobar que no estás tan mal como pensaba, tienes buen aspecto —dijo mientras lo apretaba contra mí.

—Bueno, los peores momentos ya han ido pasando, aunque aún la lucha es dura, pero saldré de ella.

—Tienes que ponerme al tanto, no entiendo nada.

—Tranquila, te contaré mientras comemos —dijo mientras metía la maleta dentro del maletero de los coches y nos montábamos en él.

Fuimos hacia Trier, sorprendentemente paró a las afueras de un hotel y dejó el coche aparcado en él, cogió la maleta del maletero y entramos, fuimos directos a la habitación y me dijo que estaba hospedado en él, pude comprobar que ya tenía todos sus enseres metido en 4 maletas que ya estaban en la habitación.

Tras dejar mis cosas allí, nos fuimos abajo al restaurante que había en un jardín muy bonito del hotel.

—Julie ya sabe toda la verdad —dijo mientras acariciaba mis manos.

—Fuiste a Egipto a contárselo, ¿verdad?

—Sí, desde que volví a Alemania después del verano junto a ti, ya nada fue lo mismo, no podía sacarte de la cabeza, y cuando me dijo que se tenía que ir en verano, vi la oportunidad perfecta para volver a tu lado.

Yo estaba escuchándolo mientras las lágrimas se derramaban por mis

mejillas, mientras él continuaba hablando.

—Quería ver que mi corazón tiraba más para ti que para ella y este verano sería para comprobarlo y decidir qué hacer con mi vida, ya que no quería vivir encadenado a alguien que no terminaba de amar tanto como a ti.

—No podía imaginarme que te estuviese pasando eso.

—Pues imagínate a mí cuando llegue a León y me entero de que estás embarazada y encima de que es mío y no me habías contado nada, en esos momentos me dieron ganas de matarte, pero decidí ponerme en tu lugar y comprendí que todo lo habías hecho por mi bien, aunque no fuese la decisión más acertada.

—Me arrepiento de haber actuado así.

—No te arrepientas de nada, cariño, mañana voy a firmar los papeles del divorcio, y cuando ella vuelva tendrá que hacer lo mismo, he renunciado a todo para que ya no pueda negarse. Pasado mañana firmaré la liquidación con mi empresa, y ya podremos irnos, tengo la suerte de que en septiembre me incorporo a un periódico de León, ya estuve hablando con el director, que lo conocía, y me dijo que por supuesto tenía las puertas abiertas y que se alegraba de que perteneciese a su equipo.

—Cuánto me alegro Lucas, cuánto me alegro —dije emocionada de escucharlo.

—No me ha gustado ver a Julie de la forma en que la he visto, sacó lo peor de ella y encima empezó a lanzar acusaciones sobre mis padres de forma muy dura, me di cuenta de que había estado haciendo un personaje todo este tiempo y que no era realmente la mujer que yo creía conocer.

—Tus padres no eran tontos y siempre percibieron el trato que ella les había dado.

—El tonto fui yo por no haber abierto los ojos como debía de haberlo hecho, pero esa mujer me tenía ciego, la verdad que estuve muy enamorado de ella hasta que te conocí a ti, que eres lo mejor que ha pasado en mi familia, esa que espero que a partir de ahora sea la tuya.

—Yo también lo espero —dije llorando a lágrima suelta ante las caricias de él, intentando calmar ese momento ya que estaba en la terraza del restaurante

y no éramos los únicos clientes.

—Te he pedido que vengas porque no soportaba estar ni un día más sin ti, no quería perderme ni un instante de poder estar a tu lado y al de esa preciosa criatura que pronto estará en nuestros brazos.

—Yo también me alegro de poder estar aquí a tu lado —dije levantándome para darle un fuerte beso.

Pasamos toda la tarde paseando por Trier agarrados de la mano, ya nos daba igual que el mundo nos viese juntos, estaba claro que ya no teníamos que escondernos de nadie.

Compramos varias cosas en algunas tiendas de esa ciudad ya que había muchas cosas de madera para niños y a mí siempre me había gustado esa antigua tradición que conservaban algunos países de Europa, me parecían súper bonitos los juguetes de madera.

Pasamos delante de una zapatería y me quedé embobada viendo unas botas de nueva temporada para otoño–invierno, aún estábamos en pleno verano y ya empezaban con las temporadas, pero esas botas me encantaron. Y al ver mi cara, Lucas me metió hacia dentro del establecimiento y dijo que me sacarían unas de mi número, cuando me las vi puesta aluciné de lo bonitas que eran parecían de las de montar a caballo, pero mucho más elegantes, Lucas rápidamente dijo que se las llevaba y las pagó.

Nos pasamos toda la tarde comprando cosas y volvimos al hotel tras una buena cena en el centro de la ciudad, al llegar nos tumbamos en la cama y nos perdimos en esos deseos tan irrefrenables que siempre llevábamos.

Por la mañana fuimos al buffet de su abogado a firmar el divorcio, ya luego él se encargaría de llevarlo al juzgado y todo sin que nosotros nos tuviésemos que preocupar de nada, en esos momentos legalmente ya quedaba libre puesto que había renunciado absolutamente a todo, solamente sacó la mitad del importe que había en la cuenta bancaria ya que a eso sí tenía derecho sin tener que dar ninguna explicación, pero la casa que ambos poseían en esa ciudad la dejó entera para ella.

Salió del buffet muy contento por su nuevo estado ya que firmando eso se sentía más libre que nunca, nos fuimos a pasear y echar el día por la ciudad hasta por la tarde que nos fuimos al hotel para descansar hasta el día siguiente

que iríamos a que cobrase la liquidación del trabajo y firmase la renuncia definitiva, de allí saldríamos directos para España.

Por la mañana me levanté muy emocionada ya que saldríamos de vuelta, tras un gran desayuno en el restaurante del hotel metimos todas las cosas en los sillones de atrás y el capó del coche, fuimos hasta su empresa que estaba a las afueras de trial y subió a firmar todo lo necesario.

Bajó con una sonrisa de oreja a oreja y al meterse en el coche me dijo que por fin volvía a hogar, que ya no había nada que le atase a Alemania, que nos marchábamos de ahí para ser felices.

Yo estaba loca de contenta mientras salía de aquella ciudad en la que juré que no volvería más.

El viaje en coche sabíamos que iba a ser pesado, pero eso ya estaba siendo horrible, o tal vez era por mi estado nervioso, o por la barriga que tenía, o...

No sabría decir, pero estaba desesperada por llegar a casa, cosa lógica también. Por supuesto Lucas también lo estaba.

Tras varias horas en la carretera y repetir una y otra vez los CD's de música en el reproductor, Lucas decidió, porque yo insistí lo más grande, que ya era hora de hacer una parada. Paramos en un área de servicio para repostar y varios metros más adelante había un restaurante de carretera.

Salimos del coche tras aparcar y estiramos las piernas varios minutos antes de entrar en él y volver a sentarnos.

No comí, devoré. Lucas se partía de la risa conmigo, pero es que estaba muerta de hambre. Incluso encargué un par de bocatas para llevárnoslos por si me entraba hambre por el camino. Eso sin contar los paquetes de patatas fritas, chicles, botellas, de agua, refrescos...

En fin, que iba servidita.

Volvimos a montarnos en el coche, felices porque cada vez estábamos más cerca de nuestro país.

Me quedé dormida un par de horas y cuando me desperté, ya estábamos cerca de París. Llegamos al hotel que Lucas había reservado sin decirme nada sobre las 8 de la tarde. Dejamos las maletas, nos dimos una larga ducha y me dijo

que me arreglara bastante, que me tenía una sorpresa.

Yo estaba intrigadísima pero no le pregunté nada.

Me arreglé todo lo que pude con la escasa ropa que llevaba. Menos mal que me había dado por meter un vestido negro más arregladito por si acaso.

Yo y mis por si acaso... A veces me salvaban la vida.

Cuando me quise dar cuenta, estábamos frente a la Torre Eiffel. Me puse a llorar de la emoción. Estaba preciosa iluminada mientras el cielo estrellado creaba el marco perfecto para ella.

No tenía palabras, solo sabía llorar.

Dimos un paseo mientras la observábamos desde abajo. Lucas me prometió que volveríamos con más tiempo pero que esta vez había deseado darme la sorpresa, más sabiendo que yo jamás la había visto en real. Y que por supuesto, si quería, iríamos con la pequeña y así la llevábamos a Disneyland, a lo que yo le respondí con un pequeño grito mientras me abalanzaba sobre él y le besaba.

Nos acercamos a un restaurante cercano que tenía unas enormes cristaleras desde donde se podía observar la espectacular torre. Lucas dijo su nombre y nos llevaron hasta la mesa que había reservado.

El local era un completo lujo y sabía que eso le habría costado demasiado dinero, pero no pensaba quejarme, estaba disfrutando como una niña pequeña.

La cena fue exquisita, la verdad que no podía quejarme absolutamente de nada. Aunque era cierto que yo hubiera sido feliz con Lucas cenando en el coche un sándwich, siempre que fuese con él, pero le agradecía enormemente el detalle que había tenido.

Tras pasear un poco por París y hacernos algunas fotos preciosas para recordar esa noche espectacular, volvimos al hotel a descansar para poder levantarnos de nuevo para continuar nuestro viaje.

Nos levantamos, desayunamos bastante en el restaurante del hotel y cogimos el coche con dirección a Burdeos. El trayecto lo hicimos con una sola parada de por medio, al fin y al cabo, eran seis horas. Pero yo me moría de hambre y

no permití que Lucas lo hiciera sin parar.

Lucas quiso hacer algo de turismo por la ciudad, pero yo me negué. Se lo agradecía, pero estaba agotada y deseaba llegar a mi casa.

Así que tras comer algo ligero en el primer restaurante que nos encontramos, cogimos el coche de camino a León.

La sensación que me embargó cuando entramos en mi ciudad fue tal que creía que me iba a dar algo al corazón.

Por fin estábamos en casa, por fin estábamos juntos.

Bajamos del coche y nos quedamos mirando el uno al otro, sabiendo que los dos estábamos pensando exactamente lo mismo.

Hogar, dulce hogar...

Capítulo 26

Por fin entramos en mi casa tras ese largo viaje de vuelta a lo que iba a empezar a ser una vida normal, por fin empezaba a sentir que todo había merecido la pena. Soltamos las cosas en el salón y nos tiramos un rato en el sofá, habíamos decidido vivir por ahora en mi casa hasta que algún día compráramos algo los dos juntos, pero a ninguno de los dos nos importaba vivir allí.

Los primeros meses pasaron volando y eso que cuando estás esperando un bebé todos dicen que se ralentiza, pero en ese caso aprovechamos para pintar la casa y adecuarla para los 3, aunque la habitación de Carlota ya estaba más que lista.

A Lucas le sentó muy bien la incorporación a su nuevo trabajo y venía todos los días muy contento ya que solo trabajaba por la mañana y podía tener toda la tarde y fines de semana para estar conmigo.

Mis suegros se volcaron día tras día con nosotros y nos hicieron cantidad de regalos y ayudaron en todo lo posible para afrontar el nacimiento de Carlota, la verdad que compraron de todo para cubrir los primeros meses de vida de ella.

Yo por las mañanas me dedicaba a preparar la comida y hacer la casa, aunque es verdad que Lucas por las tardes se preocupaba por hacer muchas cosas también y contribuir en todo lo que tuviera que ver con la casa.

Los fines de semana solíamos ocuparlos en irnos a algún lugar o pasarlos en casa metidos, ya que estaba el invierno entrando antes de lo normal, era un otoño muy frío e invitaba a pasar largos fines de semana frente a la chimenea.

Se acercaba diciembre y estábamos con los nervios de la llegada de nuestra pequeña Carlota, la última ecografía fue en 4D y se podía ver perfectamente la cara tan bonita de nuestra hija, pasábamos largas horas mirando esta foto que nos había dado el ginecólogo.

Lucas estaba más nervioso que yo y sobre todo cuando íbamos a la consulta hacía mil preguntas, parecía que el que iba a parir era él.

Algo que me hizo muy feliz y me dejó muy tranquila fue que la madre de Lucas dijo que cuando yo me incorporaré al trabajo, la niña se quedaba con ella ya que no permitiría que fuese a ninguna guardería ni estuviese en manos de un desconocido, todo empezaba a fluir como ya decía mi amiga Patricia, y yo estaba muy feliz por ello, ya no sería yo y ella sola sino que seríamos una gran familia, pocos miembros pero suficientes para sentirnos todos arropados.

En diciembre ya teníamos toda la casa lista y todo preparado para salir pitando para el hospital cuando Carlota decidiese venir al mundo, eso sería de un momento a otro.

Lucas estaba insoportable me trataba como si estuviera inválida, no quería ni que cogiera una bolsa de patatas, en el fondo a mí me encantaba que me tratase con tanto cariño y tanta atención, yo que no me quejaba en el embarazo de nada y lo llevaba como si nada ocurriese, me hacía gracia con la delicadeza que trataba todo Lucas.

El 6 de febrero por la madrugada rompí aguas en la cama y empezaron a venir algunas contracciones, parecía que me iban a partir en dos y Lucas se daba guantazos solo de los nervios que le entraron buscando las llaves del coche, y eso que las tenía delante.

Por el camino llamó a su madre, indudablemente se levantaron corriendo para venir a darnos el encuentro al hospital ya que no nos iban a dejar solos ni de broma.

Cuando llegaron al hospital ya estábamos nosotros dentro de paritorio con todo preparado para la llegada de nuestra deseada Carlota, los médicos dijeron que no había tiempo para poner la epidural, que estaba demasiado dilatada y que ya no serviría de nada, las cosas iban demasiado rápido para ser primeriza.

Rápidamente me puse de parto, cuando me di cuenta ya estaba Carlota dejada caer en mi pecho, ante la mirada lagrimosa de su padre y la felicitación de los médicos por lo bien que me había comportado durante el parto, aunque jamás olvidaré ese dolor que parecía que iba a acabar conmigo.

Nos llevaron rápido a la habitación y allí entraron sus padres, quienes lloraron de felicidad al ver la carita de nuestra preciosa hija que había nacido perfectamente y encima era preciosa.

No había forma de quitar a la bebé de los brazos de Lucas, se la comía a besos y yo pensaba que hasta le iba a hacer daño de cómo la agarraba, tenía una cara de felicidad que no podía con ella, en esos momentos de descubrí que es lo que se hace con amor termina bien, a pesar de ser cosas que suceden imprevistamente, pero que se convierte en lo mejor que pasa en nuestras vidas

Al día siguiente ya nos estaban echando del hospital y nos fuimos para casa llenos de felicidad porque por fin entraríamos por la puerta siendo una familia.

Tuvimos la suerte de que la pequeña era muy buena y las noches eran muy fáciles con ella, yo le daba el pecho por la madrugada y seguía durmiendo hasta la mañana siguiente.

Las navidades las pasamos con los padres de Lucas y mi hermana que había venido a conocer a su pequeña sobrina y, cómo no, también a Lucas, que, por supuesto lo recordaba de la infancia, así que aprovechamos para pasar juntos todas las navidades, con su pequeña familia y con la mía.

Tras las navidades y todo volver a la normalidad, Lucas se incorporó al trabajo. Yo me quedaba por las mañanas disfrutando de mi pequeña, no solía sacarla a pasear aún porque el frío era insoportable en esa época, además de que estaba todo nevado, pero era tan feliz despertando a su lado y disfrutando de cada momento de ella... Así como de su padre, la vida me había dado la felicidad multiplicada por mil, aquello era mucho más de lo que nunca jamás soñé.

En febrero por fin llegó la carta del divorcio, él estaba loco de felicidad por cerrar ese capítulo ya que decía que quería casarse conmigo lo antes posible, pero llegamos al acuerdo de que sería cuando nuestra pequeña tuviera la edad suficiente como para llevarnos los anillos y para eso pasaría unos cuantos de años.

“La vida te enseña a sufrir por todo, incluso por amor. Pero si el amor es verdadero y se lucha por él, consigue que deje de ser algo más que un sueño.

Esta historia va por todas esas personas que se conocen o encuentran por casualidad, aquellas que se aman, pero no tienen fácil el estar juntos. Esas a las que la vida les pone decenas de trabas e impedimentos en el camino pero que jamás se rinden ni dejan de amar o pelear por el amor que desean.

Por esas historias de amor que aparecen para permanecer por siempre en tu vida...

Por esos amores que, simplemente, son toda una vida”.

Agradecimientos

A todos esos enamorados que disfrutaron con nuestras historias, esos lectores que tanto nos han apoyado en este proyecto desde el primer día.

Gracias.

Sin vosotros nada de esto sería posible.

Esperamos que hayáis disfrutado de la historia de Lucas y Dana tanto como nosotras escribiéndolas y que los guardéis siempre en vuestros corazones.

Sobre todo, deseamos que nunca dejéis de soñar con el amor y de luchar por él, aunque la vida lo ponga difícil, siempre hay que pelear por lo que se quiere.

Gracias de nuevo, sin vosotros, nosotras no disfrutaríamos tanto de nuestro trabajo.

Norah Carter – Monika Hoff.